

**REVISTA
GARIBOLDINA**

17

Publicación anual de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo

Año 17 - Montevideo - 2002

En este número:

- **100 años del Museo Histórico Nacional: Pivel Devoto**
- **Héctor Gros Espiell - Oribe y el gobierno constitucional**
- **Víctor Hugo - El segundo centenario de su nacimiento**
- **Sergio Goretti - Valori e attualità del Risorgimento italiano**
- **Carlos Novello - El teatro Solís**
- **Annita Garibaldi Jallet - Due profili garibaldini**
- **Mario Dotta - Los italianos en el proceso de formación de la sociedad colonial del Uruguay**
- **Egone Ratzenberger - Due biografie su Garibaldi**
- **Eugenio Baroffio - Garibaldi - Cómo y por qué vino a Montevideo**

“Infelici i popoli che aspettano il loro benessere dallo straniero”

José Garibaldi

PPC 052227

XVI - 9c - 2

**ASOCIACIÓN CULTURAL
GARIBALDINA DE MONTEVIDEO**

GARIBALDI



Director Responsable: Carlos Novello
Florencio Sánchez 2724
Montevideo - Uruguay

LA ASOCIACION CULTURAL GARIBALDINA DE MONTEVIDEO
Agradece

a la Embajada de Italia en Uruguay
al COMITES
al Museo Histórico Nacional
al Instituto Italiano de Cultura en Uruguay

por las diversas colaboraciones recibidas, que hicieron posible la actividad
desarrollada por esta Asociación hasta el presente y la aparición de esta revista.

Se autoriza la reproducción
total o parcial del material
contenido en esta publicación
citando su procedencia.

comisión del papel
edición amparada en el
art. 79 de la ley N° 13.349

composición, diagramación
e impresión:
cba - juan carlos gómez 1439
tel. 915 7231
montevideo - uruguay
depósito legal N° 229.919/2002

Correctora de pruebas: **Prof. María Sagario**



"L'assedio di Montevideo, quando meglio
conosciuto ne' suoi dettagli, non ultimo
conterà per le belle difese sostenute da un
popolo che combattè per l'indipendenza per
coraggio, costanza e sacrifici d'ogni specie.
Proverà il potere d'una nazione che non
vuol piegare il ginocchio davanti alle
prepotenze d'un tiranno; e qualunque ne sia
la sorte, essa merita il plauso e
l'ammirazione del mondo"

Giuseppe Garibaldi
(dalle sue "Memorie")

EDITORIAL



En los 17 años de vida que tiene nuestra Asociación, por medio de un trabajo de equipo, serio, constante y sin desmayos, ha logrado algunas cosas.

No es la menor, el haber mantenido la permanencia de esta revista, sorteando miles de dificultades, desde el año 1986 hasta la fecha. A veces con mucho apoyo, otras con no tanto y otras, todavía, con casi ninguno.

Algunos años de insistentes trabajos en la Junta Departamental de Montevideo, nos sirvieron para lograr finalmente que una plaza de nuestra ciudad, en un barrio de buena categoría urbana y muy concurrido, lleve el nombre de –como pusimos en la placa que colocamos en el pilar conmemorativo– una “luchadora por la libertad”, como lo fue Anita Garibaldi.

Logramos que el panteón de la Legión Italiana, sito en el cementerio del Buceo, fuera declarado monumento histórico por la Comisión Nacional del Patrimonio Histórico, Artístico y Cultural de la Nación, asegurándose, de este modo, la adecuada conservación del hermoso busto de Garibaldi, obra del escultor italiano Juan Ferrari, autor, también, entre otras obras, de la espléndida fuente de la Plaza Constitución.

Damos vida activa a la Casa de Garibaldi, perteneciente al Museo Histórico Nacional, organizando en ella conferencias, conciertos, etc.

Presentamos en las Cámaras un proyecto de ley declarando el 20 de Setiembre “Día de la Libertad de Expresión del Pensamiento”.

Desde que el Senador Yamandú Fau propuso y obtuvo del Parlamento Nacional que fuera designada con el nombre de “José Garibaldi” la escuela pública N° 144, del barrio “Bella Italia”, tratamos, en la medida de nuestras posibilidades, de ejercer un padrinazgo a favor de los niños que acuden a ella, provenientes en su casi totalidad, de un barrio muy modesto económicamente.

Organizamos, en coordinación con el Museo Histórico Nacional, visitas guiadas a la Casa de Garibaldi para los alumnos de los sextos años, informándoles sobre la vida y los ideales de Garibaldi.

Les organizamos la asistencia a funciones teatrales en El Galpón, también para los alumnos del último grado, en las que se representan obras como el “Cyrano de Bergerac” de Rostand adaptada para los niños de esa edad, que dejan siempre una útil enseñanza a través de un sano entretenimiento.

El año pasado comenzamos una nueva experiencia, organizando un concurso de escritos, para los alumnos de 6º, titulado “Vida e ideales de Giuseppe Garibaldi”, con

un premio en dinero que condividen la escuela y la familia del alumno que obtenga el primer premio.

En la oportunidad, se premió un trabajo colectivo y, también, un trabajo individual. El alumno que realizó este último, Gastón Federico Ferro Forastiere, no vertió en él solamente información, sino que mostró la emoción que el personaje le transmitió, de una manera fresca y espontánea, como tan solo lo puede hacer un niño de once/doce años que va descubriendo con entusiasmo las cosas de la vida.

Sin que siente precedente, porque no es la difusión de este tipo de materiales la finalidad de la revista, aceptamos la sugerencia del Consejo Directivo de la Asociación y decidimos la publicación de este interesante trabajo, tal como fue escrito, con algunas imperfecciones de sintaxis o de ortografía, porque el mismo nos renueva la confianza en las generaciones que recién llegan a la vida, demostrando, además, que los ideales de Garibaldi mantienen plena vigencia.

Nuestra esperanza: que estas manos infantiles puedan transformarse en los brazos fuertes de quienes reciban la antorcha encendida que debemos dejar en herencia.

“Vida e ideales de Giuseppe Garibaldi

Giuseppe Garibaldi fue un revolucionario italiano. Nació en Niza el 4 de julio de 1807 fue autodidacta, empezó una actividad revolucionaria muy temprano y lo condenaron en su país lo que lo obligó a venir a América del Sur en 1836, primero al Brasil y luego a Uruguay. Hijo de marinos, comenzó por su cuenta a estudiar; compartió su niñez con marinos, barcos y el mar. Efectivamente consiguió los libros que le faltaban para conseguir el diploma de Capitán marítimo. Estudió matemática, geografía aprendió de niño a nadar, lo cual le sirvió para salvar su vida y la de otros.

Su primer viaje como marinero fue en 1824 en una embarcación de su padre donde era capitán, en 1825 llegó a Roma por primera vez.

La llegada a Roma le cambió la vida, llegó a ser primer oficial y continuó su vida de marinero. En uno de los viajes a oriente se enfermó en Constantinopla y no pudo volver a Italia allí empezó a trabajar de maestro de tres niños. La vida de Garibaldi fue muy hermosa llena de enseñanzas, aventuras y fue uno de los ideales.

Sus pensamientos fueron tan profundos y tan importantes en la unión de la confianza colectiva, durante el cual desarrolló sus sueños, sus aventuras y sus guerras, fue un hombre importante en el siglo XIX.

Consagró sus ideas sobre dignidad del hombre. Fue el siglo XIX que destacó el hombre típicamente del mar, puso en práctica sus ideas de que la Patria no era un suelo sino que era una idea y un sentimiento para él, era el hombre era la expresión desde sus propias intuiciones y de sus propias condiciones.

No era un hombre demasiado estudiioso pero tenía la enorme necesidad de expresar sus emociones y sentimientos. Tenía la característica de caudillo, de un luchador, un guerrero, de un conductor de hombres y de pueblos.

Tenía naturaleza fuerte, su voz decidida y resuelta en los momentos de rabia era formidable pero en momentos de tranquilidad era tranquilo y su sonrisa dulce, creía en sí mismo pero seguía adelante sin miedo. Convocó multitudes de hombres de todas las tendencias como Andrés Aguiar, uruguayo. Garibaldi no fue sólo una idea una fuerza, una apuesta a la vida y esperanza, una búsqueda importante de la libertad.

Su vida llena de aventuras y coraje con un carácter abierto e impulsivo contradictorio y moderno. Creía en la propiedad de los poderes defendió la libertad de los esclavos concurrió a una conferencia internacional sobre la paz en 1865, en Ginebra tenía un fuerte sentido de la patria y también sentido internacional. Era un observador de la vida, un hombre con impulso igual entre el sentimiento de *italianidad!* y su sed de la justicia que lo reflejaban con impulsos de sus ideales lleno de fuerza y confianza en el hombre.

Actuando en la Defensa de Montevideo encontramos la clave espiritual e ideales de Giuseppe Garibaldi en nuestro país, donde una conciencia moral, solidaria, igualitaria, democrática y republicana respetan los ideales y la libertad del hombre porque la libertad es la humanidad del hombre para Garibaldi.

adelante sin miedo. Convocó multitudes de hombres de todos los tendencias como Andrés Aguiar, uruguayo. Garibaldi no fue sólo una idea una fuerza, una apuesta a la vida y esperanza, una búsqueda importante de la libertad.
*Se sintió lleno de aventuras y coraje con un carácter abierto y e impulsivo contradictorio y moderno. Creía en la propiedad de los poderes defendió la libertad de los esclavos concurrió a una conferencia internacional sobre la paz en 1865, en Ginebra tenía un fuerte sentido de la patria y también sentido internacional. Era un observador de la vida, un hombre con impulso igual entre el sentimiento de *italianidad!* y su sed de la justicia que lo reflejaban con impulsos de sus ideales lleno de fuerza y confianza en el hombre.*
Atravesando la Defensa de Montevideo encontramos la clave espiritual moral e ideal de Giuseppe Garibaldi en nuestro país, donde una conciencia moral, solidaria, igualitaria, democrática y republicana respetan los ideales y libertades del hombre porque la libertad es la humanidad del hombre para Garibaldi.

Escuela - N° 144 José Garibaldi
 nombre - Artón Federico Farro Fornet
 clase - 6º año B
 maestra - Graciela Serna.



EL TEATRO SOLÍS

Louis Jouvet: "Ah! le beau théâtre tout en bois..."

Carlos Novello

Si hubiera que definir al teatro Solís de Montevideo, habría que decir solamente que él es una expresión clara de la imposición del carácter uruguayo ante la adversidad.

Ese pueblo uruguayo que nace del crisol donde se funden diversas razas, de distintos orígenes, y por eso es tan típicamente local e intransferible, con el cual Garibaldi tuvo de inmediato la máxima sintonía.

Cuando entre fines de 1840 y principios de 1841, el arquitecto e ingeniero Carlo Zucchi hizo el primer proyecto para este nuevo teatro, Montevideo era una ciudad que, desde que comenzó a tomar forma siguiendo los trazos de Millán, tenía apenas 115 años. Antes, era tierra natural, habitada por pocos indígenas y los animales característicos de la zona.

El emperador Carlos I, en su ordenanza 111 de 1526, establecía: "Habiéndose hecho el descubrimiento por mar o por tierra conforme a las leyes y órdenes que de él tratan y elegida la provincia y comarca que se hubiere de poblar y el sitio y lugar de hacer las nuevas poblaciones y tomando asiento sobre ello guarden la forma siguiente: en la costa del mar sea el sitio levantado sano y fuerte, teniendo consideración al abrigo, fondo y defensa del puerto, en éstas y demás poblaciones de tierra adentro, elijan el sitio sin perjuicio de los indios y naturales o con su libre consentimiento y cuando hagan la planta del lugar repártanlo por sus plazas, calles y solares a cordel y regla, comenzando desde la plaza mayor y sacando desde ella las calles a las puertas y caminos principales y dejando tanto compás abierto que, aunque la población vaya en gran crecimiento, se pueda proseguir y dilatar en la misma forma".

Montevideo, que nació en un territorio peninsular, en la faja de tierra que tiene al norte las aguas de la bahía y al sur el mar (el Río de la Plata), tiene características muy particulares. La plaza, como espacio de referencia, se ubica en la cota más alta del eje central de la península y el desarrollo del crecimiento urbano, no pudiendo efectuarse por razones geográficas hacia el norte, ni hacia el sur o el oeste, deberá, por fuerza, tener lugar hacia el este. Pero este crecimiento hacia el este se encontrará acotado por el amurallamiento de la ciudad, que lo frena en la gola peninsular, donde, precisamente, comienza a abrirse el territorio sin límites, que permitiría un rápido crecimiento sin obstáculos.

Por ello, el 25 de agosto de 1829 la Honorable Asamblea del Estado decreta:

“Art. 1- Toda la fortificación de la parte de tierra de la Plaza de Montevideo se demolerá a la próxima brevedad”.

A fines de setiembre de ese mismo año comienza la referida demolición, bajo la dirección del sargento mayor de artillería José María Reyes, que es también el responsable de la delineación de la ciudad nueva hasta el ejido (actual calle del mismo nombre). A la propuesta inicial de continuar la trama del antiguo trazado peninsular – que hubiera resultado absolutamente ilógica– prefirió seguir el eje estructural del camino Real, siguiendo la cima de la cuchilla (hoy 18 de Julio), con cuadras de 100 varas (1 vara tiene 835 mm. y 9 décimas, por lo tanto cada cuadra tenía, como hasta hoy en todo Montevideo, alrededor de 83 m. y medio) y un ancho de 20, salvo 18 de Julio, que tiene un ancho de 30 varas.

Con una desviación de 5 grados de la dirección E-O, la nueva calle principal asociaba en su extremo oeste la plaza Exterior (hoy Plaza Independencia) y la antigua ciudadela, convertida en mercado en 1836, con el camino del Maldonado, en el extremo este.

Donde se produce este quiebre del trazado ciudadano dando nacimiento a la ciudad nueva, “republicana”, en su faja de unión con el trazado colonial, se encuentra uno de los tres terrenos propuestos por el Arq. Zucchi a la Comisión Directiva del Nuevo Teatro, el que pertenecía a los Sres. Carreras, que fue el elegido.

En 1833 se inicia la demolición de la ciudadela, eliminando los baluartes y cubriendo el foso. Ese mismo año se abre la ciudadela, comunicando la ciudad vieja con la nueva sobre la traza del camino Real. El 1º de mayo de 1836, fiesta de los santos patronos de la ciudad, San Felipe y Santiago (el menor), se inaugura el nuevo mercado público.

Sobre proyecto del Arq. Zucchi se define la Plaza Exterior (la actual Plaza Independencia desde 1843), en 1837, cumpliendo así con un decreto de 1835.

En 1839 comienza la Guerra Grande.

En 1841, en plena guerra, que se extenderá hasta 1851, comienzan las obras del Teatro Solís, sobre implantación y volumetría proyectados por Carlo Zucchi.

A poca distancia de su ubicación, sobre el cubo del sur, se construye el primer templo protestante de Sudamérica: el Templo Inglés, que, reparado en 1895, debido a las obras de la rambla sur, es demolido en 1934 y erigido, desde 1936, en su actual emplazamiento, invirtiendo su frente, que ahora mira hacia el mar.

El primitivo mercado, que estaba emplazado en la ciudadela, seguirá existiendo hasta su demolición en 1878. Funcionó hasta 1865, año en que se inauguró el Mercado Central, detrás del Solís.

En 1869 se proyectan y construyen los cuerpos laterales del Solís.

El Uruguay político de la década de 1830

El 10 de setiembre de 1829 la Asamblea Constituyente aprobó la primera Constitución del Estado Oriental del Uruguay, que fue jurada el 18 de julio de 1830.

El 24 de octubre de 1830 el Gral. Fructuoso Rivera fue elegido primer Presidente constitucional de la República.

Finalizado el período de su mandato constitucional, Rivera, de acuerdo con lo que establecía la propia Constitución, entregó el mando al Presidente del Senado, don Carlos Anaya.

El 1º de marzo de 1835 el brigadier general Manuel Oribe, quien había sido Ministro de Guerra del Presidente Rivera, fue elegido por la Asamblea, unánimemente, como 2º Presidente de la República.

Rivera pasó a ocupar la titularidad de la recientemente creada Comandancia General de la Campaña, desde donde continuó ejerciendo una gran influencia en todo el país.

La bipolaridad de poderes que se creó a raíz de esta situación hizo que Oribe, tratando de corregirla, por decreto del 9 de enero de 1836, suprimiera dicho cargo. No sólo la competencia entre los dos caudillos, sino la diferencia de criterio administrativo que existía entre uno y otro, habiendo sido el gobierno de Oribe un ejemplo de acatamiento a las leyes y de orden ejemplar en las finanzas del país, que estaba en una situación económica muy precaria, hizo que esta decisión del Presidente de suprimir la Comandancia fuera interpretada por Rivera como un agravio personal y se alzó en armas contra el gobierno legal.

El 19 de setiembre de 1836 las fuerzas legales derrotaron a Rivera en la batalla de Carpintería. En octubre de 1837 Rivera logró levantar contra el gobierno a gran parte de la campaña y el 15 de junio de 1838, en la batalla de Palmar, derrotó a las fuerzas del gobierno comandadas por Ignacio Oribe.

Después de este triunfo, Rivera exigió a Oribe su renuncia indeclinable.

El 24 de octubre de 1838 éste resignó su cargo ante la Asamblea General, al tiempo que dejaba constancia que eran los franceses –que apoyaban a Rivera– quienes lo obligaban a renunciar, después de lo cual, partió hacia Buenos Aires.

El 10 de noviembre de 1838 Rivera entró con sus tropas a la capital.

Fue así que el Gral. Rivera, después de haber sido el primer presidente constitucional del Uruguay fue, también, el primer presidente inconstitucional.

Desde el 24 de octubre de 1838, fecha en que fue obligado a renunciar el presidente Oribe, hasta el 10 de noviembre, en que Rivera se hizo nuevamente con el poder, el gobierno había estado a cargo del Presidente del Senado, don Gabriel Antonio Pereira.

En su calidad de dictador, Rivera, el 10 de febrero de 1839, le declara la guerra a Rosas, “no al benemérito pueblo argentino”. Para que eso hubiera sido realmente así, habrían tenido que pelearse mano a mano ambos caudillos, cosa que, obviamente, no

sucedió. Rivera creyó, quizás, que podría usar en su beneficio a los franceses, que mantenían ocasionalmente un entredicho de carácter comercial con Rosas cuando, desde el primer momento, fueron ellos quienes utilizaron a él y a los orientales para llevar a cabo sus planes.

Cuando les convino arreglarse con Rosas, lo hicieron: retiraron su apoyo al gobierno de Montevideo y nos dejaron llenos de deudas.

Para analizar mejor los antecedentes de ésta que se conocería como Guerra Grande, remitimos a nuestros lectores al N° 15 de "GARIBALDI", donde fue publicado nuestro trabajo "Algunas de las principales causas de la Guerra Grande".

El arquitecto Carlo Zucchi

El ingeniero y arquitecto italiano Carlo Zucchi, autor del primer proyecto para el futuro teatro Solís, nació en Reggio Emilia (Emilia Romaña), en 1789, ciudad en la que falleció en 1849.

Su vida estuvo enmarcada entre dos fechas memorables: la Revolución Francesa y la República Romana. Pero en el seno de su familia vivió intensamente el período napoleónico que no fue de liberación para aquella Italia dividida y dependiente, pero fue, sí, un sacudón que conmovió las estructuras políticas anquilosadas de la Península.

El papel destacado que su familia desempeñó durante esta etapa, señaló el destino del joven Zucchi.

No se pudo saber exactamente, hasta ahora, qué estudios realizó. Grabador y escenógrafo, residió durante algún tiempo en París, donde estaba en contacto estrecho con el ambiente artístico del neoclasicismo de la época, conocido como "estilo imperio", de clara influencia pompeyana. El círculo de intelectuales en el que se movió puede inducir a pensar que muy probablemente frecuentó la Academia de París y, quizás, la de Milán, en la segunda mitad del siglo XIX.

Durante las guerras napoleónicas Zucchi tomó parte en ellas como oficial del ejército del emperador y, una vez caído éste, realizó actividades políticas conspirativas junto a los "carbonarios" italianos que luchaban por la independencia de Italia. Por esta actividad fue encarcelado en Milán en 1822. Después de cumplir una parte de la condena, que fue conmutada por el exilio, Zucchi abandonó Italia. Su destierro se prolongaría por más de 30 años.

Después de residir durante algunos años en París, Zucchi llegó al Río de la Plata a mediados de 1826, con un grupo de exiliados italianos contratados como técnicos o para ser profesores de la Universidad de Buenos Aires.

El bloqueo brasileño obligó a Zucchi a permanecer en Montevideo, donde proyectó una vivienda de varias plantas en la plaza principal y la decoración interior de la capilla del Santísimo Sacramento de la Catedral.

Recién a mediados de 1827 pasó a Buenos Aires donde, fracasados varios proyectos en el área privada, al final del gobierno de Dorrego ingresó a la administración pública como Inspector del Departamento de Ingenieros, a las órdenes de Juan Pons, a quien reemplazó en 1831 como Ingeniero de Provincia.

Su trabajo en Buenos Aires se desarrolló entre las administraciones de Dorrego y la segunda de Rosas.

En 1836 renunció a su cargo no por diferencias políticas con el gobierno de Rosas, sino por problemas personales relacionados con su competencia profesional y con su libertad de juicio como técnico. A estas causas deben agregarse las derivadas de la casi total suspensión de obras públicas durante el segundo gobierno rosista, debido a las penurias presupuestarias para esos fines. Como corolario a toda esta situación está la preferencia que el mismo Rosas comenzó a hacer manifiesta hacia otro arquitecto a quien, por fuera de la estructura administrativa, le encargó algunas de las pocas obras que se realizaron durante este período.

Por todas estas causas dejó Buenos Aires y pasó, invitado por el Presidente Oribe, a integrar —como ingeniero-arquitecto— la Comisión Topográfica del gobierno de Montevideo y Arquitecto de Higiene y Obras Públicas.

Producido el golpe de Rivera y la consecuente caída de Oribe, así como la subsiguiente internacionalización del conflicto entre los orientales, consideró que su situación no era muy cómoda por lo cual presentó renuncia a su cargo.

La misma fue rechazada, tanto por el oficialismo como por la oposición, por su carácter de técnico al servicio del Estado.

Como había sucedido en Buenos Aires, aquí Zucchi tuvo una serie de enfrentamientos y litigios por intereses particulares que frustraron la realización de muchos de sus proyectos. Debido a esto, a partir de 1839 y teniendo en cuenta la vigencia de una amnistía decretada en Italia, realizó, sin éxito, varias gestiones para retornar a su país natal.

Este estado de cosas se agravó cuando la prensa montevideana, influenciada por los emigrados antirrosistas argentinos, comenzó contra él una campaña calumniosa en la que llegó a acusarlo de ser espía de Rosas, algo muy natural en un estado de guerra.

A fines de 1843 fijó su residencia en Río de Janeiro. Desde allí gestionó su retorno a Europa; primero a Francia y después a Italia donde falleció, como dijimos, en 1849.

Su obra en Montevideo

Zucchi permaneció en Montevideo desde 1836 hasta 1843. Tuvo una productividad fantástica: proyectó, el año de su llegada, los planos de la bahía de Montevideo y la sede del Tribunal de Comercio; en 1837, la remodelación de la Plaza Independencia,

la casa de Elías Gil, frente a la misma plaza, la casa de Francisca Romero de Díaz en la esquina de Rincón e Ituzaingó, en la Plaza Matriz, un monumento al Gral. Julián Laguna, el Cementerio Nuevo (el actual Central) con su rotonda; en 1838, proyectó la refacción de la Iglesia Matriz; en 1839, un edificio para la Capitanía del Puerto y Resguardo, su propia casa, una capilla funeraria en el Cementerio Nuevo y cuatro propuestas diferentes para la tumba de Napoleón en París; en 1841, finalmente, proyectó un monumento fúnebre para la familia Rivera y el más importante: el “Nuevo Teatro”, el Solís.

En su proyecto para la Plaza Independencia había previsto que las construcciones avanzaran sobre la acera, de modo que ésta quedara techada y que este techo se sustentara sobre arcos de medio punto como los que muchos de nosotros llegamos a conocer en la vieja Pasiva, en la cuadra de la Plaza que iba desde Liniers a Ciudadela, donde ahora se encuentra el interminado e interminable Palacio de Justicia.

Este inmueble, durante la Guerra Grande, había sido requisado para ser utilizado por el regimiento de veteranos jubilados o “pasivos”, de ahí su nombre de arcadas de la Pasiva o, simplemente, “La Pasiva”.

En 1840, en plena Guerra Grande, un grupo de inversores privados le encomendó el proyecto del Nuevo Teatro que, si bien se construyó bajo la dirección de otro arquitecto, se puede decir que se levantó siguiendo el proyecto original de Zucchi.

El único edificio de los que construyó que continúa en pie, es de 1840 y se trata de la vivienda de Juan Francisco Giró, diputado, Ministro de Gobierno y de Relaciones Exteriores y Presidente de la República. Esta espléndida construcción, perteneciente al Museo Histórico Nacional, puede admirarse en la calle Cerrito casi Juan Carlos Gómez.

El proyecto Zucchi para el Nuevo Teatro

En el proyecto presentado por Zucchi el 31 de agosto de 1840 a la Comisión Directiva de la Sociedad del Nuevo Teatro, el arquitecto propuso tres terrenos, detallando las ventajas y desventajas que cada uno de ellos tenía, si bien orienta a la Comisión para que decida por el de los Sres. Carreras (la ubicación que finalmente se decidió), de 10.600 varas cuadradas. Le indicó a la Comisión la conveniencia de adquirir toda la cuadra, de modo de poder usar de esa área “las 1.490 varas cuadradas que son indispensables para abrir la calle proyectada de sur a norte, sin que esta operación le proporcione mayores gastos para aislar el costado de este teatro de los demás edificios que se puedan construir en las sobrantes 2.110 varas cuadradas, de las cuales la Comisión podrá disponer, con provecho de la empresa”.

Pero advierte: “No faltará quien opine que su posición es extremadamente lejana de la ciudad antigua y (está) en uno de los extremos en que hoy día se halla establecida

la mayor parte de la población de la capital". A lo que responde: "A una y otra contesto: Que si la opinión está pronunciada a favor de la localidad A ("El que era plazoleta, frente al antiguo Parque de Ingenieros, ahora Departamento de Policía") –que corresponde a la manzana comprendida entre las actuales Policía Vieja, Sarandí, Juncal y Pasaje Centenario–, la C se halla sobre el mismo paralelo una cuadra más para el sur. ¿Y la distancia de una cuadra me hará impropio un local? ¿No se considerará por nada la plazoleta de cerca de 40 varas que gozará el frontis del edificio para el libre movimiento de la concurrencia a pie y en carroaje? Las tres amplias calles de 20 varas de ancho que circundan, ¿no aumentarían el mérito del establecimiento?". Estaba hablando de la distancia de una cuadra, en referencia a los posibles críticos, de distancia desde el centro más poblado, pero con esa "distancia", tenía que hablar de otra característica del terreno que a él, como técnico, debería parecerle óptima, tratándose de una pequeña ciudad en pleno desarrollo: "En cuanto a lo despoblado –continúa–, este inconveniente, que en cierto modo hoy día se hace sentir, desaparecerá desde que se sepa que hay posibilidad de que se vaya a edificar el teatro en los terrenos de Carreras. Si se realiza la obra, es ineludible que la población se aumentará considerablemente en su alrededor; y por una buena y justa razón, y esta es que aquella se establecerá con esmero donde haya probabilidad de ventajas. ¿Y un teatro no trae consigo las inmensas ventajas que busca la población industrial?" Así habló el técnico, el empresario, el sociólogo.

El proyecto de 1841 para el futuro Solís

Resuelto el problema de su ubicación, Zucchi se aboca al proyecto del teatro en sí, para presentarlo ante un grupo de empresarios emprendedores, que tienen confianza en su país y, muy especialmente, en su pueblo. En plena guerra, que ellos ni sospechan que se prolongará hasta 1851, llevan adelante este emprendimiento y, para llevarlo a cabo, eligieron a alguien que no teme a estos desafíos.

Zucchi sabe que no se debe esperar nada del gobierno, no porque no quiera, sino, simplemente, porque no puede, acosado por sus urgencias bélicas. Pero, para él, ésa es una tendencia general, por eso dice: ... "el pueblo, acostumbrado a las dulces emociones que le proporcionaba el teatro, no pudo acostumbrarse a verse privado de él; y lo que antes era resultado directo de la munificencia de los gobiernos y el auxiliar poderoso de la autoridad para entretenér con agradable y provechoso recreo a la población, pasó a ser el móvil de cálculos productivos para personas privilegiadas o especuladores.

Larga fue la lucha: pero la razón, ayudada por la filosofía que ya había empezado a difundir su benéfica luz, preparó los siglos esclarecidos en que la literatura y las bellas artes florecieron a porfía: volvió la época en la que los gobiernos tomaron bajo

su inmediato patrocinio los teatros, que desde luego fueron construidos con arreglo a los preceptos arquitectónicos.

Las ciencias exactas y las físico-matemáticas concurrieron a establecer sus reglas invariables: la primera con respecto a las proporciones generales, la segunda, por la aplicación de la óptica y acústica.

Los siglos 17 y 18 fueron riquísimos en estos ejemplos. Enumerar los principales teatros, erigidos por magnánimos príncipes o espléndidos gobiernos, sería ocioso; pero no debo ocultar que, por ser aquellos de perfección artística, han servido de modelo para los que sucesivamente se han edificado y hubiera sido de desear, para honor de las ciencias y las artes, que hubiesen tenido más imitadores; "...

Él sabía que estaba trabajando para empresarios (personas privilegiadas y –¿por qué no?– especuladores), por eso pensaba y actuaba como tal, como sabía que la “magnificencia” de los príncipes era, en parte, para disfrute personal y, en parte, como una inversión, para procurarse prestigio nacional e internacional.

Se refiere después a la tentativa de algunos arquitectos franceses de principios de siglo de inclinarse hacia la planta de la sala semicircular, sustituyendo a la elíptica o en forma de herradura, que habían utilizado los más grandes teatros que entonces existían: el de Nápoles, el de Milán, el de Burdeos, los de Berlín y Turín. La forma elíptica permitiría la mayor capacidad en la menor superficie, apelando a la prudencia del arquitecto para evitar “la especulación ávida, que aglomera los concurrentes a despecho de la comodidad”.

Teniendo en cuenta su capacidad es que se clasifican los teatros: de primer orden son aquellos que tienen una capacidad de 3.000 a 3.500 personas (con la excepción de los ya nombrados de Milán, Nápoles y Berlín, que tienen cada uno de ellos una capacidad de alrededor de 4.200 personas; de segunda clase son los que tienen capacidad para unos 2.000 a 2.300 espectadores y de tercera, los de 1.500 a 1.800. De cuarta, los que tienen menor capacidad.

Naturalmente que los teatros de primer orden son los que están capacitados no sólo para contener más público, sino para montar sin ningún problema los más grandes y complicados espectáculos que “la imaginación, el genio artístico, concibe e inventa”.

Advierte que en los teatros de segundo y tercer orden se pueden presentar todos los espectáculos que se presentan en los de primera clase, sólo que a escala algo menor y con mecanismos diferentes.

Se le había pedido un proyecto de teatro para 1.500 espectadores, por lo tanto, “El teatro cuyo proyecto presento es, en cuanto a su disposición, de segunda clase; y con relación a su capacidad, de tercera, pues que contiene 1.584 personas, colocadas todas con comodidad y conveniencia”.

Montevideo, en ese entonces, tenía una población de 40.000 personas, que hoy cabrían, holgadamente, en un par de tribunas del Estadio Centenario.

No pierde jamás de vista que está tratando con inversores, por eso hace referencia a Lomet y Krafft que en su obra "Arquitectura de los Teatros" dicen que los edificios de utilidad pública se han de construir con economía, pero sin ahorro.

Tomando esa idea, Zucchi explica que no debe "tampoco ocultar que en la composición de este proyecto he alejado toda idea de mezquindad, sin por eso separarme de la economía".

Y hace lo posible por levantar el punto de mira de los accionistas, que sabe o presiente excesivamente inclinados hacia una exagerada economía, entonces agrega: "Ha sido también para mí de mucho peso, para hacerme inclinar hacia el precitado precepto, saber que la obra que se intenta efectuar no es la consecuencia de un premeditado cálculo o de una sórdida especulación, pero sí el movimiento espontáneo de unos desinteresados ciudadanos que tratan de enriquecer a su patria con un edificio que, a la par de ser reclamado por la necesidad y civilización, es de utilidad pública".

Para más seguridad, les acaricia el ego: "Por lo tanto he deducido que un pensamiento tan noble y patriótico no se liga con la parsimonia, ya que es indudable que el amor propio de cada accionista lo impele a dejar una memoria digna del desinterés que los anima a elevarla y, con ella, recordar a sus nietos, para que les sirva de ejemplo, que las obras que se emprenden para lustre del suelo patrio no han de participar de las que tienen por móvil interesadas especulaciones".

Continúa diciendo que el edificio ocupa un área de 4.668 varas cuadradas (debemos recordar que se trataba solamente del cuerpo central, los cuerpos laterales se construyeron posteriormente) y, por suma ventaja el teatro se halla aislado en sus cuatro frentes y separado de los demás edificios de circunvalación con otras tantas calles de 19 varas y media de ancho. ¡Qué lástima que quienes decidieron construir el nuevo edificio del SODRE donde lo hicieron (lo siguen haciendo), habiendo tenido oportunidad de construirlo en lugares tan adecuados como la actual sede "19 de Junio" del Banco de la República, no hayan pensado igual!

Luego continúa Zucchi con la descripción pormenorizada de todas las partes del proyecto.

En cuanto al estilo, del cual resultó esa elegancia sobria y serena que hoy admiramos, el arquitecto se expresa magníficamente en este párrafo: "El estilo de arquitectura que he dado a nuestro teatro no pertenece a ninguno de los tres órdenes que establecen la base fundamental o el tipo característico de todos los monumentos arquitectónicos, aplicándolos según el objeto y uso de su destino: es una composición variada y, por decirlo así, más bien un capricho artístico que otra cosa; y sin embargo de que no ofrezca la severidad o pureza de estilo de los bellos monumentos de la antigüedad, ha sido respetada la euritmia y conservada la simetría; por tanto, la uniformidad de las líneas, la armonía de las partes, la clase de ornatos empleados para decorarlos anunciarán por sí solos al viajero, al transeúnte, que el edificio que se ofrece a su vista es un teatro".

El teatro y la guerra

Después de haber presentado el proyecto, por las razones ya enunciadas, las relaciones entre Zucchi y la comisión de accionistas se fueron deteriorando. El arquitecto, que consideraba que estaba trabajando acá como técnico, sin tomar partido en las cuestiones políticas, mantenía correspondencia con notorios personajes argentinos y esto, mientras la gente se mataba en los campos de batalla, era muy difícil de admitir.

Lo cierto es que se dejaron sin efecto las tratativas entre la Comisión y el técnico quien, aunque reclamó el pago de sus honorarios, no sólo no cobró nada, sino que no se le reembolsaron ni siquiera los gastos.

La Comisión encomendó a otro técnico, Francisco Xavier Garmendia, para que se hiciera cargo de la obra proyectada, haciendo un nuevo proyecto.

Garmendia era un uruguayo formado en Italia y el proyecto que elaboró tiene tantas coincidencias con el de Zucchi, que la opinión más aceptada indica que del proyecto de Zucchi sólo modificó algunos elementos para disminuir costos, dejando lo fundamental en pie.

De este proyecto Zucchi, utilizado por Garmendia, sólo se cambió el porche, que ambos habían previsto que fuera hexástilo, en estilo dórico y que, a propuesta de otro técnico, Clemente César, se construyó, finalmente, en un orden colosal, octástilo, con capiteles de orden compuesto y fustes lisos, proporcionando mayor magnificencia al ingreso.

Oribe, después de vencer a Rivera en Arroyo Grande, puso sitio a la ciudad de Montevideo el 16 de febrero de 1843; sitio que se mantuvo hasta la paz del 8 de octubre de 1851.

En el informe brindado a los accionistas de la empresa del Teatro Nuevo, el 1º de setiembre de 1852, se decía: "Señores accionistas: Cuando el 31 de agosto de 1842, la Comisión Directiva de la empresa de un nuevo teatro os dio cuenta de su estado, bien distante estaba de pensar que pudieran transcurrir diez años sin que tan largo tiempo volviera a convocaros para instruiros del progreso de la obra y pediros que la subrogáseis, conforme al acta de asociación (...) (...) Dentro del edificio empezado se guardaba el valioso cargamento de madera que habíamos hecho traer de Europa, las columnas de mármol, capiteles y las pizarras destinadas a cubrir los techos, y aquellos dos comisionados que apenas podían hacer frente a las extraordinarias exigencias de la situación, respecto de nuestras propiedades, menos podían resistir los ataques nocturnos que se repetían para apoderarse de ellos. No hubo otro medio de defensa que el de cerrar el edificio y fueron tapiadas todas las puertas y ventanas, pero las 6.663 pizarras quedaban a la intemperie y por esta causa estaban a riesgo de destruirse. Don Esteban Tiscornia y Don Vicente Gianello solicitaron que se les diese por vía de

préstamo dichas pizarras y todas las tablas buenas de castaño con que había de revestirse el techo, con la obligación de devolverlo todo seis meses después de pedírselo. (...) y de común acuerdo aceptaron la propuesta, con la condición de que el Sr. Tiscornia quedase siempre obligado, como antes lo estaba, a la colocación de las pizarras en el techo y cuando fuese tiempo.

Aseguradas así todas las existencias de la empresa, los dichos dos Sres. Comisionados hicieron más: aprovecharon la oportunidad para arrendar el terreno exterior del edificio para el establecimiento de casillas de madera y con este arbitrio adquirieron los fondos necesarios para cubrir los gastos de conservación y os presentan una existencia de (...) La sociedad, pues, Sres., como arriba dijimos, no ha perdido; lejos de eso, aunque poco, ha ganado, gracias al celo y la constancia de dichos Sres. que relativamente no son ellos los que os hablan, sino los otros miembros de la Comisión, con la esperanza de que tomaréis parte de nuestra gratitud".

Se refiere después el miembro informante a los planos del teatro y al estado de cuentas.

De este informe nos queda una sensación extraña. La guerra está ahí. Seguramente informantes que les pasaron datos a los sitiadores les hicieron saber que en el predio donde se estaba construyendo el nuevo teatro había muy valiosos materiales que, de poder apoderarse de ellos, más que lo que les pudiera significar en dinero, en aquellas circunstancias, les serviría para dañar económica y moralmente a los empecinados constructores, que supieron esperar pacientemente durante más de diez años, salvando todo de la destrucción, para poder volver a reunirse y, seguramente, iniciar la reunión con un "como decíamos ayer".

Ni el espíritu mercantil se amenguaba. Les hubiera parecido un desperdicio inaceptable que, ahora que los enemigos, como habían sabido que estaban, ya sabían que los costosos materiales habían sido trasladados a lugares más seguros, sacaron provecho de los terrenos que rodeaban la construcción para que se construyeran casillas para alquilar. Y así lo hicieron.

Tampoco los guardadores de los materiales lo hicieron gratis; pensaban utilizarlos, seguramente, porque solicitaban seis meses de plazo para devolverlos desde el momento que se les reclamara: el tiempo necesario para solicitarlo a Europa y tenerlo nuevamente en la bahía de Montevideo.

El Nuevo Teatro pasa a ser el Teatro Solís

Finalmente, el teatro que gestó la Ciudad Heroica durante tantos años, se inauguró el 25 de agosto de 1856, cuando se celebraba el trigésimo primer aniversario de la fecha en que se declaró la independencia nacional.

El Presidente de la Comisión Directiva, Don Juan Miguel Martínez, dijo entre otras cosas: "Gracias, gracias mil, por el honor que se nos quiere dispensar, pero en obsequio a la verdad debemos decir que los esfuerzos de siete individuos de que se compone la Comisión jamás hubieran sido bastante poderosos para dar cima al Teatro de Solís. La Comisión apenas ha hecho otra cosa que cumplir con los mandatos de sus comitentes; es, pues, a la generosidad, al desprendimiento y decisión de la numerosa y respetable Sociedad, que nos ha cabido el honor de representar a quien debemos la fortuna de poseer este monumento que hemos consagrado a la memoria del intrépido descubridor de la Banda Oriental del Río de la Plata: monumento que embellece e ilustra a la capital de la República, porque el viajero que arriba por primera vez a nuestras playas, juzga siempre por los edificios públicos el estado de atraso o civilización de todo un pueblo".



Teatro Solís. Montevideo

En sucesivas etapas se fue complementando el edificio central con los edificios laterales, que en un principio tuvieron una finalidad económica, siendo ocupados como vivienda y como comercios (el último de ellos fue el restaurante "El Águila", que funcionó hasta poco antes del presente cierre del teatro para ser refaccionado a fondo).

En aquellos proyectos intervinieron el arquitecto Rabu, el Ing. Capurro, el Ing. Andreoni y otros.

La actual refacción se les encomendó a los Arq. uruguayos Álvaro Farina y Carlos Pascual. La última etapa de los trabajos está a cargo de la arquitecta Eneida De León, también uruguaya.

Al Arq. Pascual debemos agradecer muy especialmente los materiales que nos acercó para hacer posible esta nota.

Intervino, también, como asesor, el Arq. italiano Lionello Puppi.

Actualmente el Teatro Solís pertenece a la Intendencia Municipal de Montevideo.

El 18 de enero de 1937 se reunió la Asamblea General Extraordinaria de la Sociedad Anónima Teatro Solís, con el objeto de tratar la "negociación de venta del Teatro". El 24 de junio de 1937 se firmó la escritura de venta.

Bajo la égida de la Intendencia de Montevideo, el teatro, que había permanecido un tiempo con sus puertas cerradas, reabrió el 25 de agosto de 1946.

Después de algunas refacciones que se realizaron durante el período, el Teatro siguió funcionando hasta 1998. El 12 de noviembre de 1998 se cerró para poder poner en práctica el actual "proyecto de renovación arquitectónica y de gestión del Teatro Solís".

El Arq. Pascual, después de referirse al equipo de proyecto internacional, que se completó entre fines de 1999 y principios de 2000, dice, entre otras cosas, en su informe: "El complejo Teatro Solís comenzó a visualizarse como un proyecto cultural de gran envergadura y de particular diversidad. Se tiene la certeza de que, en forma simultánea a la reconstrucción del edificio, es necesario profundizar la reflexión orientada a la reconstrucción del funcionamiento interno del Teatro.

Por esta razón, en agosto de 1999 el equipo de proyecto y su contraparte en el gobierno municipal (Secretaría General, Servicios Descentralizados y Departamento de Cultura de la Intendencia) decidieron comenzar a desarrollar el proyecto de gestión.

Es claro que el complejo deberá estar preparado para ser usado en representaciones de diverso tipo, tanto producciones propias como privadas, locales e itinerantes, y asimismo, proporcionar facilidades como espacio de producción, y contar con maquinaria escénica contemporánea y equiparable a la de otros teatros de la región".

Los hombres que en aquel lejano 1840, en plena Guerra Grande, cuando Garibaldi aún no había llegado a Montevideo, pensaron y, después de tantos avatares, pusieron en práctica esta obra que hasta podía considerarse un exceso para aquella ciudad pequeña y pobre, dotando a la capital del que fue por muchos decenios el mejor teatro de Sudamérica, nos miran hoy, quién sabe desde dónde, y esperan que sepamos estar a su altura.

No dudamos que así será, porque somos uruguayos y porque sabemos romperle el cuello a la adversidad.

Bibliografía

- "Proyecto Solís - Montevideo: una ciudad para un teatro, un teatro para una ciudad". Editado por la Intendencia Municipal de Montevideo para la Bienal de Venecia en su 7^a Muestra Internacional de

Arquitectura, del año 2000. En español e inglés. Casa editrice "Il poligrafo s.r.l.", presso le Grafiche Turato di Rubano (Padova) Italia; 2000.

- "Carlo Zucchi y el neoclasicismo en el Río de la Plata". Actas del coloquio realizado en Buenos Aires el 3 de abril de 1996. Intervenciones de Marina Aguerre, Fernando Aliata, Gino Badini, Alberto De Paula, Florencia Galesio, Noemí Goldman, César Loustau, Jorge Myers, María Lía Munilla Lacasse y Marcelo Renard. Editado por el Instituto Italiano de Cultura de Buenos Aires. Ripari S.A. Buenos Aires; 1998.

VALORI E ATTUALITÀ DEL RISORGIMENTO ITALIANO

Sergio Goretti

Che senso ha parlare di Risorgimento in occasione del 2 giugno? In questa data si ricordano due eventi, uno noto, l'altro un po' meno: la nascita della Repubblica italiana (2 giugno 1946) e la morte di Giuseppe Garibaldi (2 giugno 1882), due date che però sono legate l'una all'altra perché la repubblica ha avuto in Garibaldi un sostenitore convinto e nel Risorgimento le sue radici più vere, più profonde. Ecco quindi il legame con l'Italia di oggi nella quale si torna, dopo un periodo di oblio e di avversione, a parlare con serenità di Risorgimento, a studiarlo e indagarlo con obiettività, grazie soprattutto al Presidente della Repubblica Carlo Azeglio Ciampi, il quale è molto sensibile alla storia patria ed ai suoi simboli come l'inno di Mameli, che non manca occasione di far intonare, o il Vittoriano che ha auspicato possa divenire museo della patria o dell'unità d'Italia.

Riguardo in particolare al tema del Risorgimento il presidente in più occasioni l'ha ripreso in considerazione nelle visite ai luoghi simbolo dell'unità d'Italia, come nel novembre dello scorso anno per la celebrazione a Torino, in palazzo Carignano, del 140° anniversario dell'Unità. "Ricordiamo un momento della nostra storia –disse Ciampi rivolgendosi agli studenti– nel quale una generazione soprattutto di giovani seppe trasformare un popolo, il nostro popolo, in una nazione. Questo è stato il Risorgimento."

Ripercorrendo questo intervento del Presidente si possono cogliere molti dei valori tuttora attuali del Risorgimento e i punti salienti della rivoluzione nazionale italiana: l'idea di patria come unità di valori, l'idea di repubblica e quella di Europa.

L'unità cui miravano moderati e democratici era prima di tutto unità territoriale che fu compiuta grazie all'azione congiunta di patrioti e governanti (grazie al genio militare di Garibaldi ed al genio politico di Cavour) in meno di due anni, tra l'estate del 1859 e la primavera del '61, una sorta di miracolo, che vide il punto più alto nei plebisciti, quando per la prima volta milioni di italiani furono chiamati a votare per un fine unico, l'adesione al regno costituzionale di Vittorio Emanuele. Tuttavia era mancato

in quell'occasione un vero momento costituente che si esprimesse in una assemblea eletta nella quale si potessero confrontare le diverse anime del Risorgimento.

"Era mancato –sono le parole di Ciampi– quel patto solenne, quel giuramento tra i cittadini che non a caso aveva ispirato nel Manzoni i versi di Marzo 1821, che aleggiava nelle pagine delle grandi opere sulla storia delle antiche repubbliche, marinare e comunali, nella musica e nel melodramma dei nostri compositori."

Era mancata quell'assemblea costituente che solo la Repubblica Romana del 1849, sotto assedio, seppe tentare e che soltanto con la Repubblica italiana, il 2 giugno 1946, venne realizzata.

L'idea di repubblica in età risorgimentale

Come sostiene Aldo Ricci nel recente, interessante saggio *La repubblica*, è un'aspirazione dalle radici lontane, quella della repubblica –risale all'età romana ed a quella medievale– e si identifica con l'idea di libertà tanto che negli anni della Restaurazione e del risveglio delle nazionalità, l'Italia cominciò a pensarsi come Nazione inizialmente ad opera del pensiero repubblicano. Le radici di questa forma di governo erano state analizzate nella **Storia delle repubbliche italiane nel Medio Evo** dello storico e letterato svizzero Sismondi che gli intellettuali italiani durante tutto il Risorgimento continuarono a leggere per trovarvi la giustificazione della battaglia nazionale e della coscienza unitaria alla cui formazione concorse la creazione di un linguaggio e di una letteratura popolari ad opera del romanticismo.

Questi stessi sentimenti erano diffusi negli uomini che andavano ad ingrossare le file delle società segrete, dalla Carboneria all'Adelfia o Società dei sublimi maestri perfetti, sorte con finalità cospirative in dissidenza con la massoneria che professava sentimenti liberali ma non rivoluzionari. Il gradualismo che stava alla base della loro organizzazione prevedeva ai primi livelli obiettivi di tipo costituzionale moderato ed ai gradi più elevati l'azione rivoluzionaria fondata sulla sovranità popolare e la repubblica. Il programma settario veniva quindi rivelato all'iniziato gradualmente, man mano che questi veniva giudicato degno di salire ai vertici.

Furono le società segrete ed in particolare la Carboneria a dare avvio ai primi moti insurrezionali nel 20-21 nel Regno delle due Sicilie e in quello di Sardegna che si proponevano di agire sulle dinastie per imporre la costituzione. Di maggiore respiro furono i moti organizzati da Ciro Menotti a Modena nel 1831 a seguito della rivoluzione parigina del luglio di quell'anno, moti che si estesero a Parma e alle legazioni pontificie ed il cui programma aveva già un respiro nazionale perché prevedeva la convocazione a Roma di un'assemblea per assegnare la corona d'Italia.

Da quella stessa rivoluzione parigina cui si ispirarono i carbonari italiani prese forma in Francia un vero e proprio partito repubblicano con strutture ramificate, organi

di stampa, un programma di suffragio universale e di libertà di espressione. A questo modello si ispirerà Giuseppe Mazzini, il massimo organizzatore e teorico del repubblicanesimo moderno in Italia.

Con Mazzini il gradualismo delle sette venne superato dalla costruzione di un programma reso pubblico, fondato sulla repubblica unitaria e sul suffragio universale: era il programma della Giovine Italia nata nel 1831 come fratellanza per fare dell'Italia una "nazione di uomini liberi ed uguali, una, indipendente e sovrana", organizzata in forma repubblicana, la sola forma in grado di assicurare il rispetto della legge di Dio e degli uomini, la sola capace di assicurare libertà, uguaglianza e progresso. La Giovine Italia era repubblicana anche perché repubblicane erano le tradizioni, le memorie, le epoche di progresso dell'Italia che non aveva invece radici monarchiche, come insegnava Sismondi.

Gli strumenti per portare a compimento la rivoluzione nazionale e repubblicana erano per Mazzini l'educazione e l'insurrezione –basti pensare ai moti di Genova nel '33, al tentativo dei fratelli Bandiera nel '44– ed il suo compimento stava, come nell'esperienza romana del 1849, nella convocazione di un'assemblea costituente attraverso la quale il popolo avrebbe esercitato il potere di autodecisione. All'Italia, unificata e con capitale Roma –la Terza Roma, quella repubblicana, dopo quella dei cesari e dei papi– Mazzini affidava la missione di redenzione e liberazione dell'Europa e dell'umanità.

Al repubblicanesimo unitario di Mazzini si contrappose, sul versante democratico, il federalismo repubblicano di Carlo Cattaneo e Giuseppe Ferrari che rispetto alle altre correnti risorgimentali ebbe un ruolo minoritario e perdente. Perdente rispetto alla soluzione unitaria prevalsa nel 1859-60 ed anche rispetto al federalismo non repubblicano –sostenuto da Gioberti, Balbo, D'Azeffio– che puntava ad una federazione di sovrani illuminati e che venne a trovarsi in sostanziale sintonia istituzionale con la soluzione monarchica dell'Unità.

A differenza di Mazzini, Cattaneo sosteneva che la pluralità che caratterizzava la storia italiana costituiva un fattore di ricchezza e di progresso e non di debolezza e disunione purché le diversità potessero esprimersi nella libertà, anche per lui sinonimo di repubblica. Inoltre vedeva nel federalismo l'unica formula per collegare queste diversità, a partire dai comuni, sedi minime della socialità degli uomini, nei quali essi hanno la possibilità di esercitare concretamente la libertà, fino a giungere alla federazione degli Stati Uniti d'Europa, la sola che avrebbe potuto porre fine alle guerre.

A partire dagli anni '30 al repubblicanesimo si contrappose, sul versante opposto, l'azione dei moderati che andarono progressivamente sposando un programma nazionale per risolvere i problemi dell'Italia da attuare ricercando in un quadro diplomatico europeo la soluzione del problema dell'unità. Se fino al 1848 vi furono tentativi di organizzare una federazione di sovrani o una confederazione cattolica

presieduta dal papa e questi coinvolsero oltre al Piemonte, la Toscana e poi il Regno delle due Sicilie e lo Stato della Chiesa –quest'ultima con l'elezione a papa di Pio IX– e culminarono con la breve stagione degli statuti, dopo il biennio rivoluzionario 48-49 il riformismo moderato si concentrò, anche per la presenza di molti patrioti esiliati, nel Piemonte che divenne unico punto di riferimento dei moderati italiani.

L'evoluzione degli avvenimenti rivoluzionari del '48, che sembravano la conferma dell'atteso risveglio dei popoli europei in nome della libertà, rimise l'iniziativa nelle mani dei repubblicani i quali sulla scia dei successi di Milano e di Venezia indussero il re piemontese Carlo Alberto a proclamare la guerra all'Austria, gesto che ebbe un alto valore simbolico perché favorì l'invio di truppe regolari e volontarie dagli altri stati italiani avviando una sorta di guerra federale ma allo stesso tempo riportò l'iniziativa nelle mani dei moderati. La sconfitta a Custoza approfondì il contrasto tra monarchici e repubblicani, segnò la fine del sogno neoguelfo dei federalisti non repubblicani e restituì per breve tempo l'iniziativa al movimento democratico: in Toscana col governo affidato a Francesco Domenico Guerrazzi ed a Giuseppe Montanelli, a Roma con l'attentato al moderato Pellegrino Rossi, la fuga di Pio IX e la proclamazione della repubblica. Questa evoluzione indusse il Piemonte a riprendere la guerra all'Austria subito conclusasi con la sconfitta di Novara, seguita dall'abdicazione di Carlo Alberto in favore di Vittorio Emanuele II, il quale conservò lo Statuto creando le premesse perché negli anni successivi il Piemonte governato dal conte di Cavour potesse riprendere l'iniziativa nazionale, marginalizzando le componenti repubblicane a favore della nuova strategia moderata orientata in senso dinastico e unitario.

Nel biennio rivoluzionario un posto particolare è occupato dalla Repubblica Romana, l'unica tra le esperienze di quel periodo che percorse tutti i gradini del processo rivoluzionario: la convocazione di elezioni generali a suffragio universale, l'assemblea nazionale costituente, la proclamazione della repubblica, l'approvazione di una costituzione, la prova militare. Se si aggiunge l'affermazione di Roma come centro ideale nella costruzione della nuova Italia, quell'esperienza fu la sola, effettivamente compiuta, rivoluzione democratica del Risorgimento.

Quali furono i caratteri della Repubblica Romana?

In primo luogo, coniugando sovranità popolare e suffragio universale, si ebbe una grande partecipazione popolare sia in occasione delle elezioni dell'assemblea costituente (250.000 votanti, dieci volte di più di quanti avrebbero partecipato alle elezioni del Regno d'Italia nel 1870), sia in occasione della difesa dall'assalto delle truppe francesi.

Un secondo carattere fu la laicità dello stato nel senso di separazione tra Stato e Chiesa: la prima risoluzione dell'assemblea fu l'abolizione del potere temporale e l'introduzione del principio delle garanzie per il ministero spirituale del papa.

Una terza caratteristica fu la sua costituzione, innovativa e moderna, articolata su 8 principi fondamentali e 69 articoli, elaborata sotto assedio e promulgata il 3 luglio dal Campidoglio poche ore prima dell'arrivo dei francesi che posero fine ad una difesa disperata, magistralmente condotta da Garibaldi, che segnò una delle pagine più eroiche del Risorgimento.

Conclusa la fase rivoluzionaria, negli anni Cinquanta, mentre Cavour alla guida del governo piemontese accelerò la politica delle riforme e avviò un'attività diplomatica per inserire la questione italiana nel quadro internazionale, molti democratici da un lato avviarono più stretti legami con il nascente movimento socialista e dall'altro cominciarono ad allearsi con i moderati per una strategia nazionale e unitaria, mentre Mazzini dava vita al Partito d'azione che dopo vari insuccessi insurrezionali non ostacolò quella convergenza.

I contatti tra moderati, democratici e mazziniani non ortodossi portarono alla creazione di una Società Nazionale con il programma di unire tutte le forze a sostegno della monarchia sabauda nella lotta contro l'Austria e per l'unità nazionale.

Il trionfo della diplomazia cavouriana si ebbe con l'alleanza della Francia al Piemonte nella guerra all'Austria nel '59 i cui limiti si rivelarono chiari con l'armistizio di Villafranca e con l'umiliazione della cessione della Lombardia alla Francia. Fu merito della Società Nazionale la conclusione della vicenda unitaria nell'Italia centrale con i plebisciti che sancirono l'annessione dei territori liberatisi dai governi restaurati al Regno di Sardegna.

Mentre l'Europa aveva appena accettato i plebisciti dell'Italia centrale, Palermo insorgeva sotto la guida del mazziniano Rosolino Pilo e dava lo spunto per l'intervento di Garibaldi, favorito dall'Inghilterra.

Giuseppe Garibaldi con la sua figura emblematica di dittatore rivoluzionario con la camicia rossa repubblicana e la parola d'ordine "Italia e Vittorio Emanuele" incarna tutte le contraddizioni di quella stagione esaltante durante la quale si trovarono accanto futuri leader politici come Francesco Crispi, Agostino Depretis e Benedetto Cairoli ma anche letterati come Ippolito Nievo e Giuseppe Cesare Abba che avrebbero fatto di quell'impresa una leggenda.

Con la liberazione di Napoli si aprirono nuove prospettive ed il movimento democratico decise di proseguire l'azione militare puntando verso Roma. A quel punto l'iniziativa di Cavour ebbe la meglio convincendo il re a invadere Marche e Umbria e impedire a Garibaldi di riportare la bandiera rossa della repubblica sul Campidoglio.

L'incontro di Teano significò simbolicamente il passaggio di consegne tra il generale vincitore e il suo sovrano e quindi la conclusione istituzionale del processo rivoluzionario.

Questa evoluzione degli avvenimenti nel biennio 59-60 dimostrò che senza l'iniziativa democratica non vi sarebbe stata l'unità nazionale, mentre poteva esservi

unità senza repubblica perché, come sostiene Aldo Ricci, questa era e restava l'obiettivo di una minoranza.

La cultura politica che durante il Risorgimento aveva fatto della repubblica la sua bandiera si indirizzava dopo il '61 verso altri traguardi: il laicismo militante, il positivismo, la diffusione dell'istruzione di massa, l'associazionismo, l'irredentismo e così via.

Il cammino perché gli italiani potessero godere della pienezza dei diritti civili e politici era ancora lungo e tormentato: solo con la Repubblica e grazie alla Costituzione repubblicana si è raggiunto il traguardo e nonostante i difetti la Repubblica che nasce il 2 giugno 1946 questa è la prima repubblica democratica estesa a tutto il territorio nazionale della nostra storia.

Perché Risorgimento?

È un interrogativo che uno storico del Risorgimento quale fu Giovanni Spadolini si poneva sin da ragazzo. Cosa poteva risorgere nell'Ottocento? Uno stato, lo stato unitario italiano, che non era mai esistito prima? In realtà non è mai risorto uno stato italiano per il semplice motivo che uno stato italiano non era mai nato. A rinascere era invece una certa idea dell'Italia, sosteneva Spadolini, dell'Italia come comunità di lingua e di cultura, fiorita già coll'avvento del volgare e col contributo decisivo di Dante e di Petrarca; era la riscoperta dei valori e degli ideali che avevano dato vita alla civiltà dei Comuni. In sintesi quello che doveva risorgere era l'idea dell'Italia, l'idea della nazione italiana, un fatto spirituale, culturale, morale.

Il Risorgimento fu quindi, sempre secondo Spadolini, un principio civile e morale nel quale era del tutto estranea qualunque concezione di primato di stirpe o di razza e per questo la rinascita italiana si differenzia dalla rinascita nazionale tedesca e costituisce un modello unico nel quadro della storia europea.

Il Risorgimento inoltre permetterà di risolvere un problema che aveva ritardato o ostacolato l'unificazione della penisola, cioè il problema della sopravvivenza del potere temporale dei papi; esso sarà risolto nel senso della libertà religiosa.

Se dunque il Risorgimento si identificava con la rinascita di una certa idea dell'Italia ecco che si spiega perché col fascismo si parlò di anti-risorgimento, che significava rifiuto dell'Italia liberale e dei principi connessi alla soluzione risorgimentale e cioè: negazione della libertà politica, delle istituzioni parlamentari e rappresentative, del legame tra Italia e Europa. Il fascismo significava rifiuto dei grandi principi ispiratori del Risorgimento: libertà, giustizia, umanità e soprattutto del legame mazziniano tra patria e umanità.

E rispetto a quest'ultimo traguardo il Risorgimento può dirsi storia incompiuta perché resta da realizzare un obiettivo al quale hanno creduto tanti esponenti di spicco,

da Mazzini a Cattaneo a Garibaldi e cioè la federazione europea, unico rimedio alle lacerazioni e alle frantumazioni di cui abbiamo avuto recenti, terrificanti esempi (basti pensare alla ex Jugoslavia). Cattaneo indicava sicuramente la terapia giusta contro simili rischi quando diceva: "Avremo pace vera quando avremo gli Stati Uniti d'Europa".

Dal primo al secondo Risorgimento

Il tema del fascismo come anti-risorgimento –conseguente alla rivalutazione dell'Italia liberale di Benedetto Croce ed alla critica di Gaetano Salvemini– e della lotta antifascista quale nuovo Risorgimento contraddistinse la prima fase del movimento Giustizia e Libertà nei primi anni Trenta del Novecento e l'opera di Carlo Rosselli. Nasceva l'idea di "secondo Risorgimento" che raccolse subito l'opposizione dei comunisti –Palmiro Togliatti, Antonio Gramsci– secondo i quali il Risorgimento era una rivoluzione borghese mancata alla quale le masse popolari non avevano partecipato. Successivamente anche in relazione al consolidarsi del regime maturò la necessità di una politica unitaria tra le forze antifasciste e cambiò anche il giudizio sull'esperienza risorgimentale da parte delle correnti politiche di derivazione marxista e socialista le quali fecero propria l'idea di un secondo risorgimento recuperando attraverso la figura di Garibaldi la componente internazionalista, popolare e protosocialista della democrazia risorgimentale.

Con la seconda guerra mondiale si parlò di secondo Risorgimento per identificare il movimento antifascista della Resistenza che aveva resuscitato, pur nei suoi contrasti interni e sulle soglie di una guerra perduta, tanti miti risorgimentali: dal volontariato garibaldino alla Costituente, all'autodeterminazione dei popoli, all'idea di repubblica. Furono ripresi dal passato risorgimentale i nomi delle formazioni militari, i simboli, le tattiche della guerra per bande di Garibaldi. Ricordiamo in Italia le tante brigate "Garibaldi" accanto a quelle intitolate a Mazzini, a Mameli, a Cattaneo, a Pisacane. Ma fu soprattutto la resistenza dei militari italiani all'estero che rinverdì la tradizione risorgimentale allorquando in Montenegro –è un episodio purtroppo ancora poco noto– i soldati di due divisioni dell'esercito italiano decisero all'8 settembre 1943, anziché di arrendersi ai tedeschi, di continuare a combattere per la libertà del popolo jugoslavo dando vita alla divisione "Garibaldi" che rimase unità dell'esercito italiano sino alla fine della guerra. Continuava così, nel solco della tradizione garibaldina, il volontario sacrificio di uomini dediti alla causa della libertà dei popoli oppressi.

La tradizione garibaldina significava –sono ancora le parole di Giovanni Spadolini– affermazione della libertà, della libertà di tutti e quindi della tolleranza, della giustizia, della rettitudine sia nelle battaglie politiche che in quelle militari, significava lotta contro ogni forma di oppressione e per l'emancipazione degli uomini e dei popoli,

rispetto per tutte le patrie nell'amore per la propria patria, diritto dei popoli all'autodeterminazione. Essa ci ricorda poi che "la battaglia per la libertà degli italiani non fu mai isolata, ma venne vissuta insieme ai popoli d'Europa: greci, polacchi, ungheresi, tedeschi. L'Inno di Mameli ci ricorda quella lotta comune", come ebbe a dire il presidente Ciampi.

Dopo la morte di Garibaldi, la tradizione garibaldina si perpetuò con le campagne condotte dai figli e dai nipoti: nella guerra greco-turca del 1898 (Domokos), in Albania nel 1911, in Grecia nel 1912, in Serbia nel 1914 e poi sulle Argonne sempre nel 1914 e nella prima guerra mondiale (Col di Lana) e poi ancora nella guerra di Spagna nel 1937-8 (Battaglione Garibaldi) e nella seconda guerra mondiale (Divisione Garibaldi e Divisione Italia in Jugoslavia).

Una continuità di valori che oggi è patrimonio dell'Associazione nazionale veterani e reduci garibaldini la quale si propone di diffondere le idealità di questa tradizione dalle radici risorgimentali.

Risorgimento oggi

Afferma lo storico Alfonso Scirocco in un libro dal significativo titolo **In difesa del Risorgimento** che il dibattito politico di questi ultimi anni ha visto mettere in discussione ripetutamente le ragioni e la validità dell'unità d'Italia, portata a compimento nell'Ottocento con la rivoluzione risorgimentale. Si sono espresse perplessità sul modo in cui l'unità fu raggiunta con la prevalenza dei moderati e sotto la guida del Piemonte, sull'opportunità della forma di stato accentrativo. A ben vedere –afferma Scirocco– l'unità appare quasi una operazione sbagliata. I motivi di queste critiche sono generalmente legati alle esigenze della politica, non della storia, per cui il ricorrente clima di processo al Risorgimento rischia di mettere in secondo piano con pregiudizi politici la percezione di un momento importante del nostro passato e ci richiama ad uno sforzo di valutazione serena ed equilibrata.

Condividiamo il giudizio conclusivo di Alfonso Scirocco che ci appare fondato e storiograficamente corretto: l'unificazione italiana fu "artigianale", piena di difetti ma reale e l'unica possibile. Anche la decisione in favore dell'accentramento fu meditata e consapevole ed anche coraggiosa nella convinzione che prima delle autonomie veniva l'unità e l'indipendenza. Nel moto risorgimentale è da cogliere infine una singolare analogia con l'attuale percorso di unificazione europea.

Guardando all'oggi, infatti, anche il presidente della Repubblica ci ricorda nella conclusione del suo discorso a Torino che "per significato profondo ciò che accade in Europa è simile a quello che l'Italia visse un secolo e mezzo fa. Anche oggi, come allora, le coscienze dei giovani vanno più avanti delle realizzazioni. I giovani d'Europa sentono già l'importanza della bandiera azzurra con dodici stelle, dell'Inno alla Gioia; sentono già l'importanza dei legami giuridici e delle libertà comuni che abbiamo conquistato".

Testi consultati

- Aldo G. Ricci, *La Repubblica*, Il Mulino, 2001.
- Alfonso Scirocco, *In difesa del Risorgimento*, Il Mulino, 1998.
- Il mito del Risorgimento nell'Italia unita, Atti del convegno Milano 9-12 novembre 1993, Il Risorgimento, 1995.
- Carlo Azeglio Ciampi, Risorgimento e unità della nazione, in "Nuova Antologia", gennaio-marzo 2002.
- Giovanni Spadolini, *Tradizione garibaldina e storia d'Italia*, Quaderni della Nuova Antologia, 1982.
- Lucy Riall, *Il Risorgimento. Storia e interpretazioni*, Donzelli, 1997.
- Giovanni Spadolini, *Autunno del Risorgimento. Miti e contraddizioni dell'unità*, Cassa di Risparmio di Firenze, 1986.
- Vincenzo Calì, *Risorgimento e Resistenza*, Archivio Trentino di Storia contemporanea, n. 3 del 1990.
- Martin Clark, *Il Risorgimento italiano. Una storia ancora controversa*, Rizzoli, 2001.
- Rieti e la Repubblica Romana, *Mondo Sabino*, 2000.

FE DE ERRATA

En el artículo titulado: "XX Settembre: fiesta y política", de la Prof. Argentina María Luján Leiva, publicado en el N° 16 de "GARIBALDI", correspondiente al año 2001, se deslizó un error del original que escapó a nuestro control. Cuando se refiere a las elecciones para el primer Parlamento republicano en Italia, puso como fecha 18 de abril de 1946, cuando es obvio que en esa fecha estaba aun vigente el régimen monárquico: debió decirse 18 de abril de 1948.

EN LOS CIEN AÑOS DEL MUSEO HISTÓRICO NACIONAL

El primer centenario del Museo Histórico Nacional se celebró, a propuesta de nuestra Asociación, en el mes de octubre de 2001, en la casa de Garibaldi, con un homenaje a Juan Pivel Devoto, quien fue el gran impulsor de esta Institución que nos enorgullece a todos los uruguayos.

En el acto, al que asistieron entre otras personalidades, familiares del homenajeado, hicieron uso de la palabra el Presidente de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo y el actual director del museo, Prof. Enrique Mena Segarra.

Ambas intervenciones fueron las que se publican a continuación.

Juan E. Pivel Devoto

Enrique Mena Segarra

El día 28 de febrero de 1923, a las cuatro de la tarde, tuvo lugar en la Plaza Independencia la inauguración del monumento al General Artigas. En el palco frontero a la estatua se había ubicado desde las once de la mañana un niño de trece años aún no cumplidos, hijo de un ex legislador del Partido Colorado. El encendido discurso de don Juan Zorrilla de San Martín marcó el apogeo del acto y muchos años más tarde era recordado por aquel niño, convertido en el primer historiador de su país: “¡Yo esperaba ese momento!”.

La vocación de Juan Pivel Devoto como cultor de la historia nacional databa ya de los años de la infancia, cuando es bien raro que se defina una orientación intelectual. Establecida la familia en Montevideo en 1919 desde su Paysandú natal, comenzó una autodidaccia metódica; cuando otros leían libros, él leía bibliotecas, ayudado por su prodigiosa retentiva.

A los veinte años comenzó su carrera docente, la cual sería una de las facetas que más lo caracterizaron. Pero al mismo tiempo fue cumpliendo funciones en el Estado Mayor del Ejército, en el Archivo General de la Nación, en la UTE y en el Ministerio de Relaciones Exteriores, donde alcanzó el cargo de Jefe del Archivo Histórico y Biblioteca. No sólo continuó enriqueciendo de esa forma su saber histórico, sino que decantó uno de los aspectos menos comentados de su futuro accionar: un profundo e

íntimo conocimiento de la estructura y funcionamiento de la administración pública, de los resortes y vericuetos del Estado.

Numerosas obras de investigación histórica, centradas al principio en las primeras gestiones diplomáticas de la República naciente, fueron pautando su actividad creativa entre los veinte y los treinta años de su edad. En 1940 un núcleo de personalidades vinculadas con el quehacer histórico se dirigió al Presidente Alfredo Baldomir con un petitorio desusado: que se designara al Sr. Juan E. Pivel Devoto en la Dirección del Museo Histórico Nacional, a la sazón vacante. La nómina de firmantes constituye un censo de los historiadores de la época: Felipe Ferreiro, Aquiles Oribe, Raúl Montero Bustamante, Horacio Arredondo, Mario Falcao Espalter, Carlos Ferrés, Arturo Scarone, Gilberto García Selgas, Juan Antonio Rebella, entre muchos otros. No se advertía allí distinción de partidos políticos; sólo la convicción unánime de que proponían al mejor candidato posible. La gestión contó con el poderoso apoyo del senador Luis Alberto de Herrera, jefe civil del Partido Nacional, cogobernante de acuerdo a la Constitución de 1934.

Durante 42 años dirigió el Museo, excepto en el lapso 1963-1967, en que ocupó el Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social. Puede decirse que durante ese larguísimo período ejerció un verdadero **poder cultural**, como portavoz y en gran parte autor del discurso estatal sobre la historia nacional, y también como el más importante gestor cultural que ha tenido el país.

Se consideraba a sí mismo antes que nada un servidor del Estado y de la patria; “monje del Estado”, lo calificó a su muerte Julio María Sanguinetti.

Sus ideas estaban centralizadas en un “nacionalismo furibundo”, como dijo su alumno José Pedro Barrán. Por ese nacionalismo que heredó de su admirado Francisco Bauzá, todo lo media de acuerdo a los intereses de su país. “Él era uruguayo y el resto le importaba un bledo”.

Cuando se hizo cargo del Museo, el Uruguay se hallaba dividido por solidaridades ideológicas supraestatales y excluyentes, repercusión local de los conflictos europeos: comunismo y fascismo, guerra civil española, Segunda Guerra Mundial. Su reflejo en la política uruguaya era intenso y la postura internacional del herrerismo, sector al que pertenecía Pivel, detonaba en el ambiente de una aliadofilia extremada y acrítica. De ahí su concepto sobre la misión del Museo Histórico Nacional, que resumió muchos años después: “un organismo llamado a concentrar los elementos representativos de la tradición, a formar y a educar la conciencia nacional por el estudio, la investigación y la divulgación del pasado, como medio de lograr un conocimiento cabal de nuestra existencia y de arraigar los valores capaces de darnos una fisonomía y un carácter propios”.

Toda su obra, escrita o no, se orienta hacia la conciliación de los partidos blanco y colorado, y muy en especial el que acaso sea el más importante de sus libros: la

"Historia de los partidos políticos en Uruguay - 1811-1897", publicado en 1942. Consideraba que ambas colectividades, a través de aciertos y errores, hicieron la patria y la consolidaron, pero que sus enfrentamientos armados del siglo XIX llegaron a poner en riesgo la existencia misma del Uruguay como Estado independiente. A toda costa debía impedirse, por lo tanto, la renovación de ese peligro.

Con ese espíritu, rechazaba las solicitudes de corregidores que le pedían documentación con fines de polémica contraria a algunos de los próceres fundacionales. Contestó en una de esas ocasiones Pivel: "Yo no estoy dispuesto a dar elementos que socaven a los grandes héroes que han contribuido a crear la nacionalidad. Todos tuvieron sus momentos de flaqueza; todos pueden ser acusados, pero creo que lo que al país le interesa es rescatar lo que de noble y magnífico hay en los creadores de la nacionalidad y de los partidos, es decir, los que contribuyeron a hacer la patria. De esos elementos no doy datos aunque los conozca". El senador García Costa, narrador de esta anécdota, comentaba así en 1985 esta actitud de Pivel: "Alguien puede opinar que no pertenece a un historiador impecable; pero la rescata como la de un patriota impecable".

Me he referido en otras oportunidades a la gestión del profesor Pivel Devoto al frente del Museo Histórico Nacional. Él le dio la organización y el carácter que conserva hasta hoy. Como me dijo una vez: "El Museo es la obra de mi vida".

Emprendió sistemáticamente el inventario y reclasificación de las colecciones, hasta entonces una acumulación desordenada de materiales heteróclitos; hizo restaurar numerosísimas piezas deterioradas; creó la Biblioteca Americanista que hoy cuenta con unos 60.000 volúmenes, la hemeroteca y el Archivo Histórico del Museo, que contiene valiosísimas series documentales. Para estos tres repositorios tuvo que partir de la nada. Volvió a publicar la Revista Histórica, a la que impuso un elevado nivel científico mediante una rigurosa selectividad en sus artículos.

Pero el más visible de los cambios radicó en la base edilicia del Museo. La vieja casa de Colonia esquina Minas resultaba ya por completo insuficiente. Con su increíble capacidad para suscitar donaciones o cesiones que prácticamente equivalían a ellas, Pivel consiguió del Banco de Seguros del Estado la Casa de Rivera donde funcionaba esa institución; allí trasladó la sede central del Museo en 1942. Dos años más tarde obtuvo la Casa de Lavalleja de los herederos del prócer; en 1962, la Casa de Montero donde instaló el Museo Romántico; en 1965, la casa de Garibaldi; en 1966 y 1967, cuidando la casi simultaneidad, las Quintas de Herrera y de Batlle, respectivamente; la Casa de Ximénez en 1971; la de Giró en 1972. En otras palabras, de las diez casas que componen actualmente el Museo, ocho fueron obtenidas por Pivel.

Otro de sus legados es el archivo Artigas. Es verdad que fue ésta una realización colectiva en que muchos estudiosos colaboraron; pero debe decirse que en su Comisión

Nacional —que integró de 1944 a 1982— impuso desde el principio su criterio de organización de los documentos por series temáticas, en vez del ordenamiento meramente cronológico propuesto por otros, que habría convertido a esa inmensa masa en un caos de difícilísima consulta. En cuanto a la realización, llevó al Archivo Artigas su equipo técnico del Museo Histórico Nacional y para muchos de los tomos redactó prólogos que se han convertido en obras clásicas, como “Raíces coloniales de la Revolución Oriental de 1811”.

Figuró desde su origen en la Comisión Editora de la Colección de Clásicos Uruguayos, muchos de cuyos volúmenes prologó y que constituye otro de los trascendentales logros culturales inspirados por él.

Para todos era “el Profesor”. Lo más trascendental de su carrera docente lo desarrolló entre 1951 y 1982 en el Instituto de Profesores “Artigas”, donde contribuyó a formar a muchos de los mejores docentes e historiadores de las generaciones siguientes. Y era asombroso que dentro de su actividad múltiple y absorbente encontrara tiempo para dedicar a la atención individual de sus alumnos, en largas e inolvidables conversaciones.

En 1985, cuando tenía ampliamente ganado el derecho al descanso, el gobierno de la democracia recuperada le requirió un servicio más: la conducción de la educación pública desde la presidencia del CODICEN. Cuando se elabore su biografía será el momento de analizar la titánica labor de Pivel durante cinco años: recuperar, en estructura y contenidos, todo el complejo aparato educacional desquiciado por la dictadura; replantear planes y programas; solucionar innúmeras situaciones personales con el mayor espíritu de justicia; encauzar en carriles de disciplina una situación en que a los años de forzado silencio había sucedido una movilización desordenada, lo que le valió las diatribas de jovenzuelos ignaros y de profesionales de la confrontación.

Recuerdo que cuando se retiró del CODICEN le pregunté: “Profesor, ¿cuándo se va a tomar un descanso?”. “Sólo cuando me muera —contestó— y aún entonces no estoy seguro”.

A partir de 1995, una progresiva invalidez fue imponiéndole el reposo que él nunca quiso tomar por su propia voluntad.

Falleció el 11 de Febrero de 1997.

Aportes ideológicos de Pivel Devoto

Carlos Novello

En la nota en la que habitualmente hacemos referencia al 20 de Setiembre de 1870, en el N°12 de "GARIBALDI", correspondiente a 1997, decíamos: "20 de Setiembre: Día de la Unidad de Italia; Día de la Libertad de Expresión del Pensamiento.

Hoy queremos tomar como símbolo de este Día de la Libertad de Expresión del Pensamiento el caro recuerdo de una figura que terminó sus días este año, en nuestra ciudad, cuya vida fue una permanente expresión de este concepto: nos referimos al Prof. Juan Pivel Devoto.

Mucho debe la historiografía uruguaya a este estudioso ejemplar que, perteneciendo al viejo Partido de Oribe, supo valorar con justicia, imparcialidad y honestidad ejemplares una figura como la de Garibaldi que luchó, debido a circunstancias particulares, al lado del partido político contrario al suyo.

Para ello se necesitan conocimientos serios y profundos de la historia y la grandeza necesaria para decir muy claramente lo que muchos todavía no quieren oír.

Él fue, también, pilar fundamental en el esfuerzo que hombres y organizaciones del Uruguay y de la otra margen del Plata, hicieron para lograr que esta casa en la que vivió Garibaldi fuera incorporada al patrimonio histórico transformándose en el lugar apropiado para reverenciar el recuerdo del héroe ítalo-uruguayo.

El pensamiento surge inevitablemente en nuestra mente, pero luego es necesario contar con el coraje cívico para expresarlo, para darlo a conocer, cuando ello no es fácil.

Pivel, sin dejar en ningún momento de ser fiel a creencias y a principios consustanciados con su propio pensamiento y con su propia personalidad, expresó siempre sus ideas en su manera clara y firme.

Por eso vivió y nos dejó, apreciado y respetado por todos los orientales, sin distinción de credos ni de banderías políticas.

El respeto al derecho a la libre expresión del pensamiento produce, como saludable contrapartida, la tolerancia, que hace más viable la convivencia humana y que aún hoy es tan difícil de lograr".

Haciendo suya la iniciativa de las organizaciones de la colectividad italiana de nuestro país, apoyadas decididamente por las de Buenos Aires, en su calidad de Director del Museo Histórico Nacional, escribe el 10 de junio de 1943 al Ministro de Instrucción Pública y Previsión Social la carta cuya primera parte reproducimos, que tomando conceptos vertidos por Setembrino Pereda nos muestra claramente cuáles eran los sentimientos de Pivel respecto a Garibaldi:

"Acerca de la casa en que vivió José Garibaldi durante su actuación en Montevideo, el Sr. Setembrino E. Pereda en su libro 'Garibaldi en el Uruguay' proporciona

abundantes referencias. Expresa en la página 66 y siguientes del tomo tercero de la mencionada obra:

“Garibaldi tuvo por alojamiento, durante varios años, en compañía de Anita y de sus hijos, una pieza de la casa actualmente señalada con el número 314 en la calle 25 de Mayo, antiguamente denominada del Portón, y que pertenecía entonces a un señor Pombo, como lo recuerda en su autobiografía el coronel Alejandro Danel, que fue también de los defensores de Montevideo durante el Sitio Grande. Viviendo en ella contrajo matrimonio, allí nacieron Rosita, Ricciotti y Teresita y seguía estando domiciliado cuando sus sentimientos patrios lo impulsaron a alejarse del suelo oriental para poner su espada y sus prestigios al servicio de las libertades italianas. De ese edificio, cuyo frente ha sido transformado, se conserva todavía la habitación que ocupaba en el primer patio, a la derecha de la entrada, con pequeñísimas alteraciones en su interior, según gente de aquella época que hemos tenido ocasión de consultar. La puerta de esa pieza se mantiene intacta, como si la piqueta destructora del tiempo no hubiese influido, por espacio de más de siete décadas, para debilitar y vencer su solidez casi secular. Existe, además, un viejo aljibe, cuyas aguas refrescaran la frente ardorosa del héroe y aplacaran la sed devoradora en los días caniculares, al tornar victorioso a la invicta ciudad con sus valientes legionarios o abnegados lobos de mar. Las escaleras que dan acceso a la azotea y que tantas veces transpusiera para, desde aquella, a guisa de atalaya, descubrir al enemigo, ya con Oribe en el Cerrito, ora con el almirante Brown en el Plata, han sido rehechas en parte, para corregir los desperfectos causados por su continuo y largo uso, pero dan una idea exacta de su configuración y altura. Al posar las plantas en ellas, un mundo de reflexiones se agolpa a la mente. Fue tan honda la impresión que su recuerdo produjera en nuestro espíritu, que nos pareció por un instante seguir los pasos de aquel hombre modesto y altruista, guiando los nuestros, y luego, cara a cara, contemplar su rostro bello, sus azulados ojos, su luenga y rubia cabellera y sus facciones delicadas que no desmerecerían a pesar de la rudeza del sol y de las invernales auras marinas que desde la niñez conspiraran contra la tersura de su cutis””.

El general Ventura Rodríguez, que fue también soldado de la Defensa, en carta dirigida al doctor Carlos Travieso, con fecha 6 de mayo de 1899, al referirse a la morada del héroe, dice lo siguiente: “Es una casa antigua, que tenía ventanas sumamente chicas. Hace poco le quitaron dos rejas, reemplazándolas con balconcitos de mármol, algo pequeños; en el zaguán se le ha puesto puerta de vidrio que antes no tenía, en el patio una parra, y en los dos extremos del pretil, dos copas de barro que se recuestan sobre los costados de la azotea vecina. Lo demás del edificio se encuentra en el mismo estado que en el tiempo de los nueve años en que la ocupó Garibaldi hasta marcharse para Italia.

Esta Dirección considera que no existe inconveniente en que la Casa que habitó en Montevideo José Garibaldi sea destinada a Museo Garibaldino, como lo proyecta el

Comité que ha iniciado la presente gestión. Dicha casa no pertenece al Estado, en consecuencia, la primera medida a adoptarse, si es que se desea darle a la iniciativa un carácter oficial, es adquirirla. Los autores del proyecto podrían contribuir a tal fin efectuando una colecta con cuyo producido se atenderían los gastos que demanden la compra de la casa, su restauración, dado que ha sufrido algunas reformas, y la instalación del Museo proyectado".

Continúa la carta con detalles de carácter burocrático, que no hacen a la intención que hoy nos ocupa.

El hecho de que haya sido con el esfuerzo del pueblo que se adquirió y se refaccionó esta casa, le da mucho más valor que si ello se hubiera debido a una decisión gubernamental, disponiendo al efecto de recursos del Estado.

El 20 de setiembre de 1957, cuando el Presidente de la Comisión "Casa de Garibaldi", el Ing. Juan B. Maglia, hizo entrega al Estado uruguayo de esta casa, en presencia de las entidades garibaldinas de nuestro país y de la importante delegación argentina compuesta por 240 personas, presidida por el Dr. Panigazzi, dijo: "En este año que conmemoramos el 150 aniversario de su nacimiento, es con verdadera satisfacción que entregamos al Estado uruguayo esta casa que ha de ser un símbolo de libertad y que constituye un retazo de esta tierra desde donde, como dijera el Arq. Baroffio: 'Garibaldi desplegó sus alas magníficas en ascensión hacia la inmortalidad'. En nombre de la Asociación Casa de Garibaldi, cuya representación invisto, y dando cumplimiento a los fines que motivaron su fundación, hago entrega en este acto –para el Estado uruguayo– de esta propiedad adquirida con el aporte de ciudadanos radicados en la Argentina, en Brasil, en Norteamérica y en el Uruguay, de este solar que contiene los muros que cobijaron al General Garibaldi y a su dulce y valerosa compañera Anita, durante su permanencia en Montevideo, en la época de la Defensa".

La promulgación de la ley por la cual se creó, "en el Museo Nacional una sección denominada Museo Histórico", tuvo lugar el 12 de julio de 1901, con la firma del Presidente Juan Lindolfo Cuestas y de Eugenio J. Magdalena, encargado del Despacho. De aquel "Museo Nacional", compuesto principalmente por colecciones de zoología, botánica y geología, no sé qué ni cuánto queda.

Pero el Museo Histórico Nacional adquirió unas dimensiones seguramente inesperadas en aquel invierno montevideano de 1901. Y ello fue obra, en su mayor parte, de Juan Pivel Devoto, que ocupó su dirección durante 40 años, con un breve intervalo que no le impidió seguir estando cerca de él, ya que era Ministro de Instrucción Pública y, por lo tanto, responsable también del Museo.

Descendiente de genoveses y de vascos franceses, resumió en su carácter, si hemos de creer en la transmisión de ciertas características étnicas, el sentido de la economía de los primeros y la tozudez creativa de los segundos.

Economía porque para cualquier cosa que se haga en nuestro país, desde que existimos, hay que tener ideas, trabajar muchísimo y ser un gran experto en economía. Tozudez, para dedicar toda una vida al trabajo que era uno de los motivos principales de su existencia. A una pregunta periodística acerca de cuándo había comenzado su interés por la historia, respondió: "Desde muy joven. Casi diría de adolescente, cuando comencé a interesarne por todas las cosas que ocurrían en Paysandú, donde nací. Ya entonces comencé a copiar documentos sobre hechos de entonces: 1915, 1916, la candidatura de Feliciano Viera a la presidencia –mi padre era muy amigo de él– y el problema del colegiado. No podía desaprovechar la oportunidad". El periodista le comenta que, entonces, él tiene raíces coloradas, a lo que responde: "Mi padre lo era. Muy colorado, racional y vocacionalmente colorado. Hombre de 1904, capitán de la Guardia Nacional, senador por Paysandú".

A la pregunta de cómo llegó al Partido Nacional, contestó: "Estudiando historia, buscando las raíces del país, viendo la lucha por el sufragio libre y la equidad electoral..." .

"Siento por Rodó –decía en otra parte– una enorme admiración. Es un valor que debemos actualizar como escritor, como pensador y como ejemplo de tolerancia y de convivencia política. Rodó era muy colorado, un hombre de la Defensa, pero sostuvo en el parlamento que debía revisarse la ley de 1905, que retaceaba la participación de las minorías establecida por la ley de 1898."

Tozudez que le permitió desempeñar en forma destacada alrededor de treinta cargos de importancia en la actividad pública y publicar una gran cantidad de volúmenes, algunos de ellos conjuntamente con su señora esposa, la Prof. Alcira Ranieri, así como opúsculos y artículos que son un aporte formidable para el estudio de nuestro ser nacional, si bien de toda esa abundante e importante obra destacan "Raíces coloniales de la Revolución Oriental de 1811" e "Historia de los Partidos Políticos".

A ello hay que agregar su intensa labor docente, su actuación como director del Archivo Artigas y de la Revista Histórica, en el SODRE, en la Comisión del Patrimonio Histórico y Cultural, en el IPA, en el CODICEN.

Su primer libro lo escribió porque sintió la necesidad de llenar un vacío entonces existente en nuestra historiografía: cuando comenzó su actividad docente, el programa incluía la misión Nicolás Herrera a Río de Janeiro, de 1829-1830, pero no había nada escrito al respecto. De modo que empezó a investigar en los archivos de la Cancillería y así surgió este primer libro en 1932.

De este modo contribuyó a la construcción de la historia real, documentada, descartando posiciones maniqueas y afrontando los hechos, sin barrerlos debajo de la alfombra, como hacía la historia propagandística con tendencia partidaria.

Quienes tienen mi edad y más, recordarán que en los programas de Secundaria figuraban, ¡cómo no!, períodos complicados de nuestra historia como los relacionados

con la Guerra Grande, pero estaban en las últimas bolillas, las que nunca se daban, para tranquilidad de los pobres profesores y en beneficio de la supuesta paz espiritual que da la ignorancia.

Sin embargo, todos los grandes hechos históricos, como el período artiguista, brevísimos en términos de historia de un país, aun de un país relativamente nuevo como el nuestro, marcan a un pueblo. De él derivamos nuestra irrenunciable vocación democrática, liberal y republicana, que nos hace ver como un tumor que se debe extirpar sin vacilaciones, toda transgresión a estas normas, que constituyan su "sistema".

A los 30 años, en 1940, Pivel fue designado Director del Museo Histórico Nacional, cuando todavía ocupaba la esquina de Colonia y Minas, donde posteriormente se instaló el Colegio Nacional José Pedro Varela.

Su presencia fue determinante para el afianzamiento y el engrandecimiento de esta querida Institución, que actualmente está integrada por diez edificios de importancia histórica, entre los que se cuenta esta casa en la que vivió Garibaldi, y por una importantísima cantidad de piezas y documentos de interés histórico, en la que siempre actuó con su reconocida objetividad, seriedad, responsabilidad y profundidad en los estudios e investigaciones.

En nuestra nota, cuando propusimos al Director Prof. Mena Segarra este homenaje, decíamos: "...la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo propone al Sr. Director la realización conjunta de un homenaje al Prof. Juan Pivel Devoto en la casa de Garibaldi, como un ejemplo más de unidad nacional, que contemple a todos los orientales, por nacimiento y por integración, en el quehacer colectivo de la República".

La vida del Prof. Pivel es un ejemplo para nosotros y para cualquiera otro país; para la sociedad toda de nuestros días que, apoyada en situaciones de extrema injusticia, parece basarse en el odio, en la confrontación y la incomprendición entre todos. Que invoca un sentimiento excelsor como la religión –ésa que cada uno de nosotros conoce y practica de acuerdo a su mejor sentir, saber y entender– para justificar hechos violentos, individuales, de grupos o en su máxima expresión como es la guerra.

Para romper este círculo vicioso es necesario conocernos más y mejor; escucharnos, aprender a escuchar, no sólo a oír, pensando en el mensaje que recibimos el cual, de ser la opinión ajena, puede transformarse en la opinión compartida y aun en la opinión nuestra.

No anatemizar ni demonizar lo que se nos presenta como diferente.

Explicar nuestras razones y tratar de comprender las de los demás, en el respeto democrático.

Compartir es un estado superior a la actitud de tolerar.

Por eso consideramos que la mejor manera de celebrar el primer centenario del Museo Histórico Nacional, era recordando a esta figura paradigmática de la cultura uruguaya, no sólo de la cultura elitista, sino, muy especialmente, de la cultura que llega al pueblo, que debe estar al alcance del pueblo.

Nuestros museos son gratuitos. Quienes conocen otros países saben que eso es una excepción, una sana y beneficiosa excepción, de la cual debemos sentirnos orgullosos.

Los uruguayos, desde la más temprana edad, deben conocerse a sí mismos.

Hasta la primera mitad del siglo XX vivimos en una lábil conciencia de nuestra propia identidad; sintiendo la sensación desagradable de que todo lo que servía para algo nos venía de afuera, de que no teníamos casi nada que nos fuera propio.

Ahora, sin caer en nefastos chovinismos, nuestros jóvenes van conociendo nuestros valores más entrañables; en la música, en la literatura, la escultura, la arquitectura, la pintura..., en determinada producción nacional que sabemos que está a un nivel de ventajosa competencia internacional. En nuestra historia, que debemos dar a conocer y ofrecer como ejemplo a los demás pueblos de América porque entre otros hechos, no hay otro Artigas ni otro Éxodo o Redota en todo el período de la Emancipación y la Revolución Americanas.

Para la concreción de este cambio, todavía en evolución, debemos recordar lo mucho que le debemos a Pivel, deseando que lo mejor de nuestra juventud siga su camino por los más diversos senderos del estudio y la investigación, usando su propia mente y todo lo bueno, selectivamente, que nos llegue de otros lugares, todo lo cual se resolverá en la obra creativa capaz de hacer avanzar a nuestra sociedad, de acuerdo a nuestras propias necesidades.

En la portada de nuestra revista, desde el primer número, publicamos una significativa frase que escribiera ese gran cosmopolita que fue Garibaldi: "Infelices los pueblos que esperan su bienestar del extranjero".

DUE BIOGRAFIE SU GARIBALDI COMPARSE IN ITALIA NELLO SCORSO ANNO

Egone Ratzenberger

Gli anni '70 registrarono l'apparizione di due belle biografie su Garibaldi. Quella molto completa, controllata e ricontrollata nei particolari dell'inglese Jasper Ridley e quella "italiana" di Mino Milani che era anche stato il traduttore di Ridley per l'Italia e che probabilmente dall'opera dell'inglese trasse lo spunto per scrivere la sua.

Alfonso Scirocco professore di Storia del Risorgimento a Napoli ed autore di pregevoli opere su quel periodo ha pubblicato lo scorso anno per i tipi di Laterza una nuova biografia dell'Eroe dei due Mondi dal titolo "Garibaldi, battaglie, amori, ideali di un cittadino del mondo".

I titoli debbono –si capisce– svegliare la curiosità dei lettori e il titolo citato lo fa con attenta precisione anche gettando qualche luce nuova e qualche considerazione acuta su alcuni aspetti della vicenda garibaldina.

Innanzitutto lo Scirocco ha ammirazione per il suo soggetto ma nessuna adorazione e parlandone egli applica uno dei criteri principali della storiografia moderna e cioè quello della cordiale demitizzazione degli eroi i cui meriti unitamente a quelli di chi li circonda (ad es. Medici, Sirtori), possono poi essere opportunamente messi in luce, traendone, aggiungo io, un impatto ancora maggiore.

Tale metodo era già stato applicato dal Dennis Smith ("Una grande vita in breve") dal Montanelli nella biografia su Garibaldi scritta insieme a Nozza, ma in cui c'era un notevole astio che faceva pensare che il grande giornalista fosse tuttora sotto l'influenza del prozio che nel '48 dirigeva il Governo della Repubblica toscana unitamente al Guerrazzi ed a cui la presenza di Garibaldi in Toscana che voleva essere impiegato in qualche modo, dava fastidio. Indro Montanelli nipote ha l'antipatico merito di aver riportato anche a galla il grave fallo di Canzio, genero di Garibaldi che, per un tempo almeno, fu confidente della Polizia italiana. Circostanza non riportata né dal Ridley, né dal Milani e neppure dallo Scirocco. Episodio assai sgradevole ma è altresì vero che pur nella tensione morale del Risorgimento non sono mancate né le spie né gli zelanti funzionari di Polizia di nazionalità italiana. Come sarebbe stato altrimenti possibile effettuare nel Lombardo Veneto arresti, impiccagioni e comminare lunghe prigionie? È il destino di ogni società, di ogni regime oppressivo ma anche di governi

democratici di volersi (o doversi) avvalere di delatori, di funzionari poco scrupolosi, di "dissociati". Ciò non poteva mancare anche in tale mirabile epopea nazionale. Però è un peccato lo stesso che ci sia stata la vicenda Canzio che terminò i suoi anni come comandante del Porto di Genova (il posto è il posto!).

Lo Scirocco descrive anche bene il graduale crescere della popolarità di Garibaldi fra le folle. Spesso si afferma –fra l'altro proprio il Montanelli– che le classi popolari non parteciparono al Risorgimento. Già in altra occasione ebbi ad osservare che era impossibile per esse di farlo, schiacciate –come erano– dalla miseria e dall'ignoranza; però si riconobbero esse nella persona di Garibaldi e del garibaldismo e attraverso lui furono partecipi della grande epopea. L'acclamazione delle folle nei viaggi che Garibaldi fa nell'Italia settentrionale e centrale negli anni successivi al 1860, le rese incondizionate dei soldati borbonici pur relativamente motivati e ben inquadrati, anche se pessimamente comandati (o comandati da chi ormai non ci credeva più), non sono evidentemente una "lusus naturae", un accidente bizzarro, una mattana delle plebi, ma l'espressione di un movimento profondo dell'animo popolare che si esprimeva come poteva e lo faceva attraverso una figura venuta dal popolo ed immediatamente comprensibile. Non per nulla i più accorti nella classe dirigente italiana di allora temono, sull'onda dei successi garibaldini e quando il Nizzardo può finalmente dispiagare appieno il suo genio militare e sì, anche politico (nel 1860 con l'impresa dei Mille), il suo influsso, non credono alla lealtà di Garibaldi di cui l'Eroe aveva pur dato tante prove e parlano di repressione (Cavour, Farini). Metteranno in atto ogni sorta di sforzi per ridimensionarlo. Vedasi la campagna del '66 in cui poi solo egli raccolse qualche alloro, mentre il pur abile Cialdini restava fermo sul Po e Lamarmora (e il re) combinarono quello che combinarono.

Scirocco dà anche l'opportuno spazio al Garibaldi degli anni giovani, dei suoi anni "greci" piuttosto misconosciuti (insinua –secondo me a ragione–) che la lunga sosta a Costantinopoli –un anno e mezzo– fosse dovuta ad un "affaire de cœur" e, in effetti il Nizzardo mostrerà in seguito di non essere soggiaciuto al fascino culturale dell'Oriente, mentre parla invece volentieri dell'America del Sud in cui peraltro trascorse oltre 12 anni (più il soggiorno nicaraguense e peruviano).

L'autore tratta altresì con mano sicura i rapporti fra Garibaldi e Mazzini, capo spirituale della nuova Italia negli anni trenta e quaranta del Secolo XIX, vero Apostolo dell'unità politica della Penisola, nonché proposizione dimenticatissima, della sua missione spirituale nell'Europa e nel mondo. Mentre sono ben chiari alla storiografia di oggi i contributi all'unità nazionale di Garibaldi e di Cavour ed è stato ridimensionato il ruolo di Vittorio Emanuele II (pur tuttavia non disprezzabile), Mazzini –anche perché l'ideologia da lui predicata non è certamente di destra, ma non è neppure conforme alle ortodossie marxiste, viene molto dimenticata. Certo il pensatore genovese vi ha messo parecchio del suo con la sua rigidezza, poco elastico nel cogliere i cambiamenti

politici, l'atmosfera nuova, insistendo ad esempio anche dopo l'unità, nell'organizzare complotti repubblicani tanto da morire a Pisa sotto nome diverso anche se probabilmente la polizia sapeva benissimo chi era. Non meritava forse più considerazione e più onori? Ma, ricordiamoci, l'Italia era allora qualcosa di molto fragile e nessuno riteneva di poter correre dei rischi.

Dopo il 1848-49 e quanto avvenuto politicamente e militarmente a Milano ed a Roma, Mazzini non esercita il suo spirito critico sul complesso di quegli avvenimenti tanto importanti e del perché del fallimento completo della grande intrapresa, ciò che tanto genialmente seppe fare Cavour e a modo suo anche Garibaldi. In fondo non era troppo chiederlo ad un insigne pensatore che seppe purtroppo solo ripetersi senza costrutto anche se ciò servì, secondo le profetiche parole dell'Anzani morente, a riunire la sinistra d'azione dietro Garibaldi. Mazzini non comprese ad esempio che nel 1860 a Napoli aveva vinto anche lui. Eccome! Le passeggiate di Fanti, Morozzo e Cialdini nelle Marche e nell'Umbria (ma non nell'Abruzzo e Molise dove il suo pensiero era entrato ben poco), il consegnarsi del Regno a Garibaldi devono la propria ideologica origine alle meditazioni di tanti sudditi che fedelissimi o anche no, ma che rifletterono nei più diversi momenti della loro vita sullo stato delle cose e sui possibili mutamenti della scena politica; il tutto, molto verosimilmente, nel quadro della ispirata predicazione mazziniana. Non credo che un capitano di nave da guerra consegni tanto facilmente al nemico il suo battello (vedi Palermo 1860) se non fosse convinto che l'Italia "s'ha da fare": Lessi tempo addietro un curioso libricino in cui un prete borbonico accusava Garibaldi di aver comprato a Palermo i generali borbonici –magari sarà stato anche vero, ma “alla guerre comme alla guerre– non accorgendosi che portava acqua al mulino delle tesi avversarie e cioè quelle dell'irresistibilità dell'idea di un'Italia unita e della nessuna fedeltà al loro Re degli alti militari borbonici. Circa l'ordinamento interno l'opera si sarebbe compiuta nel pensiero del Mazini solo con la creazione di una Repubblica, possibilmente di tipo romano antico, alla maniera dei quadri del David con discorsi elevati, atteggiamenti stoici etc. Scordando che a Venezia ed a Roma essa vi era pur stata, ma lo straniero l'aveva rapidamente soffocata con il peso delle sue legioni e delle sue possibilità economiche. L'“Old Mariner” è ben più accorto. Un istinto sicuro lo porta a distaccarsi da Mazzini forse anche per i fatti della Repubblica di Roma con un Garibaldi tenuto in sott'ordine da un Rosselli e disprezzato da Pisacane per la sua audacia, che non era però il coraggio temerario che ebbe proprio poi il Pisacane. Lo porta a distaccarsi, ma con stupore del Mazzini, riconoscerà a questi in un famoso banchetto tenutosi in Inghilterra nel 1864 i suoi insuperabili meriti.

Scirocco tratta altresì con competenza (anche se si può muovergli qualche piccolo rilievo di natura geografica) i tempi sudamericani del Garibaldi. E non c'è dubbio che in questo senso gli studi di Candido, di Boris e di Ridley hanno contribuito ad illuminare e collocare nella loro esatta cornice le belle ed aggrovigliate vicende del nostro eroe in

quelle terre, con i suoi successi militari ben numerosi, ma ad eccezione di Sant'Antonio molto sconosciuti. Vorrei osservare che lo Scirocco usa più di una volta, sia pure talora in tono scherzoso la denominazione "corsaro" per parlare del Nizzardo. I nemici di Garibaldi nelle terre del Plata, ma anche in alcuni circoli europei ed italiani, fanno presto a tradurre tale termine in "avventuriero" o, peggio, in "pirata". Per quelli del Rio della Plata non conta a tutt'oggi che Garibaldi fosse un vero soldato, un grande combattente ed un uomo disinteressato. Conta, oggi ancora, che come italiano e quindi – nemmanco a dirlo – destinato a servire, a stare in subordine, egli si fosse permesso di combattere con successo e in alcuni casi in maniera determinante. Scirocco mette altresì in opportuno rilievo, che Garibaldi, anche nel procurarsi la patente di "corsaro" di cui si avvalse solo per un paio di settimane, volle sempre riferirsi e dipendere da un'autorità superiore: il presidente Gonçalves nel Rio Grande do Sul, il Governo della Difesa durante l'assedio di Montevideo, Re Alberto e soprattutto Re Vittorio in seguito.

L'"Old Mariner" sapeva bene che una nave procede col concorso di tutti e deve avere a terra un sicuro punto di riferimento.

Il libro dello Scirocco è notevole anche per la cura da lui messa nelle descrizioni delle capacità e delle imprese militari del Nizzardo. Non usa la retorica, non vi sono abbellimenti, ma una descrizione tersa e succinta di come tiene in scacco gli austriaci nel Varesotto e nel Comasco, come si comporta a Roma e in Sud-America fino al suo capolavoro militare e cioè la Campagna delle Due Sicilie culminata, come noto, nella battaglia difensiva del Volturno del 1 ottobre '60 e infine le belle campagne del Trentino e dei Vosgi (cioè della Borgogna perché è qui che si combatté). Io vi aggiungerei Mentana, non per sentimentalismo ma perché aprì la strada di Roma tre anni dopo. È la prima parte di quella battaglia, quella contro i papalini fu ben vinta. Scirocco sottolinea, a ragione (e qui si vede l'influenza dell'opera del Pieri) la capacità tattica, il colpo d'occhio, la decisione, il coraggio personale di Garibaldi unitamente alla capacità di non poco momento di scegliersi degli ottimi collaboratori. Basta ricordare Medici, Guerzoni, Nullo, Sartori, Mario, Fabrizi, Bersani. A tal proposito chi scrive non può non ricordare quanto si diceva spesso dei dittatori, quali essi fossero, durante la II Guerra Mondiale e cioè che essi erano "buoni" ma che erano circondati da cattivi consiglieri come se non fosse fra le precipue qualità di un capo quello di sapersi scegliere i collaboratori!

Va poi detto che le campagne, e lo svolgersi delle battaglie e ciò non si riscontra tanto frequentemente e in modo così ampio, sono descritte in modo molto chiaro. Ciò serve anche a dimostrare – per quanto attiene al fenomeno Garibaldi – che non si trattò di una fama usurpata o della creazione di un eroe ad uso e consumo popolare (si è cercato di fare anche questo in passato. Si è così svilita la figura di Garibaldi che non lo meritava minimamente). Chi scrive ammette di aver voluto infilarsi dentro un mito che riteneva, almeno in parte, esagerato e finì per trovarsi alle prese con un eroe vero, ciò che è abbastanza raro.

Onore dunque al libro dello Scirocco ben scritto, ben documentato e meditato. La storiografia di Garibaldi in questo secolo inizia certo molto bene.

Il libro della bergamasca (almeno così ritengo) Anna Zola "Giuseppe Garibaldi" è di diverso taglio. Esso intende rivolgersi ad un pubblico differente cercando di riaccendere nei cuori dei giovani di oggi il mito del Nizzardo. Lo fa con passione e competenza anche se è vero che ogni generazione ama costruirsi le proprie epopee. Ma forse in questo momento storico in cui da certe contrade bergamasche e venete perviene un'incomprensibile rancore nei confronti dell'unità italiana, il libro della Zola può a molti rammentare la necessità di ritornare ai concetti di base, di ricordare come tutto fu e si presentava "prima della prima guerra". Anzi alcuni decenni prima della stessa. Ciò che appare forse di difficile comprensione per le nuove generazioni che danno l'Unità d'Italia per un bene scontato e sono ansiose di novità. Perché di questo si tratta: certe situazioni politiche e sociali appaiono talora intollerabili, vengono cambiate più o meno bruscamente e poi, al termine del "lungo viaggio nella notte", si scopre con dolore che si poteva avere molto di più con un procedere più morbido. Il fatto è che gli estremisti, sono accaniti nemici –nelle ultime conseguenze– delle tesi e delle "verità" che sostengono e che essi stessi portano alla rovina o comunque fanno odiare a tutti. Com'è anche vero che ogni generazione –come si diceva– desidera fare le cose a suo modo e trova insopportabili le strutture mentali e sociali dell'immediato passato e cioè in sostanza dei genitori e dei nonni.

Un merito il libro della Zola ce l'ha senza dubbio nei confronti di tutti: e cioè nel ricordare l'apporto entusiastico dei bergamaschi alla lotta garibaldina e all'unità italiana mettendo soprattutto in rilievo la figura del bergamasco Nullo morto in Polonia nella rivolta antirussa del 1863 e certamente una delle più insigni e generose personalità garibaldine e infine ricordando il povero Caroli più o meno vittima, con l'Eroe, di una probabilmente procace e giovanissima beltà, la Raimondi, che appare ben poco sorvegliata dai suoi familiari e così in grado di combinare parecchi guai, fra cui come si ricorderà, il matrimonio con l'Eroe.

Un libro dunque che si colloca anch'esso degnamente nella storiografia garibaldina e che segnala il grande fascino che l'Eroe continua giustamente ad esercitare sugli italiani.

Roma, luglio 2002

Notas

- Alfonso Scirocco. *Garibaldi, battaglie, amori, ideali di un cittadino del mondo*. Editori Laterza SPA. Roma. Bari.
- Anna Zola. *Giuseppe Garibaldi. La riscoperta di un eroe*. Edizioni Burgo. Bergamo.

VÍCTOR HUGO EN EL 2º CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

Albert Fischler

En ocasión de cumplirse este año el segundo aniversario del nacimiento de Víctor Hugo, la Embajada de Francia nos propuso realizar un ciclo de conferencias en la Casa de Garibaldi. Organizadas por dicha representación diplomática, nuestra Asociación y el Museo Histórico Nacional, se llevaron a cabo tres jornadas: una conferencia del Prof. francés Albert Fischler sobre el tema “Deux vies, une histoire commune: Víctor Hugo et Garibaldi”, en francés, con traducción; otra jornada, con dos conferencias en español: “Garibaldi-Víctor Hugo: de la utopía a la realidad”, por el Presidente de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo, Carlos Novello y la otra, “Garibaldi-Hugo: dos columnas del mismo templo”, a cargo del Vice-Presidente, Prof. Mario Dotta. Por último, “Víctor Hugo: la bataille d’Hernani, en francés, por el Sr. Andrés Demonte. Estas jornadas se complementaron con una exposición de afiches relacionados con Víctor Hugo.

De la conferencia del Prof. Fischler presentamos a continuación una selección en español.

En primer lugar, agradeció el hecho de ser recibido en la casa donde viviera Garibaldi, en el sitio desde donde comenzó, en parte, su legendaria epopeya.

Recordó que en ese momento se desarrollaba en la Biblioteca Nacional de París, para esta conmemoración, una exposición titulada “El Hombre Océano”, retomando la metáfora empleada por el autor de “Los castigos” refiriéndose a Shakespeare. Víctor Hugo, Giuseppe Garibaldi, son dos Hombres Océano por sus vidas, su historia común, porque no es fortuito asociar la importancia universal de Víctor Hugo a la de Garibaldi, puesto que sabemos todos hasta qué punto este hombre toca la sensibilidad histórica no solamente del mundo europeo, sino, también, del mundo latinoamericano, puesto que Él fue un verdadero “Héroe de dos Mundos”.

Durante una reunión organizada en Jersey el 13 de junio de 1860 en honor a Garibaldi y celebrando la independencia de Sicilia, Hugo exclamó: “...Garibaldi, ¿qué es este hombre? Es un hombre nada más, pero un hombre en toda la acepción sublime

de la palabra. Un hombre de la libertad, un hombre de la humanidad... No olvidemos esto: Garibaldi, el hombre de hoy, es también el hombre de mañana...". Estas palabras hugolianas, enfáticas, reflejan como en un espejo al hombre Hugo mismo, por eso pensé en hablar hoy acerca de "Víctor Hugo, Giuseppe Garibaldi, dos vidas, una historia común", pues, en efecto, ambos son: 1) dos amigos, dos voceros de la república, de estilo enfático y blandiendo también la escritura como un arma política; 2) dos personajes a veces considerados polimórficos desde el punto de vista político; 3) dos exiliados inflexibles; 4) dos humanistas, enemigos del espíritu dogmático, dos héroes apresados por las calumnias; 5) dos visionarios de "La Europa de los Pueblos" y de la "Sociedad de las Naciones"; 6) dos hombres de excepción, celebrados con una grandiosidad admirable en ocasión de sus funerales y, finalmente, 7) dos hombres de hoy, puesto que ellos nos transmiten una herencia siempre viva.

Es el 8 de marzo de 1871, en diez días París revolucionario se sublevará contra Versalles, después de la derrota ante la armada prusiana. En la Asamblea Nacional, Víctor Hugo, elegido desde el 8 de febrero, proclama: "De todas las potencias europeas, ninguna se ha levantado para defender esta Francia que tantas veces tomó en sus manos la causa de Europa... Ni un rey, ni un Estado, ¡nadie! (...) Un hombre ha intervenido y este hombre es una potencia (...) Él es el único de los generales franceses que lucharon por Francia, el único que no fue vencido (...) Hace tres semanas vosotros os habéis negado a escuchar a Garibaldi (...) Hoy vosotros os negáis a escucharme. Para mí esto es suficiente. Presento mi dimisión".

Por este brillante impulso Víctor Hugo, apenas vuelto triunfalmente de un exilio de casi 20 años, no dudó en afirmar alto, fuerte y solemnemente su lealtad y amistad hacia aquel con quien una identidad de muchos decenios lo ligan, tanto a nivel personal como a nivel del pensamiento.

Otro ejemplo de amistad: el 28 de noviembre de 1863, tres años después del éxito de la epopeya conocida como de los Mil, en el Reino de las Dos Sicilias, Garibaldi, que suscitó entusiasmo a nivel nacional e internacional, recibió desde Guernesey, lugar de exilio de Víctor Hugo una carta firmada por él, en la que expresaba: "...Usted podrá contar con lo poco que yo soy y lo poco que yo puedo. Aprovecharé la primera ocasión, si lo juzga útil, para levantar mi voz...". Y ese sostén, jamás desmentido, esta ferviente amistad, explican que en el fin de su vida Garibaldi no dudará en ofrecer sus servicios a la patria de Víctor Hugo, en peligro a raíz de la guerra con Prusia de 1870-1871. Al desembarcar en Marsella, él dirá: "Vengo a ofrecer a Francia lo que resta de mí...". Y así, fue a ofrecer a Francia una última victoria en Dijón, el 23 de enero de 1871.

Ambos demuestran aquí una adhesión absoluta a la República, que renació con mucha dificultad de los escombros del Imperio.

Otra reflexión: Víctor Hugo y Garibaldi tanto para sus contemporáneos como para ciertos observadores de hoy, parecen seguir senderos políticos polimórficos. En Hugo la trayectoria política es original e inesperada; es monárquico a los 20 años, en 1822; par de Francia en 1845, bajo el reinado de Luis Felipe; en la 2^a República es diputado de derecha; progresivamente pasa a la izquierda en 1850 y después de su exilio es electo diputado de la izquierda radical en 1871 y senador de extrema izquierda en 1885, el año de su muerte.

En cuanto a Garibaldi, él apareció a menudo inclasificable políticamente puesto que, si bien sostuvo al republicano Mazzini y su sociedad secreta "Giovine Italia", en 1833 ⁽¹⁾ se apartó de él rompiendo con su dogmatismo. En cuanto la unidad italiana, bajo el impulso del Reino de Piamonte-Cerdeña, se puso realmente en marcha, se unirá a él, por razón y sentido de la eficacia política, a fin de unificar los esfuerzos en torno a la Nación Italiana. Lo cual no excluye que, cuando lo cree necesario –aun excusándose– desobedezca al rey, como lo hizo en 1860, cuando éste le prohibió pasar de Sicilia a Calabria.⁽²⁾ Todo esto hizo que sus amigos republicanos se sintieran desconcertados; mientras tanto, él se movía hacia lo que llamaba "democracia radical". Así es que en 1864 apoyó la creación de la 1^a Internacional Obrera, siempre insistiendo –nada menos que él– que el combate político debía pasar por el combate electoral, al contrario de lo que pensaban muchos de sus amigos. Por otra parte, fue elegido a las legislativas italianas prácticamente desde 1848 hasta 1882.⁽³⁾

Estos dos recorridos políticos siguieron, finalmente, trayectorias muy cercanas. Uno por medio de la palabra y otro, sobre todo por medio de las armas, sus aspiraciones los llevaron a la afirmación y la defensa de las metas sociales y políticas que agitaron todo el siglo XIX y que se resumieron en los principios republicanos. Estos ideales y su toma de posición firme, condujeron a ambos al exilio para evitar el encarcelamiento.⁽⁴⁾

Hugo y Garibaldi son dos humanistas que se opusieron a todo dogmatismo. Tanto para uno como para otro, el respeto hacia el ser humano, en cualquier lugar en que éste sea desconocido, les inspira reacciones de una pasión inflamada. Hugo, por ejemplo, escribe para toda la humanidad, por encima del tiempo y de fronteras; el poeta, según él, debe marchar delante del pueblo, como una antorcha. Él le asigna, pues, una misión social, como lo expresa en 1839 en "Las luces y las sombras".

Garibaldi, hombre de acción y de armas, llama a los oprimidos a la resistencia, a reclamar el respeto por sus derechos y por su libertad.

El humanismo de cada uno de ellos no mutila a la humanidad; se dirige igualmente al respeto por la mujer, lo cual, en el siglo XIX, es particularmente revolucionario!. En 1872 Hugo escribió al redactor del diario "El porvenir de las mujeres": "...es difícil construir la felicidad del hombre sobre el sufrimiento de las mujeres". Y sigue: "lo que yo llamo una esclava, la ley la considera una menor (que no ha alcanzado la edad de la madurez, C.N.); esta menor, según la ley, esta esclava, según la realidad, ¡es la mujer!".

Garibaldi, en este dominio de reflexión, tiene una visión menos universal, más individual, quizás: él sintió por Anita Ribeiro da Silva, bella joven de vuestro continente, una pasión sin límites. Anita representa para él todas las virtudes femeninas.

Agreguemos, en relación al humanismo de ambos, que el mismo se apoya en un misticismo mesiánico teñido de positivismo racionalista, sobre todo, en Garibaldi. Ambos rechazan las iglesias constituidas y su cultura monolítica que empuja, según ellos, hacia el dogmatismo y, por lo tanto, a la intolerancia.

Hoy, en Roma, en París, en Londres, en Washington, aquí en Montevideo y en tantas ciudades del mundo, calles, plazas, asociaciones, conservan piadosamente la presencia de estos dos hombres de excepción, que no fueron más que seres normales, pero que su actuación internacional exaltó.

Garibaldi luchó no solamente por la unidad de Italia, sino, más allá, por una Italia integrada en una confederación europea.

Hugo aspiraba a la creación de lo que él llamó los "Estados Unidos de Europa". Nos quedamos estupefactos ante la perspicacia del análisis que ellos hacen de este tema en el siglo XIX, puesto que es un anuncio de lo que será la consagración de sus aspiraciones con la creación de la Unión Europea, un siglo más tarde, en 1957. ¡Pero también, a nivel mundial, de la Sociedad de las Naciones, en 1920 y, sobre todo, de las Naciones Unidas en 1945!

Continuemos, pues, escuchándolos. En nuestro mundo contemporáneo ellos permanecen, muy a menudo, con una vigencia impresionante.

Extracto, traducción y notas: C. N.

Notas

1. En 1834 Garibaldi intervino en el levantamiento organizado por Mazzini, conocido como “de Génova”, que le costó su condena a muerte en ausencia y consecuentemente su exilio, primero en Brasil y luego en Uruguay. Al llegar a Río de Janeiro, en 1835, se afilió a la “Joven Italia” local. Sus divergencias con Mazzini –sobre todo en cuestiones de procedimiento– se manifestaron durante la República Romana de 1849.
2. Cuando Garibaldi desobedeció las órdenes del rey no era soldado del Reino, sino que estaba al frente de voluntarios, que actuaban como pueblo armado. Cuando fue oficial del Reino, un corto período, obedeció órdenes con las cuales discrepancia seriamente, en homenaje a la disciplina militar y por la unidad del país que se iba formando políticamente.
3. Desde 1849 hasta el 7 de mayo de 1854, Garibaldi estuvo fuera de Italia.
4. y a la muerte, en el caso de Garibaldi.

Garibaldi Victor Hugo: de la utopía a la realidad

Carlos Novello

Como es sabido, Giuseppe Garibaldi y Víctor Hugo eran coetáneos.

El gran nizardo nació en 1807; Víctor Hugo, en Besanzón, en 1802, hace ahora doscientos años.

Murieron, también, con poca diferencia de años: Garibaldi en 1882 y Hugo en 1885. Sus vidas ocuparon, por lo tanto, gran parte del siglo XIX.

Francia había terminado el siglo XVIII con su Revolución, que fue un hito, un giro de bisagra que, junto con la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica, de 1787, que también sirvió de guía para el proyecto político artiguista en nuestro país, significó el comienzo de cambios profundos en el área de la política y de los derechos humanos para nuestra civilización.

El siglo XIX para Francia fue un siglo de gran efervescencia durante el cual se intensificó la pugna entre las diversas clases sociales.

La aristocracia, que ya casi impotente no se resignaba a desaparecer como clase; la burguesía surgente, que debía luchar en dos frentes: contra los movimientos agónicos de la aristocracia y contra el mundo del trabajo que comenzaba a tomar conciencia de su propia importancia y de que se encontraba, injustamente, en una situación de irritante desigualdad ante las clases que dominaban la escena social y política.

Los trabajadores se daban cuenta de que sin ellos, la vida económica del país no funcionaba; de que eran utilizados para enfrentarse a otros de su misma calidad social para defender muchas veces, no la patria, es decir, su tierra, su familia, su economía, sus tradiciones, sino intereses que les eran absolutamente ajenos.

Que morían en los campos de batalla, en las horribles matanzas que, en general, los dirigentes observaban de lejos, en las guerras que Garibaldi calificó de injustas, pero que, si sobrevivían, cuando volvían a sus lugares seguían siendo tan miserables y tan despreciados como lo habían sido antes de partir.

Comenzaron, entonces, a emerger las ideas socialistas y otras teorías que centraban su atención en la población trabajadora, en el sector más desprovisto y más castigado de la sociedad.

Se sucedían los matices entre monarquía absoluta y monarquía constitucional, entre monarquía y república (que muchas veces se parecía demasiado a una monarquía constitucional), entre sufragio selectivo y sufragio universal, que tampoco era tan universal, porque votaban solamente los hombres a partir de determinada edad.

No olvidemos que en nuestro país recién en 1938 las mujeres pudieron votar y que, por lo tanto, a pesar de todo el período progresista cuyo centro fueron los gobiernos de José Batlle y Ordóñez, por primera vez en el Uruguay, a partir de esa fecha, el voto fue verdaderamente universal.

Hugo, con esa claridad de pensamiento y de expresión que lo caracterizó, al referirse a los movimientos de 1831, que están en el centro de este período fermental, escribió en el Libro Cuarto, capítulo I de “Los Miserables”, titulado “Los amigos de la A B C”, que, por un retruécano, se entendía como “los amigos del pueblo” (L'ABC - l'Abaissé: lo bajo, las clases bajas, el pueblo), que era una sociedad que tenía como finalidad aparente la educación de los niños, pero que, en realidad, dirigía su acción a la reeducación de los adultos: “En esta época –decía Hugo– indiferente en apariencia, un cierto escalofrío revolucionario corría vagamente. Los soplos que llegaban desde las profundidades del '89 y del '92, se sentían en el aire. La juventud estaba dispuesta a cambiar y lo hacía a través de consignas que se pasaban de bocas a oídos. El mismo transcurrir del tiempo impulsaba las transformaciones, que se hacían sin dudar. La aguja que avanza sobre el cuadrante, avanza también en el alma de cada uno. Y cada cual daba los pasos que debía dar. Los monárquicos se volvían liberales; los liberales, demócratas. Era como una marea creciente complicada en mil reflujos; lo característico de los reflujos es la mezcla de las aguas; de ahí las combinaciones de ideas excepcionalmente singulares: se adoraba al mismo tiempo a Napoleón y la libertad. Esto es histórico. Eran los espejismos de aquel tiempo. Las opiniones atraviesan las distintas fases. La monarquía voltairiana, caprichosa variedad, tuvo su componente no menos extraño: el liberalismo bonapartista.

Otros grupos de pensamiento fueron más serios. En algunos se sondeaban los principios; en otros, se ajustaban al derecho. Se apasionaba por lo absoluto, se entreveían las realizaciones infinitas; lo absoluto, por su propia rigidez, impulsa los espíritus hacia el azul y los hace flotar en los espacios sin límites. No hay nada como el dogma

para parir los sueños. Y no hay nada como los sueños para engendrar el porvenir. Utopía hoy, carne y hueso mañana". (Traducción del autor.)

Hugo también evolucionó.

Desde su fascinación por la gloria de Napoleón, alentada en el seno familiar, que encontró su máxima expresión aún en 1827 cuando escribió "A la columna de la plaza Vendôme", hasta que rompió clamorosamente con el otro Napoleón, "el pequeño" cuando éste dio el golpe de estado de 1851, hay toda una transformación mental, espiritual y política. Habiendo sido, después de la Revolución de 1848, como miembro de la Asamblea Constituyente y de la Asamblea Legislativa, un fervoroso defensor de las libertades, cuando éstas fueron conculcadas nuevamente en Francia por Napoleón III, marchó al exilio. Volvió recién en 1870, cuando Francia fue nuevamente republicana y allí coincidió con la presencia del Campeón de la libertad, de la democracia y de los ideales republicanos, Giuseppe Garibaldi, en la defensa de los mismos principios

La Italia del siglo XIX era un país más unido por el espíritu y por los sentimientos que por un Estado unitario, que no existía.

Debía pagar —y muy caro— por haber sido la cuna de la Civilización Romana. Esa civilización cuyas reliquias fueron un fuerte llamado de atención para Garibaldi en su primer viaje a Roma, navegando con su padre, en 1825.

Ese espíritu italiano se mantuvo vivo a través de su arte, especialmente de su literatura, que siempre marcó las fronteras de un pueblo con una historia memorable.

Pero el siglo XIX trajo vientos de libertad y de unidad para Italia, que se transformaron en el vendaval del Risorgimento, que fue la epopeya más gloriosa del pueblo italiano en los tiempos modernos.

Garibaldi, tocado por la magia de Roma que le hizo tener clara la visión de una Italia libre, fuerte y unida, conoció en sus viajes la llama de los ideales que harían posible transformar la utopía en realidad.

La condena a muerte a causa de su intervención en la organización de un movimiento insurreccional bajo las directivas de Mazzini, terminó con Garibaldi en el exilio.

Primero fue el de Garibaldi, en 1834; el de Hugo, como vimos, en 1851.

Fue de maduración intelectual y literaria para el hijo de Besanzón; de crecimiento político y militar, en una hermosa práctica de sus ideales cosmopolitas, el de Garibaldi. Ambos siguieron sujetos a los principios de Humanismo y de Fraternidad Universal, cada uno con sus armas.

¿Qué encontró Garibaldi en el Uruguay, después de luchar por la república junto a los "Harapientos" en el sur del Brasil Imperial?

Trajo consigo la gema pura y sin tallar de lo mejor del pueblo brasileño y el fruto de esa unión, que proclamaba en hechos sus ideas naturales de fraternidad universal:

Anita y Menotti fueron la única recompensa que obtuvo por su lucha generosa en pro de la causa republicana y democrática. Pero, ¡qué recompensa!

Montevideo le retribuyó con tres hijos; una de ellos, Rosita, se le fue antes de tiempo; Teresita y Ricciotti volvieron con él y este hijo uruguayo, siguiendo los pasos de su padre y nutrido con el fuerte carácter materno, junto a su hermano en ciertas oportunidades, solo, en otras, hizo honor al apellido en Italia, en Francia y en otros lugares del mundo.

Pero cuando llegó a estas tierras, Garibaldi se encontró con que estaban fertilizadas por un Titán, que había marcado a este pueblo para siempre: José Artigas, del que, quizás, muy poco o nada habrá oído hablar, por la veleidad de los hombres y las circunstancias políticas. Pero su obra estaba allí, en el corazón de cada uruguayo.

Se encontró con un país que en los últimos 20/30 años había sabido independizarse, junto a sus hermanas provincias del Plata, del oscurantismo colonial español; que por diferencias ideológicas y políticas había debido luchar contra los gobiernos bonaerenses que, centralistas y monárquicos, desconocían las libertades de la Provincia y su sistema republicano y democrático. Sufrió la dominación bonaerense, la entrega traicionera al Brasil y la dominación imperial durante la triste época de la Provincia Cisplatina; un país que logró la independencia y, en aquel momento, aprovechando diferencias internas entre orientales, constató el aprovechamiento de la difícil situación para favorecer sus propios intereses, por parte de Francia y de Inglaterra y, al mismo tiempo, despertados los apetitos siempre latentes, la intención absorbente del tirano de allende el Plata.

Sin dudarlo, se puso del lado de los más débiles –probablemente desconociendo el origen del conflicto fraternal– y de quienes sostenían los principios republicanos y democráticos ante el gobierno de Rosas, aunque alguno de ellos los había violado groseramente.

Jefe de la escuadra naval montevideana; comandante de tierra y de mar, luchó brillantemente en el Paraná y en San Antonio.

Supo hacer, junto a Anzani, soldados, de simples campesinos. Luchó siempre con voluntarios, que no tomaban las armas por paga o por obligación, sino por convicción idealista. Que cuando dejaban la lanza o el fusil, era para empuñar la azada.

Fueron voluntarios quienes marcharon a luchar con él y sus dos hijos por la Francia republicana, después de haber tenido que oponerse a ejércitos franceses en Roma, en 1849, en defensa de la República.

Gabriel D'Annunzio, el relevante poeta de la Italia moderna, que vivió a caballo entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX, en ocasión de celebrarse el primer centenario del nacimiento de Víctor Hugo, escribió un poema que se editó en su colección titulada "Elettra": "Nel Primo Centenario della Nascita di Vittore Hugo", a quien nombra, curiosamente, por su nombre o apellido, solamente en el título.

En una parte de la extensa obra, el poeta dice:

“Gloria all'esule Eroe che invoco,
Nazione di Dante, all'aedo
che seppe pur l'altra parola
del Portatore-di-fuoco!
“Più grato m'è l'esser prigione
del sasso, che servo
del tuo signore”. E sola
eragli intorno la rupe, e solo
eragli l'Oceano intorno
ululante;”

Cuando se tiene la grandeza de los Titanes Defensores de Hombres, no se teme la dudosa potencia de los que se presentan como fuertes.

Hugo, cuando quienes se creían Zeus en la Tierra les habían quitado a los hombres lo que les pertenecía, supo subir a los cielos y, arrebatando al Sol la chispa divina, volvió a dar luz y calor.

Garibaldi, recogiendo los rescoldos que el intelecto de los guardadores del Templo habían conservado a través de los siglos, los trajo en ofertorio sobre las palmas de sus manos desnudas y, soplándolos, dio la luz y la vida a la nueva Italia.

Hugo, en 1874, ante una tentativa de restablecimiento monárquico, escribió “Les Mangeurs”, “Los comilones”, allí dice:

“Ellos tienen sobrenombres: Justo, Augusto, Grande, Pequeño,
Bienamado, Sabio, y todos tienen mucho apetito.
¿Quiénes son ellos? Ellos son quienes nos comen. La vida
De los hombres, nuestras vidas, les es servida.
Ellos nos comen. ¿Cuál es su derecho? El derecho divino.”
.....

¿Qué queda, entonces, en pie, después de una intensa vida de escritor, de poeta, de pensador y de político?

Queda el ideal de Víctor Hugo resumido magistralmente en este poema que es su utopía, del cual tomamos y traducimos libremente algunos fragmentos:

LUX

“¡Tiempos futuros! ¡visión sublime!
Los pueblos están lejos del abismo.
El triste desierto es atravesado.
Después de las arenas, el césped;
Y la tierra es como una prometida,
Y el hombre es como un novio!

.....
Desde ahora el ojo que se eleva
Ve claramente este hermoso sueño
Que será realidad un día;
Porque Dios romperá todas las cadenas,
Porque el pasado se llama odio
Y el porvenir se llama amor!

.....
En el fondo de los cielos un punto centellea,
Mirad, se agranda, brilla,
Se aproxima, enorme y rojo.
Oh República universal,
Tú no eres todavía más que una chispa,
Mañana tú serás el sol.”

En este amplio ideal de libertad, de amor por los seres humanos, por la vida toda que está integrada a la armonía universal, estos dos Titanes llenaron, cada uno a su modo, el amplio espectro de ese romántico siglo XIX que allanó el camino para el posible progreso de la Humanidad.

Hacer viable ese camino, depende de cada uno de nosotros, a condición de que no sintamos esa tarea como una excesiva carga de responsabilidad.

Garibaldi - Hugo: dos columnas de un mismo templo

Mario Dotta

El título de esta exposición, “Garibaldi-Hugo: dos columnas de un mismo templo”, hace alusión directa a la vida, ideología y sentimientos comunes de dos espíritus inmensos, complejos, y a dos trayectorias confluyentes en la brega por el bien de los hombres y de los pueblos, que contribuyeron a la titánica tarea de construcción del Templo de la Humanidad.

Esto en lo general; y en lo particular concreto también asiduos a otro peculiar templo: el de la Masonería, pues ambos reunían la condición de francmasones, cualidad no rara en hombres como ellos forjados en el crisol de la Libertad, la Igualdad, la Fraternidad y el Amor.

En el caso de Garibaldi –para nosotros los uruguayos– el tema además adquiere doble significación ya que el mismo fue iniciado en Montevideo en una Logia Francesa, “Les Amis de la Patrie”, regularizada por el Gran Oriente de Francia –que también cobijaba a Hugo– el 20 de junio de 1841, luego de un período como logia irregular surgida en nuestra capital en 1827 con el nombre “Les Enfants du Nouveau monde”.

Ambos fueron desprendidos en lo que a no ahorrar esfuerzos ni medir consecuencias en lo personal se refiere.

Ambos se sabían grandes pero eran conscientes que esa grandeza sólo era posible en la entrega, en la lealtad y en la generosidad y no en la mentira, la ignorancia y la ambición. Tampoco en la hipocresía.

Ambos al morir –Garibaldi en 1882 y Hugo en 1885– fueron objeto de homenajes a escala ecuménica, como eran ecuménicos sus ideales y por ello el luto fue universal.

Ambos idolatraron dos ciudades simbólicas con toda la pasión de sus corazones: Hugo a París, a la que amaba en toda la gama de sus glorias culturales y de sus sordideces; Garibaldi a Roma, meta amada del alma, corazón de Italia, capital de la nación redimida.

En la vida de ambos se dieron paralelismos ciertos expresados por Hugo en la realidad de sus novelas y en Garibaldi en la profundidad de sus vivencias y en el accionar de su espada.

Se ha dicho que todos los amores de Garibaldi estaban situados bajo el signo de una doble fascinación,¹ las mujeres de sociedad (aristocráticas de preferencia) o las hijas del pueblo, lo que constituye también un paralelo entre ambos hombres.

Garibaldi en Caprera, Robinson Crusoe como se ha dicho,² que sueña con una comunidad ideal, con una isla de felicidad lejos de curas y esbirros sus enemigos jurados, una sociedad natural y bíblica a cuyo frente un patriarca rey.

Víctor Hugo en las islas anglonormandas –primero Jersey y luego Guernesey– también soñando con un mundo mejor, sin perder la conciencia de lo que lo rodeaba, hundiendo su alma en esa naturaleza arisca que caracteriza al Cantábrico y al mar de la Mancha, producto de lo cual la monumental novela “Los trabajadores del mar” en la que vuelca todo su amor por la naturaleza, pero también por el hombre, por sus titánicos trabajos, sus amores, sus tragedias como la de Gilliat, el humilde pescador protagonista de esta obra, al que Hugo retrata con recóndita y paternal ternura.

Garibaldi mostrando también en sus Memorias su sensibilidad por los paisajes rurales del Uruguay, y por la figura del matrero; porque ambos, Hugo y Garibaldi, enérgicos y aun duros en la acción, escondían un alma caritativa y tierna, sobre todo en las instancias de ser árbitros y amos de una situación en la que demostraban un espíritu piadoso y respetuoso.

Ambos podrían afrontar otro paralelismo con el otro gran exiliado en sus propias posesiones de Iasnaia Poliana, León Tolstoi, casi prisionero e incomprendido en su casa, para entender que en este mundo, si bien existe lo perverso, también pervive una cadena de buenas almas que se enlazan y suceden. Se me ocurre poner a la diestra de estos hombres la figura de Ghandi, sobre todo a la de Tolstoi quien influyó sobre él.

Muchos hombres fueron en busca de consejo o por admiración a visitar al héroe en Caprera; y también muchos fueron a Guernesey, como el reformador de nuestra enseñanza laica, gratuita y obligatoria José Pedro Varela, en su viaje a fines de la década de los sesenta para conocer al venerable escritor.

Si bien nuestros evocados tenían diferencias –uno hombre de acción no intelectual, el otro intelectual notable– ninguno de los dos se encerró en actitud prescindente y no desdeñaron la acción demostrando determinación en el momento de esgrimir sus armas, Garibaldi la espada y Hugo su temida pluma.

Los unían valores éticos y principios similares, tanto por sus propias naturalezas como por su formación masónica, pues para ellos los lemas de Libertad, Igualdad, Fraternidad no eran envoltorios huecos de contenido sino la esencia del porqué vivir.

El mundo que les tocó en suerte era de transición, de eclosión definitiva de una nueva era y ellos ayudaron a su nacimiento.

Se trataba de abatir los reductos del despotismo, de aherrojamiento de las libertades; y entre ellos uno de los más potentes e influyentes si no el que más, el del Papado romano, por la siembra de dogmatismo y de odio a todo lo liberal en un siglo en el que el liberalismo trataba de impulsar la emancipación de los pueblos.

Los Papas que se sucedieron en el poder durante el siglo XIX, todos, todos sin excepción –incluyendo a León XIII– pusieron trabas de intolerancia ante los avances de la libertad de pensamiento.

Así Gregorio XVI condenando la humanitaria predica cristiana de defensa de los humildes ejercida por el sacerdote Felicité Robert de Lamennais quien en 1833 debió

separarse de la Iglesia para no someterse a la autoridad despótica sin dejar de creer, tomando el camino franco de la redención de los humildes y estando –como Víctor Hugo– en la Asamblea Legislativa Republicana de 1848.

Lamennais había nucleado a toda la juventud católica liberal a través del periódico “*L’Avenir*”, junto a Jean Baptiste Lacordaire, también religioso –dominico– predicador y abogado que prefirió someterse igual que Montelambert el jefe del Partido Católico Liberal francés al despotismo del papado.

A la muerte de Gregorio XVI, el 16 de junio de 1846, fue electo un nuevo Papa, Juan María Mastai Ferretti, que había estado en Montevideo en 1824, con el nombre de Pío IX.

Su ascenso provocó un momentáneo retroceso del anticlericalismo por la fama de liberal de que venía precedido, marcando una ola de esperanza ya que se le consideraba capaz de dar un rumbo liberador a la política vaticana.

Es por ello que Garibaldi y Anzani desde aquí, desde Montevideo, en carta fechada el 12 de octubre de 1847, escriben al Cardenal Bedini, ofreciéndole su espada al Papa si éste se ponía al frente del proceso de unidad de Italia.

Pero el nuevo Papa prontamente mostró su voluntad de continuar con la tradicional política vaticana.

No debemos olvidar que el Papado es una monarquía optativa en el momento de elegir al nuevo Papa; y absoluta luego de electo el mismo.

Por ello el trono de Roma obedecía a las monarquías absolutas del Antiguo Régimen, y también es por eso que buscaba sus aliados en los regímenes despóticos, en los primeros tiempos en la Santa Alianza, y en la época que nos ocupa, en el Imperio Austríaco y en la Dictadura y posterior Imperio de Napoleón III.

Con respecto al anticlericalismo de que fueron acusados Hugo y Garibaldi vale **una primera aclaración**: ninguno de ambos era ateo; no se trataba de un problema religioso sino el de la libertad de pensamiento, a lo que naturalmente es inherente la libertad de cultos.

Pero la libertad de cultos era atacada por la Iglesia Católica pues en ello le iba la pérdida del poder; y no del poder divino sino el más prosaico y terrenal.

La religión era usada para una política terrena, profana, dependiente de la necesidad de mantener el poder temporal y las rentas emergentes.

El Papa no era sólo el Vicario de Dios en la tierra sino el rey de los Estados Pontificios, territorios que dividían en dos tajos fronteras la anhelada unidad del territorio italiano.

Precisamente esa posición era la que llevó al Papa a no ponerse al servicio de la unidad de Italia que aspiraba tener a Roma por capital sino que optó –a los efectos de mantener su poder temporal– por la alianza contra los enemigos de la unidad Italiana –Francia y Austria– ya que la primera veía un peligro en un nuevo Estado que dividiría

ciertamente el Mar Mediterráneo y la segunda que quedaba condenada a no tener puertos de salida a dicho mar.

Con Francia el Papa hacía valer una alianza que venía de los tiempos de Pipino el Breve, además de la que tenía con los borbones del sur del reino de Nápoles-Sicilia.

Por tanto cabe al Papado la responsabilidad de ayudar a mantener la dispersión de Italia dividida en siete Estados, y también del surgimiento del anticlericalismo, que venía abonado por siglos de despotismo inquisitorial y de aherrojamiento del pensamiento científico. Y en esto no pondré ejemplos ya que son notorios y son múltiples.

Esta política fue la que exacerbó la campaña anticlerical en la medida que el Papa había puesto al clero en pie de guerra; no sólo contra la unidad de Italia sino también contra todo proceso de laicización, contra el liberalismo, contra las sociedades bíblicas protestantes, contra el socialismo, contra la Masonería, contra el libre pensamiento, tal como lo presenta el "Syllabus errorum" de 1864.

Era la política errada de Pío IX, que culmina en el Concilio Vaticano I con la declaración de la infalibilidad papal en 1871, que ocasionó un cisma en el seno del catolicismo —casos de Papas herejes como Liberio, Honorio o Vigilio por declaraciones similares no habían sido escasos en el pasado— provocando movimientos de rebeldía dentro de la propia Iglesia como fue el de la Kulturkampf alemana.

De esta política deben recordarse las instancias sufridas aquí en Uruguay por el Presidente Bernardo P. Berro ante la intolerancia del Vicario Jacinto Vera que obligó a la secularización de los cementerios, impulsando el proceso de laicización del Estado y el natural incremento del anticlericalismo.

La gesta que llevó al nacimiento en Roma de la Primera República Italiana de 1849, en medio de la cual Pío IX huye a Gaeta en el borbónico reino del sur, no era un movimiento contra la religión ni contra el Papa como vicario sino contra el Papa-rey y su poder temporal; contra la política profana del más acá.

Esto no fue aceptado por Pío IX que llamó a fuerzas extranjeras, como lo había hecho su predecesor Gregorio XVI trayendo las austriacas; ahora le tocaba el turno a las francesas enviadas por Luis Napoleón y comandadas por el Gral. Nicolás Oudinot, las cuales por su número y equipo vencieron a las de Garibaldi no sin una heroica resistencia en la que murieron muchos legionarios y entre ellos el uruguayo Andrés Aguiar, recordado en el monumento actual en el Monte Janículo.

La destrucción por obra de Bonaparte de la República de Roma, era el antícpio de la destrucción de la Segunda República Francesa, la de 1848, para sustituirla mediante la técnica del golpe de Estado, primero en Dictadura y luego en monarquía imperial.

Estos procesos no conformaban guerras contra la religión sino contra una política terrenal.

Me atrevería a decir que muy poco del anticlericalismo surgente era ateo, como no lo eran ni Mazzini, ni Garibaldi, ni Cavour, ni Vittorio Emanuele II; como tampoco lo

era –aunque fue acusado de tal– el gran amigo del Risorgimento y de Garibaldi, Víctor Hugo.

Pero la Iglesia planteó la cuestión en términos de víctima y victimarios y tal interpretación, por su injusticia, dio mayor pábulo al anticlericalismo, que veía en ello falacia e hipocresía.

En el fondo estaba la cuestión –terrenal por cierto– de la pérdida de territorios y rentas pues parecía que el Papado olvidaba siempre aquel sabio consejo de no hacer tesoros en la tierra donde el orín corrompe.

Por lo tanto y *segunda aclaración*: ésta mi versión no censura la religión católica como tal sino al Papado como Estado terreno y profano; como piedra del conflicto en medio de los anhelos de unidad de un pueblo pobre e invadido; en el fondo planeaba como sustento la explotación del hombre por el hombre.

No es casual que Víctor Hugo hiciera un escándalo en la Asamblea Legislativa francesa pronunciando un discurso sobre la miseria y oponiéndose a Luis Napoleón a quien ya consideraba un tirano y que desaprobara la expedición contra la República de Roma; ni que decir ante el golpe de Estado de Bonaparte del 2 de diciembre de 1851.

Nueve días después, el 11 de diciembre, en la clandestinidad y con pasaporte falso Hugo tomó el tren de Bruselas camino a un exilio que durará hasta la caída de Napoleón III en 1870.

En enero de 1852 Luis Napoleón firmaba el decreto de destierro contra Víctor Hugo al que el insigne hombre contesta con una novela “Napoleón le petit”, instalándose primero en Jersey de donde será expulsado en 1855 por presiones al gobierno inglés para finalmente instalarse en la isla de Guernesey hasta 1870 ya que no quiso acogerse al indulto de Napoleón III de 1859, manteniendo su actitud intransigente ante el golpista

Coetáneamente Garibaldi lanzado a la “Campaña de los Mil” a Sicilia recoge el aplauso de Víctor Hugo el que habiendo trascendido su antiguo monarquismo y evolucionando ya desde posiciones republicanas, cada vez más irá asumiendo posiciones radicales.

Garibaldi, sometido a las horcas caudinas del conservadurismo de la Corte Saboyana, debe soportar incomprendiciones y ataques como en Aspromonte, hasta que en 1867, disponiéndose a la toma de Roma, es vencido en Mentana nuevamente por las tropas de Napoleón III, llamadas nuevamente por Pío IX para conservar su trono, su poder terrenal, al punto de comportarse como cualquier rey al hacer fusilar a los jóvenes Monti y Tognetti.

Este fracaso garibaldino es lo que explica la afluencia de patriotas italianos ese año a Montevideo, ante la rabia del cónsul de Napoleón III en nuestro país, Maillefer, quien ofuscado por el intento de Mentana informaba a su gobierno que “...Parecería

que no pudiendo tener Roma quieren indemnizarse en Montevideo... desde la derrota de Garibaldi 1.700 aventureros, sin contar las mujeres y los niños, nos han llegado precipitadamente de Génova...”.³

El Cónsul de Napoleón “el pequeño” en Montevideo, “Maillefer”, como lo marca su correspondencia diplomática “...no pierde ocasión de señalar la distancia entre su clase de gente bien nacida y la ‘execrable ralea italiana’, a quien no puede perdonar ni su condición de garibaldina, ni el habitar los barrios bajos de la ciudad...”⁴

Esa independencia del accionar de Garibaldi y sus ideas avanzadas le creaba problemas con Cavour que manejaba los hilos de la política y sobre todo la de la política exterior.

Estoy firmemente convencido que fue el miedo al radicalismo de Garibaldi lo que determinó su exclusión de entrar con sus tropas a Roma en 1870, haciéndolo en cambio el Gral. Raffaele Cadorna al frente del ejército real en el mismo momento que el nizado luchaba con la legión en los Vosgos defendiendo la emergente nueva República Francesa de las bayonetas prusianas.

El heroico comportamiento de Garibaldi ya deteriorado en su salud y en sus fuerzas, le valió ser electo diputado a la nueva Asamblea Legislativa; pero la derecha conservadora cuestionó el que un extranjero fuera diputado, olvidando la universalidad de la gloriosa Revolución Francesa de 1789 que consideraba franceses a cualquier extranjero que mantuviera un huérfano o un anciano o en casos de relevantes méritos; así pudo ser convencional girondino el inglés y héroe de la Revolución Norteamericana Thomas Paine, mientras que Garibaldi, menos de un siglo después era obligado a renunciar.

La derecha francesa privó a Francia de tener como diputado al héroe de dos mundos, no siendo ajena a este hecho la renuncia a su banca, el 8 de marzo de 1871, por parte de un indignado Víctor Hugo.

Es que durante la segunda mitad del siglo XIX iban predominando las tendencias de un liberalismo conservador; por eso no es casual que los últimos procesos de unidad nacional que se concretan –Italia y Alemania– lo hacen bajo el signo liberal conservador no exento de autoritarismos.

Se abría la época de los Imperios y de nuevos impulsos coloniales y frente a ellos y simbólicamente el radicalismo cada vez más vehemente de Hugo y Garibaldi quienes veían cómo se iban frustrando sus anhelos de un modelo mejor en el que tuvieran cabida los más desposeídos.

En la década del 30, Garibaldi, fustigando la política conservadora emergente del Congreso de Viena y la Santa Alianza de las potencias absolutistas, había arengado: “...¡Pueblos!, formemos nosotros la Santa Alianza y démonos las manos!...”⁵

Su vida demuestra que si bien él estaba alerta a los llamados de su patria, estaba también pronto para defender cualquier pueblo oprimido aunque no fuera el suyo. Y

esto mereció el reparo de los nacionalismos estrechos y de los espíritus de medio pelo –aquellos que también denostaron a Hugo– que confundían un condottiero con un luchador por las mejores causas sociales; incapaces de sentirse cosmopolitas sin dejar de ser nacionalistas, no podían saber lo que es el verdadero sentido de universalidad, aquel que acuna el internacionalismo humano y popular.

Igualmente que Mazzini, Garibaldi era nacionalista italiano, humanista y por ello, sin paradojas, fraternal y universal, en una permanente entrega que hace decir a Garibaldi ante el requerimiento de Mazzini en 1833: "...Estoy pronto hermano, dime dónde, cuándo y cómo...", en fraternidad propia de masones para llevar la lucha y la invasión a Italia con un ejército compuesto de italianos, alemanes, polacos y húngaros, casualmente provenientes de naciones también irredentas e invadidas por las grandes potencias absolutistas.

No es paradojal entonces encontrarnos con un nacionalismo no excluyente y fraternal.

Era la "Giovane Europa" de Mazzini planificando una futura confederación europea con capital en Suiza para hacer frente a los nacionalismos xenófobos propios de las potencias absolutistas.

Se necesitó llegar a fin de siglo cuando surgen en Italia las ínfulas de gran potencia imperial al calor del reparto de África y del mundo y de consignas como "Italia-Potencia", para desplazar aquel sano nacionalismo.

Si el Risorgimento republicano había apelado a la Antigua República Romana y a sus virtudes, la de Catón y Bruto, la monarquía instaurada luego de 1870 apelará al Imperio y a César, en apoyo ideológico que pretendía sustentar la expansión de una Italia agresiva, dejando líneas en la política italiana que aprovecharía Mussolini.

En medio de este mundo de contrastes podemos explicarnos por qué Garibaldi y Hugo eran cada vez más respetados por los pueblos, aunque no puede decirse lo mismo de sus oligarquías.

Expresamos que ambos amaron las capitales de sus respectivas naciones; Hugo haciendo de París escenario de sus luchas románticas y de sus múltiples novelas y poemas; Garibaldi teniendo a Roma como meta y debe recordarse que Roma había dejado de ser la capital de Italia desde la caída del antiguo Imperio.

Cavour había expresado en un discurso ante el Parlamento el 25 de marzo de 1861 –año de su muerte– lo siguiente: "...Italia tiene necesidad de Roma para destruir allí un centro de reacción sanguinaria. Italia tiene necesidad de Roma porque Roma, capital de Italia desempeña inmediatamente y destruye la rivalidad municipal de las grandes ciudades; tiene necesidad de Roma porque Roma, capital de Italia es la expresión más alta de la unidad y de la independencia de la nación...".⁶

Mazzini soñaba con la "Roma del popolo" y Garibaldi con la "Roma regeneradora de un gran pueblo".⁷

Y este hombre para quien –como dice Giampaolo Colella– “...Las sutilezas y dobleces de la política lo encontrarían desarmado al punto que su actuación pública, lejos de ser comprendida, fue a menudo objeto de airadas protestas, cuando no de burlas...”⁸ supo casi al final de su vida también contribuir a las necesidades de su amada Roma.

Y su política era poco comprendida justamente porque no tenía dobleces ni hipocresías y por eso a muchos molestaba.

Llegado a Roma viejo y enfermo el 25 de enero de 1875 “...supo emprender con insospechado arrojo juvenil la defensa de los más necesitados...”⁹ y este radicalismo humanista no gustaba, no encajaba entre políticos conservadores.

Recordemos aquí que entre 1867 –fecha de Mentana– y 1870, Garibaldi había escrito y publicado una novela titulada “Clelia, el gobierno de los curas”, obra sin pretensiones literarias pero que nos permite pulsar su compromiso social.

En un pasaje de dicha obra Garibaldi expresa: “...¿Quién no prefiere la civilización a la barbarie, a la vida salvaje? ¿Quién no prefiere las comodidades de una buena casa a las intemperies del campo, a las incomodidades y privaciones? Pero, cuando se piensa que son pocos quienes disfrutan o, mejor dicho, monopolizan los beneficios de la sociedad civil, al mismo tiempo que tantos son los que sufren, no se puede dejar de dudar que para la clase pobre sea una ventaja la civilización actual. Y podemos preguntarnos si esa clase, que es mayoría, no puede, a veces, desear la condición salvaje de los primitivos habitantes de la tierra, que no tenían palacios ni cocineros, ni comidas refinadas, ni atuendos, pero tampoco curas, policías, prefectos, cobradores, impuestos, y no les arrancaban los hijos para llevarlos a servir los caprichos de un despota –más o menos disfrazado de liberal– con el altisonante pretexto de servir a la patria...”¹⁰ Y aun ahondaba su crítica: “...¡Gobierno! ¿Se puede llamar gobierno esta agencia de corrupción? Gracias a ella el pueblo se ha reducido a ser una mitad comprada para sojuzgar a la otra, para mantenerla en la servidumbre y la miseria...”¹¹

En esta novela la aparente ficción se hallaba simbólicamente relacionada con la realidad.

Ante la construcción de fortines inservibles de acuerdo a las nuevas técnicas de la guerra para defensa de Roma, que ocultaban un fraudulento negociado, denunciaba Garibaldi el desvío inútil que se hacía de dinero que se necesitaba para las obras de canalización del Tíber cuyos desbordes inundaban los barrios pobres y para la construcción de un puerto.

Por todo ello Garibaldi en 1876, a pesar de sus necesidades, rehusó una pensión del gobierno afirmando que no podía recibir dinero de un gobierno a quien consideraba responsable de las miserias del pueblo.

Cuando en ese mismo año cambia el Gobierno y asciende al mismo Agostino Depretis, ante la insistencia de su amigo y héroe garibaldino de 1862 y 1867, Giovanni

Nicotera, aceptaba la pensión sólo si se ponía la mayor parte de la misma a disposición de las obras de encauce del Tíber y en las obras de saneamiento del agro romano.

El 9 de febrero de 1875 había afirmado: "...Roma fue y será hasta el fin el ideal de toda mi vida...".¹²

Así pues Garibaldi y Hugo llegaban a la ancianidad cada vez más exigentes, cada vez más radicales, pero no con las exigencias y radicalismos egoístas del individualismo, sino con los de un nuevo proyecto de sociedad y en alas del más puro humanismo.

Dos vidas, dos sentires hermanados, dos trayectorias hacia la luz.

El más joven, Garibaldi, muere antes, en 1882, recibiendo la apoteosis en Italia y en el mundo.

Aquí en Montevideo, el homenaje a su memoria constituyó posiblemente el acto de masas más importante del siglo XIX, llevado a cabo el domingo 23 de julio de 1882, con la presencia de más de treinta asociaciones, organizaciones de diverso tipo en un acto cosmopolita en el que participaron no sólo las asociaciones italianas sino también las de otras naciones –Francia, Suiza, España, Inglaterra, etc.– además de las tripulaciones de los barcos surtos en puerto, y la Masonería.

La manifestación que partía de la actual intersección de 18 de Julio y Río Negro, llegaba, inundaba y se apretujaba en el Cementerio Central para salir de allí y recorrer las actuales calles Carlos Quijano y 18 de Julio, ir a la Embajada de Italia en la calle Cerrito para culminar en la Plaza Independencia.

Tres años después moría Víctor Hugo y se realizaba en París la más grandiosa demostración de dolor por la desaparición del entrañable personaje.

Cuatro años antes, en 1881, el día del cumpleaños de Hugo, el 26 de febrero, se había llevado a cabo una conmovedora demostración popular ante la residencia del poeta, lo que llevó a José Martí, otro compañero de ruta de Hugo y de Garibaldi, hermanado a ellos también por la Masonería, a realizar la siguiente semblanza de ese hecho: "...He aquí un anciano resplandeciente, en cuyos ojos tristes y centelleantes se adivina el noble menester del alma humana...".¹³ Y relatando el homenaje expresaba: "...se colgaron de banderas alegres los arcos de la villa, y en los umbrales de la casa del anciano plantaron manos amigas un laurel de oro y ante su casa austera, señalada aquél día como lugar de peregrinación, pasaron con flores en las manos, y vítores en los labios, y lágrimas en los ojos, docenas de millares de hombres. El anciano con sus dos brazos apoyados en los hombros de sus trémulos nietos, lloraba¹⁴ silenciosamente. Sus labios temblaban como hoja de árbol a aire bonacible. Lucía su rostro, cual luce la nieve de súbito iluminada por el sol. Pusieron a sus pies alfombras de palma. Colgaron las paredes de su casa de coronas. ¡Oh, qué versos debieron fraguarse ese día en el pecho del anciano! ¡Tan hermosos debieron ser, que no pudieron hallar forma en los labios! Sólo los seres superiores saben cuánto es racional y necesaria la vida futura. Pues vivir, ¿qué es más que ser águila, encerrada en ruin jaula, en que viven a par

búhos y palomas? ¡Ha de venir la atmósfera radiante donde puedan, camino al sol, volar las águilas!...”.

Volvemos a reiterar que estos dos ejemplares humanos lejos estaban de ser ateos; en verdad eran religiosos y libres pensadores y eso los llevaba a la verdadera caridad.

Despegados del materialismo, lejos también estaban de utilizar la religión o sus ascendientes ideológicos e influencias para acumular bienes terrenales.

Romain Rolland recordaba que Víctor Hugo había sostenido en 1883: “...Yo siento que soy inmortal...”.¹⁵ Rolland recuerda también el 15 de mayo de 1884: “...Yo lo volví a encontrar en el Trocadero, donde él asistía a una Logia, como Voltaire, a su apoteosis. Camille Saint Saens dirigía ante él su “Himno a Víctor Hugo...”.¹⁶ Rolland se refería al homenaje realizado por la Masonería a un hijo preciado.

En su testamento y reafirmando su deísmo, Hugo, poniendo distancia con las religiones instituidas, dejó expresado: “...Creo en Dios. Dejo cincuenta mil francos a los pobres de París. Deseo que se me lleve al cementerio en la carroza de ellos. Rehuso la oración de todas las Iglesias. Pido una oración a todas las almas...”.¹⁷

Por su parte, Garibaldi, a su vez en las soledades de Caprera, unos pocos años antes había expresado esta concepción propia de un adepto: “...Mi cuerpo está animado como los millones de seres que viven sobre la tierra, en el agua y en el espacio infinito, sin exceptuar las estrellas que también pudiera ser que tuvieran vida. Como todos estos seres soy yo, provisto de una cierta cantidad y calidad de inteligencia. Y si esa inteligencia cósmica que todo lo anima es Dios, yo sería una chispa desprendida de la divinidad... Esta idea me ennoblecce, me eleva por encima del pobre materialista, me invade de amor y respeto por los demás átomos, que también son emanaciones de la divinidad, y me estimula a buscar la aprobación de los que me rodean que, más a través del ejemplo que de la teoría, pueden mantenerse en el bien, porque también ellos, según su propia esencia, pertenecen al eterno benefactor...”.¹⁸

Garibaldi y Hugo fueron paladines de la libertad y de la democracia y vislumbraron mucho más allá que muchos de sus contemporáneos y eso hace a su vigencia; no estamos rememorando sus muertes sino sus vidas.

Hoy conmemoramos el bicentenario de Víctor Hugo y es bueno que recordemos que dentro de cinco años deberemos conmemorar el de Garibaldi.

Notas

1. Vinciguerra, Marie Jean, “Le Symbolique Garibaldien ‘accenno non insegnò’”, Revista Garibaldi, Año VI, N° 6, Montevideo, 1991, pág. 36.
2. Ibídem.
3. Oddone, Juan Antonio, “La formación del Uruguay Moderno”, Buenos Aires, Eudeba, 1966, pág. 27 y 28.
4. Ibídem.
5. Mario, Jessie W., “Vita di Giuseppe Garibaldi”, Milano, Fratelli Treves, 1882, pág. 6.

6. Colella, Giampaolo, "Roma capital: ilusión y realidad", *Revista Garibaldi*, Año V, N° 5, Montevideo, 1990, pág. 96.
7. Ibídem.
8. Ibídem, pág. 106.
9. Ibídem.
10. Garibaldi, Giuseppe, "Clelia", Milano, s/f, pág. 215-216, en Fabbri de Cressatti, Luce, "Garibaldi y el socialismo de su tiempo", *Revista Garibaldi*, Año I, N° 1, Montevideo, 1986, pág. 81.
11. Ibídem, pág. 276.
12. Colella, Giampaolo, Ob. Cit., pág. 110.
13. Martí, José, Artículo en "La Opinión Nacional", 1º de abril de 1882.
14. Ibídem.
15. Rolland, Romain, "Victor Hugo"; Paris, Rieder, 1935.
16. Ibídem.
17. En "Símbolo", Órgano de la Masonería argentina, Año VII, N° 30, Buenos Aires, 1952.
18. Cit. por Traversoni, Alfredo, "Garibaldi: entre el liberalismo y el nacionalismo", *Revista Garibaldi*, Año II, N° 2, Montevideo, 1987, pág. 16.

ALL'ITALIA

Ugo Foscolo

Per la sentenza capitale proposta nel Gran Consiglio cisalpino contro la lingua latina -(1798)

Te nudrice alle Muse, ospite e Dea
Le barbariche genti che ti han doma
Nomavan tutte; e questo a noi pur fèa
Lieve la varia, antiqua, infame soma.

Ché se i tuoi vizi, e gli anni, e sorte rea
Ti han morto il senno ed il valor di Roma,
In te viveva il gran dir che avvolgea
Regali allori alla servil tua chioma.

Or ardi, Italia, al tuo Genio ancor queste
Reliquie estreme di contanto impero;
Anzi il toscano tuo parlar celeste

Ognor più stempra nel sermon straniero,
Onde, più che di tua divisa veste,
Sia il vincitor di tua barbarie altero.

ORIBE Y EL GOBIERNO CONSTITUCIONAL

Héctor Gros Espiell

Las reflexiones que me ha provocado el tema que se me ha propuesto van mucho más allá, en la impuesta brevedad de un artículo para la revista "Garibaldi", del análisis del Gobierno de Oribe.

Pero antes de exponer la razón del enfoque que he adoptado para encarar el tema, quiero destacar la amplitud conceptual de la dirección de esta Revista, que superando sectarios anacronismos del pasado, ha querido incluir en sus páginas un artículo sobre Oribe, continuando así la posición aperturista que en el N° 15 puso de manifiesto, al publicar mi estudio sobre la situación institucional del Uruguay en 1849.¹

II

No es mi intención hacer un análisis del Gobierno de Oribe, como Presidente Constitucional de la República entre 1835 y 1838, año en que fue privado de facto del ejercicio de sus funciones por el movimiento revolucionario encabezado por Fructuoso Rivera, ni estudiar la pertinencia jurídica y los efectos del documento de protesta, hecho en Montevideo, inmediatamente posterior a su resignación dejando sin efecto ésta, que estaba fechada el 24 de octubre de 1838,² ni entrar en la descripción del gobierno por él presidido en la Villa de la Restauración en el actual barrio de La Unión y en El Cerrito entre 1843 y 1851.³

Quiero hacer unas reflexiones sobre el sentido institucional de Oribe, su respeto visceral por las instituciones y la ley, su acatamiento a la autoridad constituida por los caminos legítimos⁴ y su concepción de la gobernabilidad –para usar palabra que hoy está de moda–, durante la presidencia de Rivera (1830-1834), mientras ejerció la presidencia de la República (1835-1838), cuando estuvo al frente del gobierno del Cerrito (1843-1851) y en los largos años en que, alejado del poder, (1851-1857), trató de ayudar a la estabilidad institucional, basada en el respeto de la Constitución de 1830, y en la continuidad de jure de los gobiernos republicanos. En aquellos años difíciles fue un factor esencial de moderación y de respaldo a los gobiernos legales de la República.⁵ Y así fue hasta su muerte, ocurrida el 12 de noviembre de 1857.

Si tuviera que resumir el juicio que Oribe me merece, diría que para mí Oribe encarna el sentido de la ley, de la organización nacional republicana, basada en el respeto de la Constitución y en la construcción de un país libre e independiente en lo internacional.

Fue un verdadero y ejemplar hombre de Estado.⁶

III

Durante la primera presidencia constitucional de la República, ejercida por el General Fructuoso Rivera, cuando aún no se habían formado los dos partidos políticos tradicionales, Oribe defendió el orden constitucional.

En 1832 cuando sus amigos lavallejistas desconocieron la autoridad de Rivera levantándose en armas, Oribe, al que merecía serios reparos la marcha del gobierno, se colocó, sin embargo, a su lado para defender el orden constitucional.

Desde entonces, respaldando al gobierno de Rivera, hasta su posterior elección a la Presidencia de la República, "aparece como el hombre de la ley".⁷

IV

1. Oribe fue elegido Presidente de la República, por unanimidad, por la Asamblea General el 1 de marzo de 1835.

Fue elegido por el gran prestigio que ya poseía. No debió su elección a la influencia de Rivera, como errónea y mal intencionadamente se ha pretendido hacer creer.⁸ Lo han probado irrefutablemente Gilberto García Selgas y Juan E. Pivel Devoto.⁹

2. El Gobierno de Oribe fue un Gobierno de orden, de estructuración estatal,¹⁰ de progreso, de afirmación nacional y de institucionalización jurídica y cultural.

Este Gobierno, legítimo y constitucional, entre 1835 y 1838, fue un gobierno fecundo y creador, tolerante y republicano, enamorado del orden y de la organización institucional, así como de la unidad territorial de la República, y de la difícil ubicación internacional de ésta, como país libre y soberano, ante una realidad subregional compleja y negativa para la afirmación de su independencia real y plena.¹¹

Veamos primero algunos extremos esenciales de la obra gubernamental, interna del segundo presidente constitucional de la República. Luego habremos de señalar su tarea internacional.

Oribe realizó el esfuerzo más coherente y sistemático hecho hasta que él accedió al Gobierno, para institucionalizar el país, asegurar la aplicación de la Constitución de 1830, imponer el orden por medio de una administración tolerante y respetuosa del

Derecho, afirmar el imperio de la ley y la aceptación de las jerarquías emanadas de la Carta Política en todo el territorio de la República.

Tarea más que difícil, en un país desorganizado, en el que el respeto del orden constitucional, severo pero justo, parecía imposible. La “incivilidad” ambiente, los intereses personales enfrentados y las fuerzas disolventes parecían hacer imposible la obra.

Pero ésta comenzó gracias a Oribe.

La organización administrativa y financiera del país comenzó realmente con el gobierno de Oribe que, sobre las bases constitucionales existentes desde 1830 inició el proceso de estructuración administrativa y financiera, en un inteligente intento de sustituir el empirismo, en parte caótico, del primer período presidencial por la aplicación de un sistema coherente y jerárquico.

La reforma militar fue emprendida con criterio gubernamental serio y sistemático, así como la reorganización, que en verdad fue creación, de la autoridad y de los cuadros militares profesionales.

La cuestión de la Comandancia General de la Campaña, verdadera segunda autoridad del país, prácticamente autónoma, que la realidad, obligó inicialmente a asignar al primer presidente, generó mil conflictos. La unidad del país, impuso su supresión. Decisión sabia en cuanto a los criterios en que se fundó, pero que generó cuestiones que incidieron en la sublevación contra Oribe y en su caída y en la tragedia de la Guerra Grande.

El principio de la política social en el Uruguay, con el embrión de lo que luego sería el régimen de jubilaciones –tan tipificante del carácter social del futuro Estado uruguayo–, tuvo en el Gobierno de Oribe su inicio con la ley de 1834 de jubilaciones civiles. Esto constituye una de sus más grandes glorias.

Oribe comprendió que el funcionamiento de una Universidad Mayor era un elemento esencial para construir el Estado. Era no sólo necesario desde el punto de vista cultural –y la cultura está en la base de la construcción de un verdadero país–, sino imprescindible para edificar un Estado, con conciencia de sus realidades y de su destino.

Por eso el decreto del 27 de mayo de 1838, cuyos considerandos se fundan en las ideas que acabamos de expresar, dispone que:

“Queda instituida y erigida la Casa de Estudios Generales establecida en esta capital con el carácter de Universidad Mayor de la República y con el goce del fuero y jurisdicción académica que por este título le compete”.¹²

Al día siguiente el Poder Ejecutivo envió a las Cámaras un proyecto de ley orgánica para la Universidad Mayor, que no pudo llegar a considerarse por la guerra civil consecuencia de la Revolución de Rivera.¹³

No fue la fundación de la Universidad Mayor en 1838 un mero acto jurídico sin consecuencias prácticas. Los cursos que se dictaron lo prueban. Su interrupción fue la consecuencia de la Guerra Civil que dividió al país. Sólo en 1849, por el decreto del 15 de julio de 1849, que cita el decreto del 27 de mayo de 1838, se reiniciaron los cursos. Pero la "inauguración" de 1849, fue sólo un acto referido a la enseñanza universitaria en la plaza sitiada en Montevideo, sin efecto en el resto del País.

Para el Uruguay reunificado luego de 1851, el proceso universitario tiene como punto clave y determinante la fundación de la Universidad Mayor por Oribe, en 1838, durante su gobierno constitucional.¹⁴

Pero la política cultural de Oribe no se limitó a la de carácter universitario. Fue también intensa, efectiva y visionaria en lo que se refiere a la enseñanza primaria e incluso al embrión de la secundaria,¹⁵ así como a los estudios extracurriculares, en el caso, para la formación y práctica de los abogados, respecto de los que puede tomarse como ejemplo, la creación de la Academia de Jurisprudencia por decreto de 11 de junio de 1838, reinstalada en el Cerrito en 1850.¹⁶

3. La apasionada y constante defensa de la soberanía del país, que caracterizó siempre a Oribe, la preocupación permanente por asegurar su independencia, su integridad y sus límites, fueron la proyección posterior de la igual pasión que lo animó para luchar por la liberación de la Patria y para poner fin a la dominación extranjera, patentizada en la Provincia Cisplatina. Su participación en la Cruzada Libertadora entre 1825 y 1828,¹⁷ constituye el antípodo de su lucha por una República independiente, libre y soberana bajo la Constitución de 1830.

En lo internacional el Gobierno de Oribe, entre 1835 y 1838, tiene una importancia histórica que es imposible desconocer.

Comprendió la necesidad de lograr la clara definición de los límites de la República, que habían quedado indefinidos en la Convención Preliminar de Paz de 1828, cuyos artículos 12 y 13, se limitaban a establecer el retiro de las tropas argentinas y brasileñas de la Provincia Oriental, de la "margen derecha del Río de la Plata o del Uruguay" y a "las fronteras del Imperio" respectivamente.

La misión de Villademoros en 1837 ante el Imperio del Brasil, se inscribió en el marco de una solución integral de los problemas precedentemente indicados, con especial referencia a los límites. No hubo intransigencia oriental, sino inflexible defensa de los derechos y de la dignidad de la República.

Las instrucciones recibidas de Oribe son un modelo de defensa del interés nacional y de la dignidad del país. La misión fracasó y no sólo por la oposición de criterios en cuanto a los límites.

En 1838 se designó una nueva misión análoga, encargándosele a José María Reyes. Tampoco concluyó exitosamente.

Como dice Pivel Devoto, el gobierno oriental, el gobierno presidido por Oribe, “persistió en su actitud de supeditar todo a la consolidación internacional del país y a la fijación de los límites”.¹⁸

Como el Brasil no tenía interés inmediato en ninguno de estos puntos las negociaciones se frustraron. Ésa fue la verdadera causa.

El gobierno de Oribe mantuvo una estricta neutralidad, que era lo que correspondía según el Derecho Internacional de la época, en la guerra civil brasileña resultado de la revolución de los farrapos en Rio Grande do Sul, así como frente a los conflictos civiles internos en las Provincias Unidas.

Tuvo plena conciencia de que era preciso políticamente, en ese momento, obtener un reconocimiento internacional formal y expreso, lo más generalizado posible, de la Independencia de la República. Y para ello estableció múltiples negociaciones, que afirmaron y adelantaron el reconocimiento internacional, jurídicamente formal, del Uruguay.

En el proceso hacia el logro de este reconocimiento, o mejor dicho de estos reconocimientos, el de nuestros vecinos, que derivaba directamente de la Convención Preliminar de Paz y el de España e Inglaterra, tenían carácter prioritario por diferentes razones, aunque este carácter no era excluyente ni exclusivo respecto de otros países.

En cuanto al de España, las negociaciones se iniciaron ya en 1835 con la Misión de Juan Francisco Giró y luego con la de Francisco Magariños, con dignidad, buena voluntad y firmeza.¹⁹ El tratado se proyectó y presentó en Madrid en 1837, pero los contactos cesaron con la caída del Gobierno de Oribe. No llegó a ser firmado.

En 1841, en plena Guerra Grande, por el gobierno sitiado de Montevideo, se firmaría por José Ellauri, el Tratado de reconocimiento. Ratificado por Uruguay en julio de 1842 no lo fue por España. Nunca entró, en consecuencia, en vigor.

En 1846 se firmó un nuevo tratado, también por las autoridades de Montevideo, que tampoco fue ratificado por España.

Habría que esperar a 1870 para la firma de un tratado de paz y reconocimiento con España. Ésta lo ratificó en 1871. Uruguay en 1882. Las ratificaciones fueron canjeadas el 9 de octubre de 1882.

España, gracias a estas gestiones iniciadas por el gobierno oriental luego de la Independencia y a otras realidades, reconoció de hecho la independencia uruguaya y mantuvo relaciones *sui generis* con el gobierno de Oribe, segundo gobierno constitucional, y luego con el gobierno del Cerrito. Esta situación atípica, sin tratado formal de reconocimiento de la independencia, pero con relaciones diplomáticas efectivas, se mantendría hasta 1882.²⁰

En lo que se refiere a las Provincias Unidas y al Imperio de Brasil, el reconocimiento de nuestra independencia, preexistente al gobierno de Oribe, se mantuvo y se consolidó con múltiples actos expresos de diversa naturaleza.

En lo que respecta a la actuación internacional del Uruguay como sujeto de Derecho Internacional, libre e independiente y a su capacidad para celebrar tratados con potencias extranjeras, en base a los artículos 81 y 14.7 de la Constitución de 1830, es útil recordar que el Gobierno de Oribe aceleró y profundizó las relaciones convencionales de la República y que durante esos años fueron múltiples los tratados negociados, firmados, aprobados y ratificados por el Uruguay con potencias extranjeras, americanas y europeas.

4. En 1835, según lo que resultaba del artículo 10 de la Convención Preliminar de Paz, la República llegaba, jurídicamente, a lograr el status de plena Independencia (“estado de perfecta y absoluta independencia”), luego de finalizar el período de cinco años en que las Provincias Unidas y el Imperio de Brasil podían intervenir para prestar el “auxilio necesario” para “mantener y sostener el gobierno legal”.

El Gobierno de Oribe festejó ese hecho, de tanta trascendencia histórica y política, con especial expresión de regocijo y de compromiso con la independencia plena. El decreto del 18 de julio de 1835 merece recordarse por la noble inspiración patriótica que lo fundamenta y por el sentimiento de fraternidad humana y de reconciliación que expresaba.²¹

V

Iniciado el sitio de Montevideo, limitado el llamado Gobierno de la Defensa al restringido espacio dentro de los muros de la ciudad, comienza el gobierno del Cerrito, presidido lógicamente por el General Manuel Oribe.

Este gobierno que se atribuyó correctamente la continuidad constitucional y, en consecuencia, la legitimidad jurídica y política, era para quienes lo integraban, defendían y acataban, la prolongación del gobierno vencido en 1838, ya que la renuncia forzada de Oribe a la primera magistratura, había sido impuesta por la violencia y la intervención extranjera, viciándola de nulidad, como lo señaló la protesta hecha en Montevideo inmediatamente después.

Era el gobierno del Cerrito el gobierno que se ejercía sobre todo el territorio de la República, con excepción de Montevideo.

Invocaba el respeto a la Constitución de 1830 y pese a que las circunstancias de hecho –el conflicto bélico existente– habían impedido –tanto en el territorio en que ejercía su autoridad como dentro de los muros de Montevideo– el cumplimiento estricto de las normas constitucionales referentes a los plazos de ejercicio de las autoridades elegidas, se había esforzado siempre por asegurar el respeto de sus principios y para lograr la integración de los Poderes de gobierno en forma acorde con lo esencial del sistema constitucional.

Existió así un Poder Ejecutivo, un Poder Legislativo, actuante y eficaz y un Poder Judicial independiente y de alto nivel técnico.

El Gobierno del Cerrito, el Gobierno que podríamos llamar de Oribe –no como expresión de un personalismo destructor de las instituciones, sino, por el contrario, resultado de un prestigio personal y de una autoridad humana, institucional y política–, hizo posible el funcionamiento de la legalidad y de las instituciones republicanas en medio de la honda crisis bélica.

Era el Gobierno de la República Oriental del Uruguay, libre e independiente, que tenía una alianza con la Confederación Argentina,²² manteniendo efectivas relaciones diplomáticas, que actuaba internacionalmente y negociaba con diversas potencias extranjeras.²³

Era un gobierno que se sentía integrante de la sociedad internacional, que profesaba una sincera y profunda solidaridad latinoamericana, que la afirmó en actos jurídicos de la más alta importancia y trascendencia histórica y política.²⁴

Fue el gobierno del Cerrito un gobierno abierto y tolerante, respetuoso de la ley, de los derechos de los ciudadanos, en lo que era posible en medio de una situación bélica condicionante.

Sin perjuicio de dar algunos ejemplos para mostrar lo que fue el Gobierno de Oribe en el Cerrito, hay que señalar desde ya que la exhaustiva documentación incluida en la magistral e insuperable obra de Mateo J. Magariños de Mello, “El Gobierno del Cerrito”,²⁵ es la mejor y más irrefutable prueba del gran gobierno civilista y republicano, que la República tuvo, fuera de Montevideo, entre 1843 y 1951.

Las Cámaras de este gobierno, reunidas en la Villa de la Restauración aprobaron, el 28 de octubre de 1846, la ley que imponía el cese de la esclavitud y del tráfico de esclavos.

Es cierto que en el Gobierno de Montevideo, años antes, se había aprobado la ley del 12 de diciembre de 1842 que disponía la abolición de la esclavitud, pero esta ley tenía más que un objetivo humanitario uno militar, ya que imponía a los emancipados la afectación al servicio militar a las órdenes de las autoridades de la ciudad sitiada por Oribe.

La ley del Gobierno del Cerrito de 1846, ajena a todo objetivo militar, y fundada en razones morales y humanitarias, constituía el complemento y la coronación del artículo 131 de la Constitución de 1830 que disponía: “En el territorio del Estado nadie nacerá ya esclavo, queda prohibida para siempre su tráfico e introducción en la República”.

La Enseñanza fue siempre una de las grandes preocupaciones de Oribe. Y desde el Cerrito prosiguió los esfuerzos iniciados como segundo Presidente constitucional, para que ésta se realizara, con efectividad –y así fue en la realidad–, en lo que se refiere a la elemental, la secundaria y la universitaria.

VI

¿Qué significó la Guerra Grande?

La interpretación de lo que fue y significó la guerra Grande ha dado lugar a interminables polémicas.

Durante largos años de pasión, el resentimiento y el sectarismo de un sector de la historiografía nacional, que contaba con el apoyo y el impulso del poder político y del sostén de fuertes influencias extranjeras, trató de mostrar la Guerra Grande como un enfrentamiento de la civilización y la barbarie, el liberalismo y la reacción, la apertura ideológica a un nacionalismo cerrado y retrógrado. Este absurdo planteamiento, refiado con todo análisis serio, terminó, abatido por el estudio hecho por las nuevas y renovadoras corrientes historiográficas. En el Uruguay es imposible olvidar la contribución eminente de Luis Alberto de Herrera, Felipe Ferreiro, Guillermo Steward Vargas y Juan E. Pivel Devoto, junto a tantos otros historiadores, en esta lucha por la verdad histórica.

No es éste el lugar de desarrollar, en base al estudio correcto de los hechos y su interpretación, la mentira de ese análisis inicial, sectario, e interesado y las razones de la verdad que hoy ya resplandece.

Sin duda la cita de lo que ha dicho al respecto Juan E. Pivel Devoto, es la mejor manera de situar hoy la cuestión y de afirmar la conclusión cierta.

Pivel ha expuesto sus ideas, que yo comparto plenamente, en varios de sus libros: en su Historia de los Partidos Políticos, en el Fin de la Guerra Grande y en su Historia de la República Oriental del Uruguay. Basta, ahora, con transcribir lo que dijo en la Historia del Uruguay.

"La Guerra Grande no fue una lucha entre la civilización y la barbarie, ni una guerra a muerte entre orientales a quienes el odio nunca llegó a dominar. No es admisible ese concepto esquemático que las propias exigencias de la guerra impusieron, pero que, a un siglo de distancia, resulta históricamente inexacto y tremadamente injusto para la mitad del pueblo oriental."

Ni el Cerrito fue la barbarie brutal, ni Montevideo un ideal absolutamente extranjero.

Desbrozado el camino que hizo posible el encuentro de los dos bandos orientales, cuya acción había sido durante años desbordada por fuerzas externas, se produjo el pacto de 1851, cuyos antecedentes y contenido destruyen la posibilidad de creer en un antagonismo tan profundo en materia ideológica, tal como se interpreta en la versión corriente".²⁶

VII

El fin de la Guerra Grande abrió una nueva etapa en la historia del Uruguay.

El recuerdo de finalización de esta Guerra, que hizo posible la vuelta a la unificación territorial de la República y el retorno a la plena vigencia de la Constitución de 1830, obliga hoy a precisar lo que esta guerra –interna e internacional– significó.

Es lo que hemos intentado señalar precedentemente. Pero es preciso agregar que la paz del 8 octubre de 1851 y el análisis del lamentable proceso cumplido en los días previos a la firma del tratado final de paz –que demostró la intransigencia y sectarismo del agonizante gobierno de la Defensa–, permitió, no obstante, salvar el principio esencial para el futuro del Uruguay estampado en su artículo 5 que establece:

“Se declara que entre todas las diferentes opiniones en que han estado divididos los Orientales, no habrá vencidos ni vencedores, pues todos deben reunirse bajo el estandarte nacional, para el bien de la patria y para defensa de sus leyes e independencia”.

Este criterio plasmado en una paz entre dos partes en un conflicto bélico interno e internacional, largo, doloroso y sangriento, constituyó la base para la posible gobernabilidad futura del Uruguay.

Y para lograr la consagración de este criterio esencial de civilidad política, Oribe, una de las partes en la paz, fue factor esencial.²⁷

Una vez más su política fue la de asegurar la posibilidad de un Gobierno constitucional de todos los orientales para todos los orientales.

VIII

Terminada la Guerra Grande se inició en 1851 el último período en la vida de Manuel Oribe, que terminaría con su muerte, el 12 de noviembre de 1857.

En este lapso, es preciso distinguir tres momentos. Los años inmediatamente posteriores a 1851, el período en que Oribe vivió en España, en Barcelona, entre 1853 y 1855, y los momentos finales, desde su retorno a Montevideo, en agosto de 1855, hasta su fallecimiento en noviembre del 57.²⁸

Pero en todos estos años se comprueba, bajo distintas formas y circunstancias, la angustia del General por las dificultades y contratiempos de la pacificación y el trabajoso y no siempre exitoso ajuste a la normalidad constitucional.

Su rectitud,²⁹ su sincero y hondo apoyo a la legitimidad fundada en la Constitución, su deseo de no hacer nada que alterara la continuidad de los gobiernos emanados del funcionamiento del sistema constitucional, fue constante.

Nada hizo para alterar o contribuir a alterar la pacífica continuidad gubernativa, pese a los odios y las venganzas que existieron respecto de él. Incluso los años de alejamiento del país entre octubre de 1853 y agosto de 1855, pueden interpretarse como expresión de la voluntad de que su persona no fuera utilizada para generar odios o agitar banderías capaces de poner en peligro la gobernabilidad, representativa y constitucional, tan frágil y alterada en esos años, gobernabilidad que siempre fue el norte de su pensamiento y de su acción.

Entre 1851 y 1853, alejado del poder, en Montevideo, y desde su Quinta, hizo todos los esfuerzos posibles para que la frágil estabilidad constitucional –y la difícil independencia de la República– se mantuvieran.

Entre 1853 y 1855 continuó esta actitud, desde España. El 21 de octubre de 1853 Oribe, embarcado en el navío “Restauración”, abandonó el puerto de Montevideo rumbo a Barcelona. Allí, en una etapa de su vida aún no estudiada suficientemente, no usó la lejanía para influir negativamente, a través de cartas o instrucciones, en la compleja e inestable situación política oriental. Todo lo contrario.

A su regreso en 1855, continuó esta invariable línea de conducta. Y así fue hasta su muerte en 1857. En estos dos años hay algunos episodios vinculados con Oribe que deben ser señalados.

En todo este lapso su pensamiento internacional estuvo dirigido, como había estado antes, entre 1838 y 1839 y entre 1842 y 1851, al objetivo de lograr la consagración de un Uruguay independiente, soberano y libre.

Su actitud de repudio y rechazo a los nefastos tratados de 1851, expuesta en estos años, es un ejemplo de la integridad y fuerza de sus ideas internacionales. Era vislumbrar la tragedia que se abatiría sobre la República en 1864, que condujo a la quema –como supremo símbolo de protesta– de los tratados, en la Plaza Independencia, por el Gobierno de Atanasio Aguirre.

El manifiesto que Oribe publicó ante las elecciones de 1857 es un ejemplo, en lo que a la política interna se refiere, de su voluntad de paz, y de efectivo gobierno constitucional.³⁰

Estas ideas de pacificación nacional y de la gobernabilidad, encontraron una necesaria consagración en el Pacto de los Generales (Oribe y Flores) del 11 de noviembre de 1855.^{31,32}

Sus últimas palabras fueron un resumen del sentido esencial de su vida: la voluntad constante de afirmar el orden basado en la legitimidad y de contribuir a asentar el gobierno constitucional.³³ Los diarios de la época, en efecto, dijeron que sus últimas palabras habían sido:

*“Que todos mis amigos rodeen al Gobierno, que no desmientan sus antecedentes de amigos de la autoridad constituida”.*³⁴

IX

Hoy es posible analizar el gobierno de Oribe, o mejor dicho los gobiernos de Oribe, y su contribución a la gobernabilidad republicana y constitucional, sin los odios y las pasiones sectarias que en el pasado, muchas veces impidieron su análisis sereno.

El monumento erigido a Oribe en Montevideo, como homenaje nacional, es una demostración del enfoque sereno con que su figura y su obra se encaran hoy.

Este análisis y esas conclusiones no tienen por qué ser iguales en todos los que lo realizan. Se comprende que haya distintos enfoques y conclusiones no totalmente coincidentes.

Es admisible que no sea siempre, para todos, absolutamente apologético. Pero no puede aceptarse, en cambio, que sea globalmente denigratorio, entrañablemente sectario y voluntariamente ciego a innegables aspectos positivos.

Yo reconozco que mi juicio positivo es el resultado de una coincidencia ideológica y política y de una comprensión histórica y humana, pero también de un análisis sereno del pasado.

Por eso, con un espíritu de comprensión y tolerancia, lo sitúo en una realidad compleja y controversial, que explica –sin justificarlos– los odios y los sectarismos que existieron y se esgrimieron contra el Fundador del Partido Blanco.

Pero lo que nadie podrá negar jamás a Oribe, es su aporte esencial a la estructuración de un país libre y soberano y a su institucionalización constitucional.

Su idea del gobierno bajo la ley y del necesario aporte de todos –cualesquiera que sean sus ideas y tendencias políticas– a la gobernabilidad de la República, de una República multipartidaria, pero gobernable, es su contribución histórica al Uruguay democrático de hoy.

Este Uruguay, el Uruguay renacido democráticamente en 1985, no sería posible sin el aporte que hizo Manuel Oribe, en su trágica, pero ejemplar, vida de ciudadano y gobernante.

Notas

1. Héctor Gros Espiell, 1849, *El Modelo Político Uruguayo. La Constitución de 1830, El Gobierno del Cerrito y el Gobierno de Montevideo*, Revista Garibaldi, N° 15, Tomo 15, Montevideo 2000.
2. Juan E. Pivel Devoto y Alcira Ranieri de Pivel Devoto, *Historia de la República Oriental del Uruguay (1830-1939)*, 2^a Edición, Editorial Medina, Montevideo 1956; Luis Alberto de Herrera, *Los Orígenes de la Guerra Grande*, Tomo I, Pág. 327, Montevideo 1941. Documentos Referentes a la Guerra Civil de 1836-1838, Publicados por Felipe Ferreiro, Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, Tomo II, N° 2, Montevideo, 1922.
3. Mateo J. Magariños de Mello, *El Gobierno del Cerrito*, Tomo I, Montevideo, 1949, Tomo II, Montevideo, 1954.
4. Gonzalo Aguirre Ramírez, *Manuel Oribe; Patriota, Libertador, Militar y Estadista*, en *La Revista Blanca*, 2^a Época, N° 1, Montevideo, 2001.

5. *Manuel Oríbe*, en Instituto Manuel Oríbe, IMO, *Conocer, Amar y Servir a la Patria*, Montevideo, pág. 2; Juan E. Pivel Devoto, *Bases del Concurso para la Erección del Monumento al Brigadier General Manuel Oríbe*, Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, Montevideo, 1963, págs. 30-31.
6. Guillermo Stewart Vargas, *Oríbe o el Drama del Hombre de Estado*, en 20 Perfiles Significativos de la Historia Nacional, Ensayos, Montevideo, 1962, págs. 15-56.
7. Juan E. Pivel Devoto, op. cit., pág. 21.
8. Lo afirmado al respecto por Rivera y por Andrés Lamas es absolutamente falso, como lo han demostrado Pivel Devoto (Juan E. Pivel Devoto y Alcira Ranieri de Pivel Devoto, op. cit, págs. 74 y 75) y García Selgas.
9. Gilberto García Selgas, *La Elección Presidencial de Don Manuel Oríbe*, Peña y Cía, Montevideo, 1935.
10. Mario Andrés Raineri, *Oríbe y el Estado Nacional*, Montevideo, 1960.
11. Felipe Ferreiro, *Oríbe en la Historia Diplomática de la República*.
12. Felipe Ferreiro, *La Fundación de la Universidad de Montevideo*; Ágape Luis Palomeque, *El Partido Nacional en la Forja de la Cultura*, Montevideo, 1988, págs. 131-149 y 251-253; Jorge Pelfort, *Oríbe precursor de nuestra educación*, Montevideo, 1986; Aquiles B. Oríbe, *La Fundación de la Universidad y de la Academia de Jurisprudencia*, El Siglo Ilustrado, Montevideo.
13. Breve Historia de la Universidad de la República, Universidad de la República, Montevideo, 1989.
14. Augusto Durán Martínez, *En Torno a los 165 Años de la Enseñanza Universitaria del Derecho*, Patria, Montevideo, 26 de octubre de 2001; Augusto Durán Martínez, *La Enseñanza Universitaria y el Partido Nacional*, La Revista Blanca, Segunda Época, Nº II, Montevideo, 2001; C.A. Roca, *Proceso Fundacional de la Universidad Mayor de la República*, Formación de la Universidad, en C.A. Roca, *Temas de Historia del Derecho*, Universidad Católica del Uruguay, Montevideo, 1992.
15. Felipe Ferreiro, *La Fundación de la Universidad de Montevideo*, cit.
16. Luis M^a Delio Machado, *La Academia de Jurisprudencia de la República Oriental del Uruguay*, Revista de la Facultad de Derecho, Universidad de la República N° 19, Montevideo, 2001.
17. Felipe Ferreiro, *Oríbe y la Cruzada de los Treinta y Tres*, La Democracia, Montevideo, 28 de abril de 1930, reproducido en folleto, editado en la Imprenta "El Siglo Ilustrado", Montevideo, con el mismo título, en 1935.
18. Juan E. Pivel Devoto y Alcira Ranieri, *Historia*, cit., págs. 83, 84 y 85.
19. Bárbara Díaz, *España y Uruguay en el Siglo XIX: Relaciones Bilaterales*, Montevideo, 2000, Inédita, Capítulo II, B.
20. Bárbara Díaz, *España y Uruguay en el Siglo XIX*, cit., D, *La Diplomacia Española en la Guerra Grande*.
21. Este decreto dice así:
"Montevideo, Julio 18 de 1835:
Preparando el día en que la República entra al goce de la plena y perfecta independencia, una nueva época a las glorias del pueblo Oriental, debe considerarse también como el término de las desgracias de los hijos de la Patria que contribuyeron a dársela, deseando, por tanto, acreditar el Gobierno que servicios de esta naturaleza no sean relegados a un olvido perpetuo; ha acordado en Consejo de Ministros, y
Decreta:
Art. 1. Todos los ciudadanos emigrados del territorio de la República por los sucesos políticos de los meses de Junio y Julio de 1832 y subsiguientes, pueden libremente volver a él, manifestando su voluntad de hacerlo por medio de una representación que dirigirán al Gobierno".
22. Felipe Ferreiro, *Oríbe y Rosas Ante la Historia*, en "El País", Montevideo.
23. Héctor Gros Espiell, *Una Negociación Diplomática en 1848*; Héctor Gros Espiell, *Un Diplomático Francés en Montevideo, Jean Baptiste Louis, Baron de Gros*, ambos en Temas Internacionales, Editorial Melibea, Montevideo, 2001, págs. 305 y 309.

24. Luis Alberto de Herrera, *Gran Nota de la Cancillería Oribita*, en Orígenes de la Guerra Grande, Montevideo, 1941, págs. 385-388; Felipe Ferreiro, *Un Antecedente de la Doctrina de la Solidaridad Americana*, en Estudios Históricos e Internacionales, Montevideo, 1989, Ministerio de Relaciones Exteriores; Héctor Gros Espiell, *Oribe y la Solidaridad Americana*, en De Diplomacia e Historia, 2^a Edición, Montevideo, 1989, págs. 177-180; Bárbara Díaz, *España y Uruguay en el Siglo XIX: Relaciones Bilaterales (1834-1882)*, Inédito.
25. Mateo J. Magariños de Mello, *El Gobierno del Cerrito*.
26. Juan E. Pivel Devoto y Alcira Ranieri, *Historia*, cit, págs. 173-174.
27. Héctor Gros Espiell, *Andrés Lamas Diplomático*, Conferencia Dictada en el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay el 10 de diciembre de 1991 (publicada en folleto, editado en 1992, e incluida en "Temas Internacionales"), Editorial Melibea, Montevideo 2001, páginas 167-199; Juan E. Pivel Devoto, *El Fin de la Guerra Grande*, Montevideo, 1953, pág. 32.
28. Sobre la vida de Oribe entre 1851 y 1857, el trabajo de Elisa Silva Cazet, *Manuel Oribe, Contribución al Estudio de su Vida (1851-1857)*, constituye el texto fundamental de necesaria lectura. Fue publicado en la Revista Histórica, Publicación del Museo Histórico Nacional, Año LXIV (2^a Época, Tomo XLI, Nº 121-123, Montevideo, 1970). Lamentablemente la segunda parte, hasta 1857, no fue nunca publicada.
29. Felipe Ferreiro, *Oribe o la Rectitud*; Jorge Pelfort, *Semblanza de Oribe*, Montevideo, 1992.
30. El Manifiesto que dio a sus conciudadanos antes de las elecciones de 1857 dice así:

"En la unión de todos los orientales está cifrado el porvenir de la República. Los representantes del pueblo que vengan en este mes, tienen una gran misión que cumplir. El examen de los tratados con el Brasil, cuya discusión ha suspendido la disolución del Cuerpo Legislativo, requiere un contingente de patriotismo, de saber, y, sobre todo, de ese puro sentimiento de independencia y libertad, que sostiene el escudo de nuestras armas. Trabajará, pues, porque ese patriotismo y ese saber, en aras de la unión de todos, sea la expresión de las próximas elecciones" (Julio César Vignale, Oribe, Fundador del Partido Blanco, Directorio del Partido Nacional, Montevideo, 1950, pág. 12).

31. Hoy es necesario leer, comprender y valorar este Pacto y el Programa anexo, ejemplo de renunciamiento y grandeza por parte de Oribe. Expresa lo siguiente:

"La desgraciada situación en que se halla la República proviene de la discordia que incesantemente la ha conmovido desde los primeros días de nuestra existencia política. La desunión ha sido y es la causa permanente de nuestros males, y es preciso que ella cese, antes de que nuevas convulsiones completen la ruina del Estado, extinguiéndose nuestra vacilante nacionalidad.

Mientras existan en el país los partidos que los dividen, el fuego de la discordia se conservará oculto en su seno, pronto a inflamarse con el menor soplo que lo agite. El orden público estará siempre amenazado y expuesta la República al terrible flagelo de la guerra civil, que ya no puede sufrir, sin riesgo de su disolución para caer bajo el yugo extranjero.

En esta inteligencia, persuadidos de que una de las causas que más contribuye a agravar la situación del país procede de las miras e intereses encontrados de esos partidos, en los momentos mismos en que convendría uniformar la opinión pública acerca de la persona que deba ser llamada a presidir los destinos de la nación, desde el 1 de marzo próximo: los brigadier general don Manuel Oribe y don Venancio Flores, deseosos de evitar a sus conciudadanos todo motivo de desinteligencia, por la suposición de aspiraciones o pretensiones personales, que se hallan exentos, declaran por su parte de la manera más solemne, que renuncian a la candidatura de la Presidencia del Estado. En este concepto invitan a todos sus compatriotas a unirse, en el supremo interés de la Patria, para formar un solo partido de la familia Oriental adhiriendo al siguiente:

Programa:

Artículo 1º. Trabajar en la extinción de los odios que hayan dejado nuestras pasadas disensiones, sepultando en perpetuo olvido los actos ejercidos bajo su funesta influencia.

Art . 2º. Observar con fidelidad la Constitución del Estado.

*Art. 3º Obedecer y respetar al Gobierno que la nación eligiera por medio de sus legítimos representantes.
Art. 4º Sostener la independencia e integridad de la República, consagrando a su defensa hasta el último momento de la existencia.*

Art. 5º Trabajar en el fomento y adelanto de la educación del pueblo, y en las mejoras materiales del país.

Art. 6º Sostener, por medio de la prensa, la causa de los principios y de las luces, discutiendo las materias de interés general, y propender a la marcha progresiva del espíritu público, para radicar en el pueblo la adhesión al orden y a las instituciones, a fin de extirpar por este medio el germen de la anarquía y el sistema de caudillaje".

32. Washington Reyes Abadie ha comentado, con corrección, este documento. Ha dicho:

"*El programa de los caudillos no era, sin embargo, una fusión con extinción de la viejas divisas populares: era, simplemente, un generoso programa de concordia para realizar la tarea común de consolidar la independencia y reafirmar las instituciones*" (Breve Historia del Partido Nacional, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1989, pág. 41).

Véanse los atinados comentarios sobre este Pacto, de Jorge Pelfort en su artículo "Aniversario del Nacimiento de Oribe, El Hombre del Destino y la Cisplatina que no fue", Patria, Montevideo, 24 de agosto de 2000, págs. 14 y 15.

33. Elisa Silva de Cazet, *Oribe, Defensor de las Instituciones*.

34. José de Torres Wilson, *Oribe, El Drama del Estado Oriental*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1976, pág. 102; Edmundo J. Favaro, *El Brigadier General Don Manuel Oribe*, Conferencia Leída en la Casa del Partido el 24 de mayo de 1934, Directorio del Partido Nacional, Montevideo, 1937, págs. 37-38.

LOS ITALIANOS EN EL PROCESO DE FORMACIÓN DE LA SOCIEDAD COLONIAL DEL URUGUAY

Mario Dotta

I. Introducción

En una percepción subjetiva y bastante común podría concluirse en la poca importancia de la presencia italiana en la inmigración del siglo XVIII en la Banda Oriental y aun en el Río de la Plata. Sin embargo esa creencia no explica la presencia de muchos apellidos de ese origen aun en hombres destacados durante el coloniaje y en las gestas de independencia.

Apenas se nombran sin precisar sus orígenes apellidos como Castelli, Belgrano, Burgues, Crosa, Trápani, etc. en una postura desdeñosa de lo originado en otros ámbitos que no fueran los hispánicos y desconociendo que las etnias italianas también estuvieron –aunque en franca minoría– en la génesis de la familia uruguaya.

Debe tenerse en cuenta que cuando nos referimos a Italia en el siglo XVIII lo hacemos respecto a un conjunto de Estados independientes entre sí, a una cultura paradigmática en Europa, a un idioma, a una tradición histórica muy antigua, a una unidad perdida a manos extranjeras por decadencia y debilidad. Se deberá esperar hasta el siglo XIX para que surja el Risorgimento –nombre ilustrativo si los hay– que anude todas las voluntades que, desde el Renacimiento, ya habían expresado su vocación de unidad.

En el siglo XVIII hacía tres siglos que Francia y España habían conquistado su unidad y consolidado una nacionalidad y junto con ella esa psicología colectiva de gran potencia y de nacionalismo agresivo que hizo de Italia y de otros países campo de lucha para sus respectivas ambiciones.

País desmembrado de población en alza y de pocos recursos, Italia era tierra de emigraciones. Algunas internas y temporarias, otras externas y temporarias, las hubo externas y permanentes en el marco europeo; por último las transoceánicas. Como Italia carecía de colonias era común que los jóvenes, buscando nuevos horizontes, se alistaran en los ejércitos extranjeros; pero sobre todo en el español por la relación existente entre ambos países que hacía fácil al italiano, una vez convertido en soldado, el pasaje para América.

Por otra parte el advenimiento de la dinastía de los Borbones en España va a ligar a esta nación más fuertemente a Francia y a gran parte de Italia, pues al sur el reino de Nápoles también pertenecía a esa familia de reyes, y en el norte del país existían coetáneamente posesiones españolas formando lo que se llamó por su concertación internacional y por su poderío, el triángulo borbónico.

El comercio era otro de los veneros de esta inmigración. No olvidemos la importancia comercial que había tenido el comercio italiano en España; primero en Sevilla y luego en Cádiz en el que se establecían definitivamente comerciantes italianos cuya descendencia pasaba a ser española.

Era también tradicional –desde Colón, Vespucio y Gaboto– la presencia de marinos italianos en el sistema de navegación español lo que se detectaba en puertos y navíos.

Por todo lo expresado no debe pues sorprender la presencia italiana en la Banda Oriental ya que, aunque minoritaria, la encontramos incrustada en el génesis de la familia uruguaya. Detectamos una actitud generalizada en los soldados jóvenes a contraer matrimonio en Montevideo –algunos apenas llegados– lo que nos impulsa a suponer que el uniforme de soldado no encubría para muchos una verdadera vocación militar sino al colono inmigrante, que venía a un medio más generoso que el de su país de origen.

II. Fuentes y método

La fuente empleada fue la obra de Juan Alejandro Apolant “*Génesis de la familia uruguaya*”, por lo que se considera lo allí consignado como material que sirve para una constatación aproximada; el autor detecta la falta de documentación extraviada o desaparecida definitivamente y no cuentan en esa enumeración los inmigrantes indocumentados que dada la costumbre ancestral de traslado ilegal o deserción, a los que se unía la atracción de un campo provisto de sustento, estimula la suposición de una existencia mayor de inmigrantes de los que no existe verificación.

El método empleado consistió en la búsqueda más o menos minuciosa en los índices alfabéticos rastreando los diferentes apellidos, su descendencia y ramificaciones, comprobando la existencia de una inmigración italiana que –viniendo como soldados o comerciantes– se arraigó y se entroncó con familias de origen español y otro número de italianos que pasaron como soldados a Buenos Aires y otros territorios de la Gobernación o Virreinato –según las épocas– y de los cuales no sabemos qué ocurrió con ellos, aunque suponemos que pudieron arraigarse, como ocurrió aquí, en sus nuevos destinos. Por último un número no demasiado numeroso prefirió regresar a Europa.

III. Inmigrantes italianos en la época colonial uruguaya

3.1 - *Aicardo, Pablo*, nacido en Canderco, Reino de Cerdeña en 1733, se casó en Buenos Aires en 1760 con Agustina Rosa de Sosa.¹ Aicardo era artesano carpintero y una hija del matrimonio (Petrona Paula Aicardo) casada con un piamontés (Antonio Bonorino Moreno) en Buenos Aires, pasó a residir en Montevideo donde bautizaron a 7 hijos¹. Agustina Rosa de Sosa era hija del primer matrimonio de su padre Fernando Sosa con una parda esclava con la que había contraído matrimonio³, lo que ilustra sobre el cruzamiento de razas y etnias, proceso permanente en estos países.

3.2 - *Auberti* (o *Uberty* ?), *Domingo*, nacido en la ciudad de Coni, Obispado de Mondovi, Piamonte hacia 1734.² Arribó al Río de la Plata como Cabo de Escuadra en la Leva de Cevallos de 1756 en la que venían 300 soldados de tropa extranjera de los cuales una parte eran italianos.³ A poco de su llegada, en 1757, Auberti contrae matrimonio con María Josefa de los Reyes, oriunda de Buenos Aires. En noviembre de 1760 se le sometió a proceso acusado de haber herido de muerte a causa de celos por su mujer al soldado Teodoro Díaz. En el expediente del proceso⁴ se dan sus datos físicos: cara redonda, picada de viruelas, nariz puntiroma, ojos pardos, cabellos, cejas y barba castaños. También se informa de su trayectoria: desde 1750 revistaba en el Regimiento de Nápoles y en 1753 había pasado como sargento a las compañías francas de extranjeros. El hecho de sangre tenía antecedentes ya que se habían detectado refriegas entre Auberti y Díaz quien había visitado asiduamente la casa de aquél durante sus ausencias y ya el Cap. Francisco Gorriti había encarcelado a Teodoro Díaz –hombre con antecedentes violentos– en una ocasión anterior, enviándolo luego a Maldonado “por el escándalo con la mujer de Uberty (sic)”. Después del hecho Auberti se refugió en el hospicio de San Francisco, desapareciendo también su mujer. Recién luego de la sentencia a fines de ese año se presentó para notificarse de su sentencia: un año de trabajo en las Reales Obras de la Plaza a ración y sin sueldo “y cumpliendo el año vuelva a servir de soldado en su compañía y sin limitación”.⁵ En 1762 Auberti firma en un presupuesto de las obras de fortificación como sacristán con un sueldo de 2 pesos por mes.⁶ En abril de 1763 ya es nuevamente Cabo. Ese año vende un terreno con casa construida por él. No se documentaron hijos, suponiéndose que no tuvo descendencia.

3.3 - *Badal, Lucas*, nacido en la ciudad de Mesina –Sicilia– hacia los primeros años –según Apolant– de la década de los 40, posiblemente en 1742. El Padrón Aldecoa (1772-73) lo censa en una casa de Francisco de Alzáibar casado con María Rosa Gómez de Mesa, viuda de Juan Francisco Hernández –todos de Buenos Aires– y con 6 hijos, 4 del primer matrimonio de María Rosa y 2 del segundo con Badal.⁷ El matrimonio

Badal-Gómez bautizó luego 5 hijos en Montevideo: en agosto de 1773, en julio de 1775 (mellizos), en diciembre de 1777 y un último en marzo de 1780, contribuyendo a la gestación de una población en que estuvieron presentes las etnias itálicas. También se consigna que era socio de otro italiano de oficio bodegonero de lo que puede deducirse que se ganaba la vida como figonero. Muere intestado y de repente el 15 de abril de 1787 de 45 años de edad aproximada.⁸

3.4 - *Bando, Antonio*, nacido en Lusinasco, jurisdicción de la ciudad de Onella en el Reino de Cerdeña, contrajo matrimonio en Montevideo con María Petrona Marín y Miranda el 7/11/1803. De esta unión nacieron tres hijos: en 1805 María Juana, en 1809 José, otro hijo que no se registró en Montevideo y Antonia Lorenza en 1814, luego de la cual no se registraron más hijos en los libros de la catedral.⁹

3.5 - *Bartolini, José*, oriundo de Roma, vino al Río de la Plata con la leva de Cevallos de 1756. En 1758 aparece como testigo del casamiento de Antonio Fagiani con María Mascareñas, revistando como soldado de la Compañía del Cap. Dn. Pedro Simonete. En ese momento tenía 31 años de edad. En 1763 es testigo de casamiento de Joseph Piserna, también natural de Roma, con Justa González Artigas. En ese entonces revista con 36 años de edad como soldado de la Compañía del Cap. Dn. Carlos de O'Hara. Sólo figura en estos certificados de casamientos y puede suponerse que siguió su destino de soldado fuera de Montevideo. Su actuación nos ilustra sobre la natural disposición de un sector de italianos de transformarse en inmigrantes, establecerse en el país y casarse con mujeres del mismo.

3.6 - *Bianqui (Bianchi), Juan Domingo*,¹⁰ nace hacia 1734 en la villa de Nobi, Obispado de Tortosa, Lombardía, República de Génova. Con él estamos aparentemente con un militar vocacional. En 1753 se alista como soldado, en 1758 ya es cabo, en 1760 sargento 2º, en 1767 sargento 1º, en 1780 Subteniente del Regimiento Fijo de Buenos Aires por Real Orden emitida en Aranjuez,¹¹ en 1789 Subteniente de Granaderos y en 1791 Teniente de Granaderos. En noviembre de 1757 –a un año de su llegada– contrae matrimonio con María Josefa Bertelar en Buenos Aires. Los hijos supervivientes de este matrimonio fueron 6 de los cuales 3 en Buenos Aires: en 1761 Bartolomé Domingo, en 1763 María Jacinta y en 1768 Jerónimo Pío (de conocida actuación política posterior); y en Montevideo: 1779 Juan José, en 1785 José Antonio y en 1788 María Micaela.¹² Éstos son los hijos que figuran en el momento de testar –3/11/1791– existiendo otros como Fray Gregorio Agustín religioso mercedario que habían fallecido. Cabe destacar que la esposa de Juan Domingo Bianchi, María Josefa Bertelar era hija de un genovés, Antonio Bertelar oriundo del puerto de Especia, Obispado de Sarsana, Génova que pudo haber venido al Río de la Plata en 1736 con el Regimiento de

Cantabria adoptando posteriormente la profesión de zapatero; estaba casado con Andrea de la Vega de la ciudad de Buenos Aires, madre de María Josefa.

De los hijos del matrimonio Bianchi-Bertelar, Bartolomé Domingo actuó en Montevideo en la última década del siglo XVIII como Escribano de S.M. (Escribano y Notario Público de las Indias y Tierra Firme del mar-océano, extendido en San Lorenzo el Real del 13/10/1792). En 1810 se remató la Escribanía de la Aduana de Montevideo de la que había sido escribano interino, siendo favorecido por Vigodet. En 1814 solicita el título definitivo a Madrid.¹³

Otra de las hijas del matrimonio lo fue María Jacinta que contrae matrimonio en 1782 en Montevideo con Jacinto Acuña de Figueroa de cuya unión nacerá el 3/9/1791 *Francisco Acuña de Figueroa y Bianqui* autor del himno patrio del Uruguay.¹⁴

El más conocido vástagos de Juan Domingo Bianchi y María Josefa Bertelar es *Gerónimo Pío Bianqui y Bertelar*, nacido el 11 de julio de 1768 –aunque anotado en Bs. As.– en el Real de San Carlos. Contrajo matrimonio con Ana de la O Catalán, natural de Buenos Aires, viuda de Juan Ignacio Martínez el 17/3/1808, él de 40 años y ella de 52 años ya que Ana de la O muere en 1828 con 72 años de edad y Gerónimo Pío sin descendencia en junio de 1835 cuando no había cumplido aún los 67 años.¹⁵

De los otros hijos, Juan José Bianqui y Bertelar que habla nacido –como lo ya consignado– en Montevideo, cadete del Regimiento de Infantería de Buenos Aires en 1791, fue nombrado Subteniente de Bandera del mismo regimiento en 1801, y aparentemente murió soltero.¹⁶

También de los nacidos en Montevideo, José Antonio Bianqui y Bertelar fue militar. En 1797 con 12 años ingresa como cadete del Regimiento de Infantería de Buenos Aires, Subteniente en 1808 y en 1814 Capitán del 1^{er} Escuadrón de los Dragones de la Patria. Contrae matrimonio en Buenos Aires en 1816 con Ana Rella.¹⁷

Por último María Micaela Bianqui y Bertelar que había nacido en Montevideo en 1788, contrajo matrimonio en 1819 con el más tarde *General Casto José Cáceres y Burgos*.¹⁸

3.7 - *Blanco, Felipe*, nacido en Génova hacia 1747. Aparece en el Padrón Aldecoa (242) como jornalero, soltero, de 26 años “arrimado” a la casa de Manuel Francisco Bermúdez.¹⁹

3.8 - *Bonorino Moreno, Antonio*, nacido en la Villa de Malaré, Principado de Piemonte hacia 1750, contrae matrimonio en 1777 en Buenos Aires con Petrona Paula Aicardo (ver 3.1) hija de Pablo Aicardo quien fallece en Montevideo en 1794 dejando 3 hijos: Esteban, Luisa y Ciriaca. Esteban revista como Sargento Mayor del primer tercio nacional y llegó a coronel, Luisa se casó con el teniente Rafael Pérez del Regimiento N° 9, Ciriaca se casó con el italiano Carlos Celone. El viudo Antonio

Bonorino se casó en segundas nupcias en Montevideo en 1800 con Juana Benita Pérez y entre 1801 y 1812 bautiza 10 hijos de los cuales sobreviven 7: Manuela, Ignacia, Juana Rosa, Dominga, Carlota, Antonio y Pedro. Antonio Bonorino fallece en 1814, luego de una vida de aparente prosperidad en el comercio con negocios en Buenos Aires, Maldonado y San Carlos.²⁰

3.9 - *Borgiño, Luis*, nacido en Génova hacia 1781, establecido en Montevideo desde 1811, contraído matrimonio en 1826 con María Eusebia Blanco, hermana del Constituyente *Silvestre Blanco* que fue, por lo tanto cuñado de Borgiño.²¹ Posiblemente su apellido original fuera Borgigno.

3.10 - *Burgues, Jorge*, nacido en Génova hacia 1691 marcaba presencia en Montevideo desde la segunda mitad de 1724, pero aún solo. Aparece en el Padrón Millán de 1726.²² Había ya contraído matrimonio en Buenos Aires en la década precedente con María Martina Carrasco del que tuvieron hijos: María Antonia hacia 1720, Margarita en 1722, Basilio en 1723, María Martina en 1727. Primer poblador civil de Montevideo, ya había solicitado en 1723 junto con su concuñado José González de Melo ser admitido con su familia en la población de Montevideo²³ y en 1724 Burgues obtuvo del Gobernador Zabala autorización para exportar sebo y grasa a Buenos Aires. En noviembre de 1724 reclamó privilegio de poblador. Es posible que él –aunque solo– pasara largas temporadas de trabajo en Montevideo. Según Apolant, estuvo "...sólo para hacer algo de corambre, grasa y sebo en la península y muy probablemente para 'reconocer el terreno', pero que volvió después de cierto tiempo a Buenos Aires...".²⁴ En 1725 alistándose ratifica su voluntad de ser poblador de Montevideo. Es lo más probable que la familia Burgues se haya trasladado a Montevideo recién a fines de 1726 aunque la casa la había construido ya a fines de 1725 o principios de 1726. En el primer reparto de solares Millán le otorgó una cuadra entera inmediata a la de Juan Antonio Artigas, que luego dividió para hacer lugar a sus yernos Francisco Pagola y Melchor Colman con 1/4 de manzana a cada uno.²⁵ La casa construida por Burgues era de paredes de piedra y techo de tejas y sería de hecho la más confortable de Montevideo, habida cuenta de la solicitud de Zabala para que diera alojamiento a dos regidores de Buenos Aires que venían a pactar con los indios minuanes,²⁶ casa que ya estaba arruinada cuando Burgues hace su testamento en 1768. En marzo de 1727, durante el reparto de chacras en el Miguelete, recibió una de 400 varas de frente, propiedad confirmada en el segundo reparto de 1730. En esa fecha recibió también una "suerte de estancia" sobre el Arroyo Pando. En enero de 1730 integra como Alférez reformado –lo que nos hace pensar en que pudo arribar al Río de la Plata como soldado– la Compañía de Caballos Corazas formada por Zabala. Formó parte del Primer Cabildo nombrado por Zabala en 1730 como Depositario General pasando de allí en más a

ocupar cargos espectables: Procurador General en 1733 y 1755 y Alcalde de 2º Voto en 1741. En 1755 además de Procurador General se le nombró Fiel Ejecutor en sustitución de José Milán, después de haber sido declarado éste inhabilitado para “empleos honoríficos”, debido a un informe presuntivo y en definitiva calumnioso contra el Cap. Dn. José Gómez desde el cargo de Alférez Real que detentaba en 1749, lo que nos informa del elevado concepto en que se tenía a Burgues.²⁷ Hijos del matrimonio Burgues-Carrasco en Montevideo: en 1729 Juan José, en 1732 Roque, en 1736 Rosa Agustina.

El 8/2/1739 fallece la esposa de Burgues, María Martina Carrasco y el 20/7/1739, antes de seis meses, vuelve a contraer matrimonio con Agustina Pérez Bravo de 15 años de edad cuando Jorge Burgues rondaba los 50, si los datos consignados en Apolant no tienen error.²⁸ De este matrimonio nacieron: en 1742 Manuel Felipe, hacia 1744 Pedro Ignacio y en 1746 Silvestre.

En el Padrón de 1751 su fortuna estaba disminuida figurando como bienes existentes sólo casa y sitio, chacra y un esclavo; la estancia había sido saqueada por la delincuencia rural y las arreadas del comandante de la Plaza Dn Santos de Uriarte, lo que lo obligó a traer los pocos animales restantes a Montevideo donde los procreó, pudiendo entonces poblar la estancia que poseía sobre el Arroyo Canelón 2º. En 1753 solicita el ingreso a la V.O.T. (Venerable Orden Terciaria de San Francisco), volviendo a hacer profesión de fe genovesa respecto de su nacimiento, declarando ser hijo legítimo de Felipe Burgues y de Ana Posansa naturales de la villa de Rapallo, Obispado de Sarsana.²⁹ Apolant opina que Burgues podría haber sido la castellanización de “Burghese o Borghese u otra forma italiana”.³⁰ Luego del fallecimiento de Burgues –lo más probable a fines de 1766– se produce un litigio entre los hijos del primer matrimonio y los del segundo, llegándose a una solución amigable en marzo de 1780. Su descendencia se esparció por la campaña, Buenos Aires y Montevideo. Roque, hijo de su primer matrimonio que quedó soltero residió en la chacra del Miguelete y fue Alcalde de la Santa Hermandad. El esposo de su hija Martina, el carpintero de Rivera *Francisco Pagola* tuvo también destacada actuación política: Alguacil Mayor en 1744, Fiel Ejecutor en 1748, 1751, 1759 y 1765, Alcalde de 1º Voto y Alférez Real en 1756.³¹

Por lo que antecede puede apreciarse que la sociedad colonial tenía sus resquicios por donde un extranjero destacado y con espíritu de trabajo podía abrirse camino.

3.11 - *Caballi, José*, de Piamonte, Teniente 1º del Real Cuerpo de Ingenieros Reales, llegó en 1817 con los Voluntarios Reales y al año siguiente contrajo matrimonio con una montevideana, María Juliana Calvo y Gutiérrez. Se desconocen otros datos y proyecciones posteriores.³²

3.12 - *Caire, Carlos Manuel*, nacido en Barchi, Piamonte hacia 1731, soldado, arribó con la Leva de Cevallos de 1756 y contrajo matrimonio en 1761 con María Josepha Rada de Montevideo. De este matrimonio nació en 1762 Carlos Eugenio Caire Rada a quien en 1783 se le hizo causa por jugador y sin oficio, nombrándosele un curador por ser menor de 25 años. Se carece de más datos.³³

3.13 - *Carmelino, Juan*, nacido en Génova hacia 1723. Aparece en el Padrón Aldecoa como de 50 años, pulpero alquilando totalmente un cuarto.³⁴

3.14 - *Celone, Carlos*, natural de Rívoli, Departamento del Po, contrajo matrimonio en 1811 con Ciriaca Bonorino Aicardo y de dicha unión surge descendencia en Argentina. Todavía en 1827 bautiza a una hija en Buenos Aires.³⁵

3.15 - *Cioca, José*, nacido en la ciudad de Como en los Estados de Milán hacia 1750. En la época del Padrón Aldecoa figura como pulpero en una esquina de la ciudad. En 1774 se casó con María Crescencia Ortiz, natural de Las Víboras. Se desconocen más datos.³⁶

3.16 - *Conte, Lorenzo*, oriundo de San Nicolás de Castelucio (sic), Reino de Nápoles, residente en Montevideo desde 1807 contrae matrimonio en 1812 con María Dionisia Fagiani y Milán desconociéndose otros datos.³⁷

3.17 - *Contucci, Felipe*, natural de Florencia, hijo legítimo de Francisco de Silva Feles y de Natalia Contucci. El suscripto no tiene datos de por qué usaba el apellido materno caracterizadamente italiano, pero puede suponerse que al ser su padre portugués antepusiera el apellido de su madre. Estuvo al servicio de la princesa Carlota Joaquina instalada en la Corte de Rio de Janeiro luego que la misma se trasladó al Brasil luego de la invasión napoleónica. Contrajo matrimonio en 1805 con María Josefa Oribe y Viana nieta del Gobernador José Joaquín de Viana. La hija del matrimonio Agustina Contucci y Oribe contrajo a su vez matrimonio en 1829 con su tío *Manuel Ceferino Oribe y Viana*, para lo cual hubo que obtener la dispensa de 1º con 2º grado por proximidad de parentesco.³⁸

3.18 - *Corso, Miguel*, nació entre 1723 y 1727 en la Villa de Celle, Obispado de Savona, República de Génova. Había arribado en el navío "Polonio" naufragado en la cercanía de Castillos en 1753. Al año siguiente –marzo de 1754– contrae matrimonio con Ana María Errada (o Rada). En 1761 figura entre los integrantes de la Compañía de vecinos.³⁹ El Censo de 1769 lo menciona viviendo solo; este hecho tiene relación con el que, Ana María Errada en mayo de 1765 estaba presa en la Ciudadela en relación

con la muerte de un oficial de la tropa de Buenos Aires, pasando a esta ciudad en julio de ese año.⁴⁰ Es por ello que Miguel Corso figura todavía viviendo solo en el Censo de 1769. En el Padrón Aldecoa –1772/73–figura en una “casa de inquilinos”,⁴¹ “vecino, casado, sin hijos; no hace vida con su mujer; de edad de 65 años. Sargento de artillería”.⁴² Apolant sostiene que la edad que le atribuyó el Padrón Aldecoa está equivocada.⁴³ Antes de 1780 se trasladó a Buenos Aires donde debió fallecer antes de 1796. Su mujer Ana María Errada era tía de Pedro Ignacio Rovere.

3.19 - *Crosa, Juan Bautista*, natural de Pinerolo, Piamonte en fecha que ignoramos aunque podríamos deducir por la edad consignada en el Padrón Aldecoa que fue hacia 1730. Llega al Río de la Plata en mayo de 1765 como Pífano 1º del Regimiento de Mallorca,⁴⁴ acompañado de su mujer –Francisca Pérez Bracaman– y de un hijo, Juan Antonio Crosa.⁴⁵ El Censo de 1769 lo registra con su mujer y una esclava existiendo entonces la posibilidad que el hijo Juan Antonio fuera muerto no encontrándose otra alusión al mismo que su mención al embarcarse el Regimiento de Mallorca en El Ferrol.⁴⁶ Figura en el Padrón Aldecoa (1772/73) entre los moradores del pueblo viviendo en una casa del Ing. Francisco Rodríguez Cardoso, con tres hijos de menor edad de profesión pulpero.⁴⁷ Antes de abril de 1772 promovió una “limpieza de sangre” por lo cual, el Alcalde de Pinerolo (Piamonte) le extendió en italiano (“a Giambatista Crosa”) el documento requerido el 19/11/1774. En él se certifica que es hijo del abogado Francisco Crosa “cuya familia desde tiempo que sobrepasa toda memoria de hombre, ha vivido siempre civilmente y ha sido contada siempre entre las de mayor distinción”.⁴⁸ Juan Bautista Crosa se había ido de su pueblo –Pinerolo– en 1751.

El apodo “Peñarol” surge de una escritura de junio de 1775 cuando “Juan Bautista Crosa, alias Peñarol” compró una suerte de chacra sobre el Miguelete.⁴⁹ Juan Bautista Crosa falleció en Peñarol –lugar al que le legó su apelativo– el 19 de mayo de 1790 como se lee en la lápida de su tumba entre las ruinas de la derruida capilla de las Angustias de Peñarol.⁵⁰ Su viuda Francisca Pérez Bracamán murió en Las Piedras el 31/12/1810. De los hijos del matrimonio nace en Montevideo (aunque no se halló la Partida) hacia 1776 Juan Francisco Crosa –al que también se apodó “Peñarol”– que contraerá matrimonio con Gertrudis Iluz en 1797 y que se establecerá en Cerro Largo. Otro de sus hijos Narciso Crosa cuya Partida de nacimiento no figura en Montevideo, contraerá matrimonio en Minas en 1801 con María Petrona Artigas, hija legítima de José Antonio Artigas y de Tomasa López y prima hermana del Gral. José Gervasio Artigas.⁵¹

3.20 - *Díaz Antecheli, Juan*, natural de Parma (Italia), hijo legítimo de José Díaz y Antonia Antecheli, contrae matrimonio con Narcisa Gutiérrez. Más tarde se trasladará a Capilla del Pintado donde aparece empadronado en un Padrón levantado por él

mismo a pedido del Alcalde de primer voto del Cabildo de Montevideo en 1791. Allí figura de 45 años de edad –habría nacido hacia 1746– con su mujer Narcisa de 26 años de edad y 4 hijos entre 9 y 2 años y una ahijada de 12 años.⁵²

3.21 - *Esperati Provervi, José Antonio*, de Milán, casado con Isabel Peñaflor de la ciudad de Buenos Aires. En el Padrón de 1790 figura establecido en Santo Domingo de Soriano, de 38 años –habría nacido hacia 1752– con su mujer Isabel de 22 años y 3 hijos de 3, 2 y 1 año de edad.⁵³

3.22 - *Estrázulas, Francisco*, nacido en la ciudad de Augusta, Obispado de Siracusa, Sicilia, radicado en Montevideo como comerciante desde 1804, contrajo matrimonio en 1815 en Montevideo con María Victoria Falsón, hija del maltés Pablo Falsón. Uno de sus hijos –*Santiago Estrázulas*– fue sacerdote, médico homeópata y más tarde varias veces diputado. Fue cura párroco de la Matriz entre 1854 y 1859 y desde 1848 se apellidó Estrázulas y Lamas en vez de Estrázulas y Falsón⁵⁴ en homenaje de gratitud a José Benito Lamas que lo había precedido en el curato de la Catedral.⁵⁵

3.23 - *Fagiani, Antonio*, nacido en Roma en la Parroquia de San Celso hacia 1726, había llegado en 1756 en la “Leva Cevallos”. En 1758 –apenas dos años llegado– contrae matrimonio en Montevideo con María Isidora Mascareñas de Buenos Aires. En 1767 revistaba como soldado de artillería de la Plaza y recibió una cuadra en los arrabales de la ciudad y en 1770 una suerte de chacra en el arroyo Las Piedras.⁵⁶ En 1769 el Cabildo de Montevideo solicita al Inspector y Comandante General de estas provincias que diera por reformado del Real Servicio de artillero a Fagiani para que libre y desembarazado pudiese cuidar y conservar el reloj de la ciudad. A mediados de 1770 en un acuerdo posterior el Cabildo asignó “a Antonio Fachiani (sic), maestro herrero que corre con el manejo y cuidado del reloj de campana de esta ciudad... como gratificación mensual por el cuidado del referido reloj, la cantidad de cuatro pesos...”.⁵⁷ Falleció en 1804 dejando 11 hijos.

3.24 - *Falsón, Pablo*, nacido en El Panadero, Obispado de Malta en 1744, contrae matrimonio en Montevideo en 1779 con María Antonia Caneda de Galicia. El apellido Falsón derivó en Alfonso. Bautizó 13 hijos en Montevideo. Una de sus hijas –María Victoria Falsón– se casó en 1815 con el comerciante de Montevideo *Francisco Estrázulas*, nacido en la ciudad de Augusta, Obispado de Siracusa, Sicilia.⁵⁸

3.25 - *Ferraro, José*, nació en Savona, República de Génova hacia 1756. Vecino de Montevideo en 1792 contrajo matrimonio con Tadea Mendoza y Torres. En 1795 solicita el ingreso a la V.O.T. Su hija Aniceta Ferraro y Mendoza contrae matrimonio

en 1824 con *Ramón Masini* hijo de italiano, miembro de la Logia Caballeros Orientales en los albores de la emancipación, Constituyente en 1828 y parlamentario.⁵⁹

3.26 - *Fonteceli, José Andrés*, nacido en Cádiz pero hijo del italiano Bartolomé Fonteceli y de la gaditana Teresa Cabañas. Es el caso de los italianos comerciantes que residían en España, particularmente en Cádiz. José Andrés Fonteceli contrajo matrimonio en Canelones en 1789 con Águeda Antonia Ribero y Melilla, del cual nacieron tres hijos.⁶⁰ Una hermana de Águeda, Toribia Ribero y Melilla se casó también en Canelones en 1792 con Pedro Celestino Bauzá, hermano de Rufino Bauzá.⁶¹

3.27 - *Francia, Juan*, nacido en Guay, Obispado de Sena, República de Génova hacia 1740. Aparece en el Censo de 1769.⁶² En el Padrón Aldecoa (1772/73) aparece como establecido en Montevideo con el oficio de bodegonero.⁶³

3.28 - *Gagino, Juan*, nacido en Génova hacia 1738, si la edad atribuida en el Padrón Aldecoa es la correcta. Figura en dicho Padrón viviendo soltero en la casa de Dn. Jaime Soler. El oficio de Gagino era el de confitero.⁶⁴

3.29 - *Galup, José*, nacido en Génova hacia 1748 de padres catalanes. En 1773 figura como comerciante de Montevideo pero ya desde 1774 se estableció en Maldonado. En un Padrón de vecinos de Maldonado de 1783, figura en primer lugar, casado con 6 hijos de los cuales 3 eran posiblemente hijastros y 3 esclavos y una estancia con 400 semovientes, lo que habla de su prosperidad. Se había casado en Maldonado en 1775 con la viuda de Gabriel Baciga Lup, Dña. Inés Rodríguez Sardiña. Galup falleció en Montevideo en la Navidad de 1813.⁶⁵

3.30 - *Gamba, Pedro*, nacido en Capua, Feligresía de San Telmo, Obispado de Amalfi, Reino de Nápoles, hacia 1730. Había llegado con la “Leva Cevallos” en 1756. Apenas al año de arribar contrae matrimonio con la montevideana Juana Ferreyra y de ese matrimonio nacen 3 hijos: Pedro en 1758, Juana en 1759 e Ignacia en 1761. En 1764 Pedro Gamba ya había fallecido.⁶⁶ Su hija Juana tuvo dos hijos naturales de su ayuntamiento con Manuel Alonso González de las cuales una de ellas –María de Jesús González– contrajo matrimonio con *Pedro Lenguas* militar de la Independencia.⁶⁷ Otra hija de Pedro Gamba –Ignacia– a los 15 años de edad, en 1776 contrajo matrimonio con Feliciano Faa de Buenos Aires de 18 años, músico e hijo de italiano también músico.⁶⁸

3.31 - *Gatze, Agustín*, nació en la Villa de Barde, Ducado de Parma hacia 1732 ya que en ocasión de su matrimonio en 1762 declara tener 30 años de edad. El apellido

correcto quizá fuera Gazzo pero con el correr de los años en el Río de la Plata se transformó en Gaso. Es muy posible que haya llegado con la “leva Cevallos” o sea en 1756. Pertenecía como soldado raso a la compañía del Capitán José Nieto. En 1762 contrae matrimonio con Phelipa Albertos, mestiza de español e india. De este matrimonio nacen los siguientes hijos: María Gaso en el Real de San Carlos de Colonia en 1769, María Antonia en la jurisdicción de Montevideo y Juan Eugenio Gaso en Pando. Luego de retirarse del servicio militar encontramos a Agustín Gaso en 1777 en Las Piedras y en 1789 en Pando. Agustín Gaso muere en Pando en 1792 “pobre de solemnidad” dice la partida.⁶⁹

3.32 - *Gato Lombardini, Manuel*, nacido en Génova entre 1737 y 1741, vino a Montevideo viudo hacia 1764 procedente de Cádiz en el navío “La Venus”. Tanto en el Censo de 1769 como en el Padrón Aldecoa (1772/73) figura como pulpero y sargento de infantería y como Manuel Lombardini, suprimiendo su primer apellido, lo que hicieron casi todos sus descendientes. Contrajo matrimonio en 1771 con Ninfa Martina Gómez. Hacia 1789 Gato Lombardini ya había bautizado 12 hijos en Montevideo. Falleció en 1794. Su descendencia, termina emparentada con los Saenz, los Jáuregui y los Lamas.⁷⁰

3.33 - *Glasi, Miguel*, oriundo de Buenos Aires aunque podría ser italiano. De lo que no hay duda es que sus padres eran italianos de la Villa de Ornabas en el Ducado de Milán. Habría nacido hacia 1744. Contrajo matrimonio con la gallega (de padre piemontés) Gertrudis Lebrat en primeras nupcias de lo que nacieron varios hijos. Glasi fue mayordomo del Comandante de Marina de Montevideo. En 1805 ya viudo contrajo matrimonio en segundas nupcias con Gertrudis Jordán también de ascendencia italiana del que nacieron Antonia Glasi y Jordán en 1807, Teresa Glasi y Jordán en 1807 que contrae matrimonio en 1837 con *José Antonio Torgués y Colman* (Sobrino de *Fernando Otorgués*). Desconocemos el año de su muerte.⁷¹

3.34 - *Jordán, Pascual*, nacido en la Villa de Raigué en el Reino de Nápoles hacia 1740. Había sido vecino de la Coruña en Galicia y casado con la portuguesa Leonarda Granuche. Cuando arriba en 1783 a Montevideo con permiso del Rey por ser extranjero, viene acompañado de su mujer y 5 hijos entre 12 y 2 años. Vino en el “Operativo Patagonia” y al fracasar éste y alistarse en 1793, Pascual Jordán queda eximido de los compromisos contraídos. En 1792 fallece Leonarda Granuche y en 1793 Pascual Jordán se casa en segundas nupcias con María Manuela Gómez. Jordán falleció en Montevideo en 1804 y su viuda al año siguiente se casa con el italiano Nicolás Ronqui, natural de Ornabas, Ducado de Milán, residente en Montevideo desde 1799.⁷²

3.35 - *Jordán, Pedro*, nacido en Palermo, Sicilia hacia 1703. Era conocido como “Pedro Siciliano” y era patrón de una lancha que hacía la travesía entre Buenos Aires y Montevideo. Contrajo matrimonio en Buenos Aires con la porteña Manuela Molina del que nacieron 5 hijos. Testó en Montevideo en 1758.⁷³

3.36 - *Lozano, Pedro*, nacido en El Tubero, Obispado de Abenga, Génova, hacia 1747 (tenía 26 años en 1773), figura en el Padrón Aldecoa viviendo en la casa de Dn. Jaime Soler. Había arribado hacia 1767. En 1775 contrae matrimonio con la granadina Isabel Olivares.⁷⁴

3.37 - *Masini, Antonio*, nacido en Liorna, Toscana, casado con la gallega de El Ferrol María Corbella. De los varios hijos de este matrimonio bautizados en Montevideo, se destaca el primogénito, *Ramón Nicolás Antonio Masini* nacido en 1797, Miembro de la Logia Caballeros Orientales, Constituyente y legislador, casado en 1824 con Aniceta Ferraro y Mendoza (de padre italiano).⁷⁵

3.38 - *Mentasti, Domingo*, nacido en la villa de Moutier, Ducado de Saboya, Piemonte, Italia, hacia 1743. En 1769 aparece mencionado en el Acta del Cabildo de Montevideo en ocasión de ser comisionado para asistir “en calidad de amanuense o secretario”⁷⁶ al Fiel Ejecutor José González en el levantamiento del Padrón de 15 cuadras de la ciudad. En el Censo de 1769 aparece como “agregado” a la familia de Cosme Álvarez Romero. En 1775, a los 32 años contrae matrimonio con Isabel María Zambrano Barrera (hija de padre mendocino y madre montevideana) de 17 años de edad. En 1779 declara en Exp. Curia 1779/25 como testigo de Francisco Xavier Medrano, diciendo que lo conocía desde hacía 15 años, por lo que se deduce que Mentasti debió haber llegado hacia 1764 con 21 años de edad. De su matrimonio nacen los siguientes hijos legítimos: Felipa que en 1775 nace un mes después del casamiento de sus padres, se casará en 1795 en Canelones con Manuel Antonio Villagrán, Isidro en 1781 que más tarde será sacerdote siendo en 1834 el Cura de Florida, Benita en 1784 que se casará en 1825 con el Alférez brasileño José Pereira Márquez de Rio Grande do Sul. El mismo año de su casamiento y del nacimiento de Felipa, Domingo Mentasti reconoce dos hijos naturales: Isidoro Domingo Mentasti del cual no figura la partida de bautismo en Montevideo y Mónica Benita Mentasti que había sido bautizada en 1768 como hija de padres desconocidos, que contraerá enlace en 1784 a los 16 años con el catalán Mateo Costa. Uno de sus hijos *Antonio Domingo Costa y Mentasti*, nacido en 1785 fue en 1828 miembro de la Asamblea Constituyente de San José como diputado por Paysandú, falleciendo en 1867. Otra de los hijos del matrimonio fue Francisca Costa y Mentasti que contrajo matrimonio en 1806 con el chileno residente en Montevideo desde 1784 Dn. Lucas Requena (abuelo del Dr. Joaquín Requena). Otro hijo, Domingo

de León Costa y Mentasti contrae matrimonio con Mauricia Calleros y viudo de ella, se casa en 1823 con su hermana Cándida, hija de Lorenzo Calleros y Juliana González. Domingo Mentasti era un pulpero acaudalado como lo muestra la lista de bienes aportados al matrimonio con Isabel Zambrano. En 1791 se encontraba establecido en Canelones lugar en que falleció en 1797.⁷⁷

3.39 - *Montaldo, José*, nacido en la Villa de Santa María de Serán, República de Génova. Llegó a Montevideo hacia 1791. En 1803 contrae matrimonio en Montevideo con Tomasa Ferreira.⁷⁸

3.40 - *Morosini Durante, Alexo*, nacido en Roma hacia 1731 y venido en 1756 en la “leva Cevallos”. Posiblemente para evadir la ley de extranjeros cambió varias veces su verdadero apellido (aparece como Duranti, o Durán cuando sale de testigo en el casamiento de Pedro Gamba). Parece ser que a partir de 1757 se estableció en Buenos Aires destacándose como artesano carpintero y tallador. En 1770 contrae enlace en Buenos Aires con Sebastiana Delgado, natural de Montevideo. De sus hijos, Dionisio Morosini, nacido en 1770 en Buenos Aires, año de su matrimonio, se trasladó ya mayor a Montevideo con su mujer, estableciéndose en Canelones; Victoriano Morosini también nacido en Buenos Aires en 1773 se trasladó igualmente a Montevideo casándose en Canelones en 1804 con Josefa Alonso hija de pobladores de la Patagonia; por último Bartolomé Morosini nacido en Buenos Aires en 1775 siguió la ruta de sus hermanos a la Banda Oriental y se casó en San José en 1806 con María Isidora Alonso, hija también de padres venidos en el operativo Patagonia.⁷⁹

3.41 - *Nascimbene, Pedro Juan*, nacido en Tortona, Piamonte, médico radicado en Montevideo. En 1840 contrae matrimonio con María Martina Alcain Larrañaga viuda del gallego Miguel Collazo y sobrina de *Dámaso Antonio Larrañaga*. Nascimbene fue el médico que atendió a José Monterroso hacia 1838. En 1860 regresó a Italia llevándose el grueso del archivo de Dámaso Antonio Larrañaga, documentos que se conservan en la Biblioteca de la Universidad de Pavía conjuntamente con papeles de Monterroso, Artigas, Lavalleja y San Martín. En 1864 Nascimbene publicó en París un “Proyecto para la Historia de América Meridional”.⁸⁰

3.42 - *Noseto, Jacinto*, nacido en Génova hacia 1736. El Padrón Aldecoa lo censa como de 37 años, soltero, comerciante.⁸¹

3.43 - *Piserna, José*, nacido en Roma hacia 1727, vino con la “leva Cevallos” de 1756, Cabo de Escuadra de la Compañía del Cap. Dn. José Nieto. En 1763 contrae

enlace con Justa González Artigas hija de Ignacio González y Antonia Artigas. Bautizó 2 hijos en Montevideo y 1 en Buenos Aires. En 1767 se encuentra de nuevo en Montevideo.⁸²

3.44 - *Pozo Espicoli, Carlos*, nacido en Reggio, Lombardía, hacia 1814 contrae enlace con María Inés Vidal y Herrera. Al año siguiente su suegro Juan Florencio Vidal inicia una acción judicial criminal contra su yerno por bigamia ya que, por testigos se supo que era casado en Cádiz viviendo aún su mujer. Se le embargaron todos los bienes.⁸³

3.45 - *Previtali Perego, José*, nacido en Filago, Bérgamo, Italia, médico, profesor de medicina, viene a instalarse en Montevideo y abrir consultorio ya casado con María Previtali Scotti quien muere en Montevideo en 1835. Al año siguiente Previtali, viudo, contrae enlace en Montevideo con María Inés Alcain y Larrañaga.⁸⁴

3.46 - *Restuliano, Ángel María*, nacido en Padua, Italia, hacia 1725 aunque en 1778 al pedir el ingreso a la V.O.T. declara tener 57 años con lo que podría haber nacido en 1721. Había venido al Río de la Plata en la “leva Cevallos” en 1756, formando parte del contingente de tropas extranjeras. Era soldado de la Compañía del Capitán Dn. Pedro Simonete. El apellido real era Rustigliani aunque aparece –posiblemente al dictado– Rustiliani. Contrajo matrimonio en 1761 con María Josefa García. De este matrimonio nacieron Ángela Francisca y Gregorio Francisco. Ángel María Restuliano quedó viudo en 1778 y falleció inválido en 1794.⁸⁵

3.47 - *Rey, Lorenzo*, nacido en Coni, Obispado de Mondovi, Piamonte, Italia hacia 1731. Vino con la “leva Cevallos” en 1756. En 1759 contrae matrimonio con Ángela León Costa, viuda de un sargento de Dragones del Regimiento de Pavía. En 1761 se traslada a Maldonado y en 1764 figura como vecino afincado en esa ciudad.⁸⁶

3.48 - *Risoto, José*, nacido en San Francisco de Albac, Génova, Italia. Contrae matrimonio en Montevideo con Marfa Ignacia Gómez. Eran vecinos de extramuros de la ciudad de Montevideo y figuran con 9 hijos bautizados en la ciudad.⁸⁷

3.49 - *Ronqui, Nicolás*, nacido en Ornabas, Italia, residente en Montevideo desde 1799 contrae enlace en 1805 con la viuda María Manuela Gómez.⁸⁸

3.50 - *Rospilloso, Juana*, hija de Claudio Rospilloso capitán de infantería del presidio de Buenos Aires oriundo de Lima pero de ascendencia remota italiana (posiblemente de Pistoia en Toscana). Juana Rospilloso contrae matrimonio en Buenos Aires en 1745

con José Gómez del que nacieron 6 hijos 2 de los cuales bautizados en Montevideo. Parece que la forma original del apellido fuera *Rospigliosi*, ya que ésta perduró en el Perú entre sus descendientes que la adoptaron.⁸⁹

3.51 - *Robles, Gregorio*, nacido hacia 1720 en San Dalmacio, Obispado de Mondovi, Piamonte, Italia. Vino en 1756 en la “leva Cevallos” en la que revistó como sargento de compañía. El mismo parece haber españolizado su nombre pues firma *Gregorio Rovere*, forma que adoptaron sus descendientes. En 1758 se casa con Clara Rada, matrimonio del que nacen entre 1759 y 1768 3 hijos, 2 de los cuales bautizados en Montevideo. Poco después se divorcia falleciendo antes de 1785.⁹⁰

3.52 - *Santana, Mateo*, Nacido en Ribera de Arbenga, Génova, hacia 1721. Vino a Montevideo procedente de Cádiz hacia 1749 en el navío del Consulado “San Fernando”. En 1757 contrae matrimonio con Dominga Bustamante. En 1761 aparece integrando la compañía de vecinos. En 1769 el Censo de ese año lo registra establecido como vecino, con mujer y dos entenados uno varón y otra mujer. El Padrón Aldecoa (1772/73) lo ubica entre los chacareros del Miguelete, casado con cuatro entenados (dos mayores ausentes y dos mulatos), posiblemente agregados para mano de obra. No se registran bautismos de su matrimonio. Falleció en 1788 en Las Piedras.⁹¹

3.53 - *Tornioli, Nicolás*, nacido en Ferrara, Toscana, Italia, soldado, soltero, figura entre los primeros habitantes de Maldonado (Padrón de 1757) poseyendo 11 caballos 4 yeguas 18 vacas 6 bueyes y un carro. Antes de venir al Río de la Plata era vecino de Santa María de Marín, Galicia, casado con María Carragal hacia 1749 ésta habría fallecido ya en 1761. En 1769 Tornioli tramita una “información de soltería”. Parece que se ausentó de Galicia rumbo al Río de la Plata hacia 1755. Es posible que luego de 1769 se haya ausentado de la Banda Oriental.⁹²

3.54 - *Torres, Cayetano*, nacido en Milán, Lombardía, Italia, hacia 1736. Vino en 1756 en la “leva Cevallos” integrando el contingente de tropa extranjera. Es otro caso de españolianización del nombre cuyo original sería *Juan Francisco Cayetano Turrati*. En 1761 figura como cabo de la compañía de forasteros de la ciudad de Montevideo. En 1767 contrae enlace con Manuela Mascareño nacida en Buenos Aires en 1752. De este matrimonio nacen por lo menos 7 hijos 4 mujeres y 3 varones. Una de sus hijas, Cayetana se casará con el *Gral. Antonio Díaz* y a su vez una de las hijas de este matrimonio, Alcira, se casará con *Dn. Tomás García de Zúñiga*.⁹³

3.55 - *Trápani, Juan Camilo*, nacido en la Villa de Mita, Obispado de Sorrento, Reino de Nápoles, Italia, venido en 1765 con el Regimiento de Mallorca. En 1778 o

1779 contrajo matrimonio con María Jacinta Castellano en el curato de Las Piedras. De esa unión nacieron entre otros: *Gaspar José Trápani*, Constituyente de 1828 como diputado por Maldonado; *Pedro Trápani*, de tan destacada actuación en los prolegómenos de la independencia; *Jacinto Trápani*, uno de los Treinta y Tres Orientales con el grado de Capitán.⁹⁴

IV. Conclusiones

Como puede desprenderse de esta reseña, no es desdeñable el aporte de los italianos a la formación de la sociedad uruguaya aun en la época del coloniaje.

De un conjunto de 55 nombres presentados, algunos de ellos tuvieron significación por sí mismos, por sus descendientes o por las ramas colaterales resultantes de la unión con cónyuges españoles o criollos.

La mayor parte de ellos vinieron como soldados en contingentes de extranjeros reclutados por el ejército español, pero es sintomático que los mismos –como los venidos en la “leva de Cevallos”– se casaran a los pocos meses de llegados, como si su enrolamiento haya sido un simple mecanismo utilizado para emigrar. Es a estos soldados que luego los vemos convertidos en artesanos, pulperos, chacareros o estancieros si la unión matrimonial les aportaba tierras.

Por lo menos se aprecia un intento de afincarse y una voluntad de integración en la que no aparecen tendencias, por lo menos explícitas a agruparse étnicamente.

Por otra parte estos inmigrantes aún no tenían una clara conciencia pan-italiana y aún eran obscuras las tendencias que luego desarrollará el Risorgimento.

La presencia italiana se aprecia en la muestra presentada en la que no se tomaron en cuenta los italianos de paso o los que volvieron; tampoco a los ilegales o indocumentados que sin duda existieron.

Por lo anterior no pueden dejar de tomarse en cuenta estos aportes que, aunque modestos, no dejaron de contribuir a la formación de nuestra sociedad.

Notas

1. Apolant, Juan Alejandro. *Génesis de la Familia Uruguaya*, Montevideo, Imp. Vinaak, 1975, Tomo II, pág. 1090.
2. Apolant, Ob. Cit., Tomo II, pág. 1028.
3. Ibídem, pág. 1029
4. A.G.N., Juzg. 1º, Paquete 1760, Leg. 36.
5. Apolant, Ob. Cit., Tomo II, pág. 1029.
6. Ibídem.
7. Ibídem, pág. 906.
8. Ibídem.
9. Ibídem, Tomo II, pág. 1224.
10. Apolant, Ob. Cit., Tomo III, pág. 1755.
11. A.G.N., Museo, Caja 2, Carp. 1780.
12. Apolant, Ob. Cit., Tomo III, pág. 1755.
13. Ibídem, pág. 1756.
14. Ibídem, pág. 1757.
15. Ibídem.
16. Ibídem, pág. 1758.
17. Ibídem.
18. Ibídem.

19. Ibídem, pág. 1871.
20. Apolant, Ob. Cit., Tomo II, pág. 1090.
21. Ibídem, Tomo I, pág. 301.
22. Padrón Millán en Apolant, Ob. Cit., Tomo I, pág. 89.
23. Apolant, Ob. Cit., Tomo I, pág. 410.
24. Ibídem.
25. Ibídem, pág. 411.
26. Ibídem.
27. Ibídem, pág. 333.
28. Ibídem, pág. 414.
29. Ibídem, pág. 412.
30. Ibídem, pág. 413.
31. Ibídem, pág. 469.
32. Apolant, Ob. Cit., Tomo III, pág. 1392.
33. Apolant, Ob. Cit., Tomo II, pág. 1273.
34. Apolant, Ob. Cit., pág. 1871.
35. Ibídem, pág. 1091.
36. Apolant, Ob. Cit., Tomo III, pág. 1683.
37. Apolant, Ob. Cit., Tomo II, pág. 1119.
38. Ibídem, pág. 950.
39. Ibídem, pág. 834.
40. Ibídem.
41. Ibídem.
42. Apolant, Ob. Cit., Tomo III, pág. 1879.
43. Apolant, Ob. Cit., Tomo II, pág. 834.
44. Apolant, Ob. Cit., Tomo I, pág. 645.
45. Ibídem, pág. 758.
46. Ibídem.
47. Ibídem.
48. Ibídem, pág. 759.
49. Ibídem.
50. Ibídem.
51. Apolant, Ob. Cit., Tomo II, pág. 1282.
52. Apolant, Ob. Cit., Tomo III, pág. 1391.
53. Ibídem, pág. 1401.
54. Apolant, Ob. Cit., Tomo II, pág. 1382.
55. Ibídem, pág. 1383.
56. Ibídem, pág. 1118.
57. Ibídem.
58. Ibídem, pág. 1383.
59. Apolant, Ob. Cit., Tomo I, pág. 284-285.
60. Apolant, Ob. Cit., Tomo II, pág. 1099.
61. Apolant, Ob. Cit., Tomo I, pág. 373.
62. Apolant, Ob. Cit., Tomo III, pág. 1790.
63. Ibídem, pág. 1874.
64. Ibídem, pág. 1872.
65. Ibídem, pág. 1449-1450.
66. Apolant, Ob. Cit., Tomo II, pág. 1064-1065.
67. Apolant, Ob. Cit., Tomo I, pág. 218.
68. Apolant, Ob. Cit., Tomo II, pág. 1066.
69. Ibídem, pág. 1350-1351.
70. Apolant, Ob. Cit., Tomo I, pág. 221.
71. Ibídem, pág. 633-634.
72. Ibídem, pág. 632-633.
73. Apolant, Ob. Cit., Tomo II, pág. 1225.
74. Apolant, Ob. Cit., Tomo III, pág. 1873.
75. Apolant, Ob. Cit., Tomo I, pág. 285.
76. Apolant, Ob. Cit., Tomo II, pág. 922.
77. Ibídem, pág. 922, 923 y 924.
78. Apolant, Ob. Cit., Tomo I, Pág. 392.
79. Ibídem, pág. 754 y 755.
80. Apolant, Ob. Cit., Tomo III, pág. 1633.
81. Ibídem, pág. 1871.
82. Ibídem, pág. 1428.
83. Apolant, Ob. Cit., Tomo II, pág. 1258.
84. Apolant, Ob. Cit., Tomo III, pág. 1633.
85. Apolant, Ob. Cit., Tomo II, pág. 1275-1276.
86. Ibídem, pág. 1209-1210.
87. Ibídem, pág. 1269-1270.
88. Apolant, Ob. Cit., Tomo I, pág. 633.
89. Apolant, Ob. Cit., Tomo III, pág. 1600 a 1606.
90. Apolant, Ob. Cit., Tomo II, pág. 1114-1115.
91. Apolant, Ob. Cit., Tomo III, pág. 1523.
92. Apolant, Ob. Cit., Tomo II, pág. 1250.
93. Apolant, Ob. Cit., Tomo III, pág. 1527 a 1530.
94. Ibídem, pág. 1569-1570.

DUE PROFILI GARIBALDINI

*Annita Garibaldi Jallet**

Ricciotti Garibaldi

Ricciotti Garibaldi, il quarto figlio di Giuseppe e di Ana Maria Ribeiro da Silva è nato a Montevideo pochi mesi prima del ritorno della famiglia in Europa. Menotti, il primogenito, era nato a Mostardas nel Rio Grande do Sul, nel 1840, poi erano venute Rosa e Teresa ed il piccolo Ricciotti nato il 24 febbraio 1847. Lo scrittore Guerzoni parla di un bambino scuro di occhi e di capelli, che sgambetta nel sole della casa di Calle del Porton. Il 27 dicembre dello stesso anno, una nave lascia il porto della Repubblica Orientale: trasporta verso l'Italia le famiglie degli ufficiali della Legione italiana che, convinti dell'imminenza di grandi eventi, si apprestano a mettersi a disposizione della libertà italiana. Essi non torneranno però con una nave di emigrati, con mogli e figli, ma con un vascello che trasporta un esercito, tre mesi più tardi.

Intanto, Anita ed i suoi figli sono stati accolti da Rosa, la madre di Garibaldi, e dalla famiglia di lui. Ma per la giovane donna, è difficile adattarsi, dominare l'angoscia per la prolungata assenza dal marito, è spaesata e sceglie presto dimora più consona ai suoi gusti, una casetta in riva al mare, dove vive le ultime settimane dedicate alla famiglia. Gli eventi di quei pochi mesi sono ben noti. Anita tenta di seguire il marito in ogni luogo, qualche settimana intensa vivono ancora a Rieti, mentre lei già è ammalata, poi giornate di fuoco nella Repubblica Romana dove ha voluto raggiungerlo, soldato tra i soldati, poi la drammatica traversata dell'Appennino nella speranza di arrivare a Venezia, la morte nella pineta di Ravenna. Il "bimbo" non avrà nessun ricordo della madre, che muore il 4 agosto 1849 alle Mandriole, presso Ravenna, senza aver mai voluto lasciare, seppur incinta e stremata dal male, il suo Generale.

Menotti è già entrato nel collegio militare di Nizza, Teresa e Ricciotti rimangono con la nonna Rosa, aiutata nel compito dalla famiglia Deidery, che dopo la morte di Rosa adotteranno Teresa. Bimbo turbolento, Ricciotti sfugge alla nonna, ruzzola sotto una carrozza, ha una gamba spezzata. Questo incidente avrà per lui tante dolorose conseguenze: se il medico di Garibaldi, Agostino Bertani, salva la gamba dopo mesi di cure durante le quali il bimbo risiede a Genova presso i Bertani, lontano dalla nonna, la cura dà tuttavia risultati imperfetti. Muore nonna Rosa nel 1852, Ricciotti passa in casa dell'Avvocato Augusto Garibaldi, cugino del padre, ma non si adatta ed

è mal tollerato nel collegio di padri gesuiti del Mont-Boron a Nizza. Dopo un breve incontro con il padre, viene da lui affidato nel 1855 all'amica e scrittrice Emma Roberts, che lo porta con sé a Londra, con la promessa che vi troverà ottime cure: Ricciotti, che ha otto anni, è calato in una vita di agi mai conosciuti. Nasce un profondo affetto per Jessie White, giovane parente di Emma, affetto reciproco al quale saranno ambedue fedeli tutta la vita.

In verità, l'infermità non si risolve, ma Ricciotti a Londra scopre meravigliato, nei racconti di Jessie White, la gloria che avvolge la figura del padre. Entra di pari passo nel mito, soffre della lontananza dal suo eroe, mentre Emma Roberts presto si stanca del bambino e nel 1857 lo relega in un collegio militare a Liverpool. Manda regolari buone notizie al padre sulla salute e gli studi del figlio, ma questi è soltanto un ragazzo infelice. A 14 anni, esce dal collegio. Ha tratto poco profitto degli studi, zoppica fortemente, ed ha dimenticato quasi completamente l'italiano. Questo non facilita la sua integrazione nel piccolo mondo di Caprera, dove vorrebbe per lui l'attenzione del padre. Ma Giuseppe ha una giovane compagna, Francesca Armosino, coetanea di Ricciotti, e nuovi figli. Il giovane non riesce ad appassionarsi per gli studi di chimica e fisica che il padre vorrebbe fargli seguire, al fine di interesserlo al suo progetto di sfruttamento delle cave di pietra di Caprera. L'amata sorella Teresa è già sposa di Stefano Canzio, e madre, nel 1864, di due figli. Menotti ha un carattere docile, si adatta ad ogni cosa, piace al padre. Ricciotti invece è un figlio difficile, che sogna solo avventure e battaglie.

Nel 1864 –Ricciotti ha 17 anni– Giuseppe Garibaldi porta i due figli nel trionfo della sua visita a Londra, e la vita si schiude davanti al ragazzo, che due anni più tardi per la prima volta sarà chiamato a combattere a fianco del padre, a Bezzecca. Bravo combattente a cavallo, è decorato dalla Medaglia d'argento al Valore Militare. Vive ormai per brillare agli occhi del padre, e vi riesce ancora l'anno seguente, quando mandato a valutare un sollevamento in Candia, manifesta qualità di prudenza e di diplomazia sconsigliando l'operazione. Di nuovo nella campagna dell'Agro romano, nel 1867, quando raduna volontari, partecipa ai combattimenti, conduce degnamente la ritirata. Da quella sfortunata campagna data la sua avversione per Giuseppe Mazzini, che non ha favorito la raccolta di fondi a favore degli insorti per la quale Giuseppe Garibaldi aveva anche mandato il figlio in missione a Londra.

Dopo un breve tentativo nel mondo del lavoro, per il quale non sarà mai dotato, conosce di nuovo l'ebbrezza della guerra a fianco del padre, nella campagna di Francia, dove si comporta in modo assai degno, e consegna al padre la sola bandiera presa in un glorioso fatto d'armi all'esercito prussiano. Ma è l'ultima guerra del Generale, che si ritira a Caprera. Ricciotti, che si è infiammato per l'Internazionale, cerca di nuovo fortuna, torna a Londra dove si avvicina agli ambienti dell'estrema sinistra, ma fallisce

in una sua impresa economica, con il fratello Menotti impegna l'isola di Caprera, si lancia in affari sbagliati. Attira su di sé l'ira del padre, e coperto di debiti è costretto a fuggire dall'Inghilterra.

Con sé porta la giovane moglie, graziosa, di ottima famiglia, Harriet Constance Hopcraft. Partono nella grande corrente di emigrazione verso l'Australia, dove vivranno sette anni, tentando improbabili avventure e sempre in una condizione precaria. Nascono cinque bambini. Due muoiono, Giuseppe ed Irene Teresa, mentre Constance Rosa, Anita Italia, ed un secondo Giuseppe, tornano con loro in Europa nel 1881. I loro pochi beni sono impegnati per permettere il viaggio di ritorno. A Caprera vanno a salutare il padre, che consegna a Ricciotti la parte a lui riservata del dono nazionale.

Sembra aprirsi per lui una vita più serena. Prende casa a Roma, dopo la morte del padre si lancia in nuove avventure politiche ed imprenditoriali, s'indebita oltre ragione, fallisce, ed eccolo di nuovo in gravi difficoltà. Eletto deputato nel 1887 si fa il difensore degli imprenditori che stanno trasformando il volto di Roma, perché sono datori di lavoro alle masse di operai che accorrono nella capitale, chiede per loro nuovi prestiti. Rimane coinvolto anche lui nel fallimento delle grandi banche, dà le dimissioni, e condannato, è obbligato a residenza in un piccolo paese dalle montagne vicine all'Abruzzo, Riofreddo, dove dal 1888 trascorre con la famiglia i mesi estivi. Vi ha intrapreso la costruzione di una gigantesca dimora, che rimane incompleta, ma nella quale risiede, in grande povertà, con la famiglia, fino al 1897. Nel frattempo sono nati, dopo il ritorno in Italia, altri otto figli, Costanza, l'ammirevole compagna, ha intrapreso di trasformare in modo assai decoroso la casa di Riofreddo, e trae dalle magre terre un qualche miglioramento per la vita della sua famiglia. Ricciotti scrive una prima versione delle "Memorie", insistendo essenzialmente sui fatti bellici.

Ma intanto gli ambienti repubblicani e nazionalisti non si sono dimenticati di lui. Fortemente scossi dalla sconfitta di Adua, i nazionalisti vedono nella spedizione a favore dell'indipendenza della Grecia un'occasione di recupero morale per la nazione, mentre si esaltano i valori del filellenismo presente nella tradizione garibaldina. Ricciotti si pone alla testa dei volontari italiani. Sbarca a Pireo, va verso la Tessaglia, si distingue con i suoi uomini in particolare nella battaglia di Domokos. Quando torna in Italia, è un eroe, un trionfo aspetta lui ed il figlio Giuseppe che per la prima volta combatte a suo fianco, l'animo della nazione è risollevato. Ricciotti ha realizzato la sua vera vocazione: alla testa di nuovi volontari garibaldini, delinea i tratti di una tradizione di stampo prettamente militare, volta all'intervento a favore della libertà dei popoli, ma non esenta d'autoritarismo e d'antiparlamentarismo, attenta ai valori dell'eroismo e del sacrificio nel culto della nazione.

Vanamente cercherà negli anni successivi di organizzare un intervento italiano nei Balcani, fomenterà grandi progetti a favore dell'Albania, tenterà di attuare le sue grandi visioni di politica internazionale, anche a favore dell'emigrazione italiana che vorrebbe

sottrarre ai "mercanti di carne umana" e mantenere legata agli interessi italiani, talvolta in questo sostenuto dai suoi antichi amici negli ambienti industriali. Quasi gli riesce un progetto di colonizzazione di vaste terre in Argentina: in occasione di un viaggio compiuto a Buenos Aires, si reca, una sola giornata a Montevideo, per visitare la casa dove è nato, ricevuto con riguardo dalle autorità uruguayane.

Nei primi anni del secolo XX^o, manifesta grande interesse a Riofreddo, dove sarà persino consigliere comunale nel 1910, e dove la moglie assieme alle due figlie maggiori si dedica alle opere sociali e sanitarie. Una vita da notabile, sempre segnata dalle rare disponibilità economiche ed animata da grandi progetti internazionali. Nel 1912-1913, raduna i figli, dispersi nel mondo per portarli di nuovo a combattere in Grecia, e li costituisce in Legione Volontaria nel 1914, a fianco della Francia, per influire sulle scelte dell'Italia e portare l'opinione pubblica a sostenere l'intervento in guerra dell'Italia. Dei suoi sei figli su sette che combattono in Francia, assieme a numerosissimi giovani interventisti italiani che hanno raggiunto la Legione, garibaldini agli ordini del figlio maggiore di Ricciotti, due muoiono nelle Argonne, Bruno e Costante. Il loro sacrificio, e di una bella gioventù repubblicana e socialista italiana, alimenta la campagna, di stampo per la verità meno internazionalista, che si svolge in patria. L'Italia entra in guerra nel 1915. I cinque figli superstiti di Ricciotti combattono nell'Esercito regolare, dove si distinguono, in particolare sul celebre Col di Lana. Ma dalle esortazioni all'intervento del poeta D'Annunzio, alle idealità ed alle delusioni nate dalla guerra, si va formando uno stato d'animo nazionalista ed aggressivo che nel 1919, porta all'espansione dei fasci di combattimento e poi alla nascita del fascismo. Ricciotti ed il figlio più giovane Ezio vi partecipano attivamente, mentre gli altri figli tengono un comportamento più distante.

Quando Ricciotti muore, nel febbraio 1924, la famiglia è già divisa, e dopo le manifestazioni di "Italia Libera", che sono duramente represse a Roma, solo Ezio rimane in Italia, raggiungendo incarichi ed onori importanti nel Regime. Costanza sopravvive al marito fino al 1941, tentando di mantenere uniti a lei, e fedeli alla memoria del marito, i figli dispersi.

Ricciotti ha scritto le sue memorie, raccolte dall'amico Castellani, che si riassumono nel racconto delle sue battaglie. È vissuto convinto di dover portare su di sé l'eredità del padre, in diatriba cortese con il fratello Menotti, deceduto nel 1903, in perpetuo conflitto con Francesca Armosino, vedova del padre, per il possesso di Caprera. Questo era l'onore che aveva rivendicato fin dalla prima giovinezza. Gli ha fruttato una vita difficile, ma coerente con gli aspetti da lui privilegiati nel pensiero del padre, seppur con i limiti insuperabili di chi è figlio di un mito.

Sante Garibaldi

Sante, quinto figlio di Ricciotti e Costanza Garibaldi, è nato a Roma il 16 ottobre 1885.¹ La sua prima giovinezza trascorre tra la casa del padre a Roma, la casa estiva di Riofreddo² alla quale è molto legato, ma è anche frequente ospite dello zio Menotti Garibaldi,³ mentre frequenta la scuola metodista di Roma.⁴ A quattordici anni è ammesso alla scuola industriale di Reggio Emilia, dalla quale esce diplomato poco prima dei diciotto anni.

Il padre lo invita allora, come i suoi fratelli, ad iniziare l'esperienza professionale all'estero. Il giovane Sante sceglie l'Egitto, dove rimane nove anni, acquisendo un'esperienza professionale ed umana determinante nella sua vita: le scelte responsabili appoggiate all'indipendenza economica, sono, infatti, tra i valori, e questo gli consentiranno di muoversi sempre da uomo libero. Oltre a partecipare alla costruzione di Eliopolis, lavora in una ditta di materiali per l'edilizia a Kafr-el-mar, ed esercita poi la professione di cartografo, risalendo a poco più di venti anni, con una carovana, il Nilo fino alle foci del Nilo Blu.

Rientra in Europa all'appello del padre nel 1912 per combattere con i fratelli a fianco della Grecia per la difesa delle frontiere con la Turchia.⁵ Da lì a poco scoppia la prima guerra mondiale. Mentre l'Italia indugia nella neutralità e nella scelta delle alleanze, le Legioni garibaldine, reclutate negli ambienti interventisti repubblicani e socialisti, si formano a Parigi. Sei dei sette fratelli Garibaldi si arruolano.⁶ Tra il Natale 1914 e il gennaio 1915, nelle terribili trincee delle Argonne, lasciano la vita i giovani Bruno e Costante. Con i tre fratelli superstiti e il fratello Menotti giunto anch'esso, Sante si arruola nell'esercito italiano e dal 1915 partecipa alla guerra patria, quale ufficiale, nella zona del Col di Lana. Farà anche parte dei volontari che proseguono la guerra nel 1918-1919 in Francia ed in Belgio.

Chiusa la dolorosa esperienza, riprende la sua attività imprenditoriale in Francia, con il progetto di tornare rapidamente in Italia. È a Roma quando muore il padre Ricciotti nel febbraio 1924. Ma i fratelli sono già divisi. Ezio, il più giovane, è parte dalla prima ora del progetto mussoliniano, mentre Giuseppe (Peppino) Ricciotti, l'omonimo del padre, e Sante partecipano all'opposizione ed alle manifestazioni di Italia Libera. Esse culminano nel raduno del 4 novembre 1924, che fa seguito al delitto Matteotti. Investiti dalla violenza fascista, i manifestanti sono costretti alla fuga. I tre fratelli si rifugiano all'estero. Durante gli anni successivi, sarà la madre Costanza, ad assicurare i contatti tra i figli, mantenendo un legame di affetto che nonostante le vicissitudini ognuno osservava per rispetto della tradizione garibaldina, e oltre la diversità delle interpretazioni e dei modi di vita, anche in onore della madre e delle sorelle.

Sante riprende la sua attività nell'edilizia in Francia, prima a Parigi poi nel Sud-Ovest della Francia, anche per allontanarsi dagli ambienti del fuoriuscitismo i cui intrighi non lo convincono. Si mantiene vicino agli ambienti francesi legati al Presidente Edouard Herriot, amico dell'Italia e della tradizione garibaldina. Ottiene di nuovo una buona affermazione professionale ed anche grandi successi come nella costruzione dello stadio sportivo della città di Bordeaux. Segue con attenzione e prudenza le attività politiche dei fratelli, disapprovando il loro progressivo riavvicinarsi al Duce.⁷ Autorizzato a recarsi in Italia nel 1940 per salutare la madre morente, non cede alla pretesa dei fratelli che vorrebbero egli come loro riconosca i meriti del Regime.⁸ In Francia tenta di formare una Legione Garibaldina, ma l'evoluzione della guerra fa fallire il progetto. Con i suoi seguaci partecipa alla Resistenza all'invasione tedesca. Sorvegliato dalla Gestapo, trova per alcuni mesi rifugio a Vichy, mentre dall'Uruguay, la mano amica del Console Generale Carlos Calamet gli procura un salvo condotto, in ricordo di sua nonna Anita e del padre Ricciotti che vi è nato, ma anche come gesto di solidarietà di "Italia Libera" in Uruguay.

Ma Sante decide di non abbandonare i suoi compagni di lotta, seppur sia impedito di esercitare le sue attività e privato dei suoi beni come straniero. Arrestato una prima volta nel 1941, lo è di nuovo nel 1943, e scompare per due anni nei campi di concentramento tedeschi (Compiègne, Sarrbrücken, Orianenburg, Buchenwald, Dacau) per fare parte nell'aprile del 1945 di un convoglio di prigionieri avviati come ostaggi da scambiare alla frontiera italiana. Gli eventi superano questi sinistri progetti, Sante viene liberato a Villabassa (Bolzano), partecipa ancora ad azioni partigiane, rientra a Roma preso le sorelle, soggiorna nella sua Riofreddo, poi torna a Bordeaux dove muore il 4 luglio 1946 senza avere potuto riprendersi delle sofferenze della prigione.

Sante lascia la moglie Beatrice Borzatti e la figlia unica Annita. Dalla Francia e dall'Italia ha ottenuto i massimi riconoscimenti per il suo coraggio e la sua coerenza. Riposa nella tomba di famiglia al Verano in Roma.

Notas

1. ...o settimo figlio, se si considerano i figli deceduti giovanissimi. In ordine di nascita, sono Giuseppe, Constance Rosa, Annita Italia, Giuseppe Raimondo, Irene Teresa (il primo Giuseppe ed Irene Teresa muoiono in Australia, dove sono nati tutti i primi figli di Ricciotti). Poi in Italia nascono Ricciotti, Menotti, Sante, Arnaldo, Bruno, Costante, Ezio, Giuseppina (anche Arnaldo muore poco dopo la nascita).
2. La famiglia Garibaldi, dopo avere trascorso una prima estate a Riofreddo, cittadina ad Est di Roma, tra Tivoli ed il confine dell'Abruzzo, vi compra un terreno sul quale costruisce una grande dimora. La tenacia di Costanza e delle figlie, l'aiuto dei riofreddani, trasformeranno successivamente l'arida terra in ridente parco fiorito, orto botanico, ecc. La famiglia vi soggiornava da Pasqua a Novembre. Rimasta in stato d'abbandono, la casa è stata in parte acquistata dal Comune e adibita a Museo civico, in parte è rinata a dimora dei discendenti di Sante Garibaldi, oltre alla figlia i tre nipoti, Anna Beatrice, Francesco Sante e Clara.

3. Menotti risiede a Roma. Sposato, padre di quattro figlie ed un figlio, è deputato di Velletri per nove legislature. Ma cura anche una grande tenuta nell'Agro Pontino, la cui casa principale si trova a Carano, oggi Carano-Garibaldi, frazione della città moderna d'Aprilia. Di salute delicata durante l'infanzia, il giovane Sante ha trovato nella famiglia di Menotti e di Francesca Bidischini dall'Oglio un ambiente più protetto nel quale si è forgiato un temperamento lievemente diverso da quello dei suoi più avventurosi fratelli.
4. I giovani Garibaldi erano battezzati nella religione presbiteriana per volontà della madre, Constance Hopcraft (1854-1941) appartenente alla borghesia londinese di matrice culturale vittoriana.
5. Questo intervento è il proseguimento della tradizione filoellenica della famiglia che si è già manifestata quando nel 1897, Ricciotti, accompagnato allora dal solo figlio maggiore Peppino, combatte contro i turchi, illustrandosi nella celebre battaglia di Domokos. Nel 1912, anche Costanza e le due figlie maggiori partecipano all'intervento come dame della Croce Rossa.
6. Manca il fratello Menotti, che non può lasciare la sua attività nella lontana Cina.
7. Giuseppe, il fratello maggiore, detto Peppino, si è risolto a vivere negli Stati Uniti, da dove tuttavia manda di tanto in tanto segnali di riavvicinamento al Duce. Ricciotti, dopo aver soggiornato a Parigi ed esserne stato espulso per una serie d'intrighi dei servizi segreti dei due paesi, ha trovato asilo a Cuba, poi è stato riammesso in Italia, ma condannando una vita grama e molto sorvegliata. Menotti, personalità schiva e dissidente moderato del Regime, presta servizio nell'Esercito in Africa Orientale, poi viene nominato Console a Ceylon. Muore nel 1934. Nessuno di loro lascia una discendenza.
8. Il fratello Ezio gradirebbe che la famiglia si compatti attorno al Duce, confortando in questo modo la sua posizione ed il peso delle associazioni di reduci della prima guerra mondiale da lui presiedute. Ma in verità Peppino e Ricciotti hanno mire personali, che si manifesteranno durante la guerra. Il peso politico dei tre fratelli è in ogni modo già tramontato, e scompare con la caduta del Duce. Le sorelle Rosa ed Italia sono rimaste a fianco della madre fino alla sua morte il 9 novembre 1941, e svolgono poi la funzione di custodi della casa di Riofreddo e dei cimeli familiari. Non si sono sposate, e manterranno un acceso dissenso ideale con il fratello Ezio. Egli a sua volta da due unioni ha avuto tre figli. La sorella più giovane, Giuseppina, è andata a vivere con il marito Giuseppe Ziluca negli Stati Uniti sin dal 1926. Ha avuto due figli, Paul e Antony, che a loro volta hanno avuto una numerosa discendenza.

Annita Garibaldi Jallet

Hemos tenido el gusto de conocer a Annita Garibaldi Jallet durante la visita que efectuara a Montevideo en junio de 2001.

Nosotros no solemos considerar a las personas por el parentesco que tengan con personalidades famosas o célebres por aportes que hubieren hecho a su país, a algún pueblo o, en ciertos casos, a la humanidad.

Pero en este caso nos encontramos ante una persona que, además de ser una distinguida profesora universitaria de Derecho Constitucional, mantiene una nutrida actividad en el seno de organizaciones italianas de carácter laico que desempeñan tareas de ayuda mutua.

Nacida en Francia, donde su padre se había exiliado por ser contrario al régimen fascista, se ocupó de mejorar la situación de los italianos en el exterior, integró el sector cultural durante la actuación de los primitivos COASIT, integró la Sociedad Dante Alighieri, Asociaciones de orientación garibaldina, mazziniana, resurgimental.

Fue designada para el Consiglio Generale degli Italiani all'Estero por parte del gobierno italiano, cargo que continúa desempeñando.

Preside en la actualidad la Sección "Sante Garibaldi" y la Federazione Lazio de la "Associazione Nazionale Veterani e Reduci Garibaldini".

Continuó activamente las tradiciones garibaldinas que recibió a través de su padre y de su abuelo, manteniendo siempre una línea de conducta intachable en el mantenimiento de las mismas.

Vale por eso, aunque no fuera bisnieta de nuestro Garibaldi, nieta de Ricciotti, que vio la luz por primera vez en nuestra ciudad, ni hija de un hombre íntegro como Sante Garibaldi.

Le solicitamos para nuestra revista esta colaboración, que esperamos no será la última, enorgullecíéndonos de contarla entre nuestros colaboradores. (C.N.)

GARIBALDI CÓMO Y POR QUÉ VINO A MONTEVIDEO

Eugenio P. Baroffio*

Una circunstancia de índole casual me hizo sentir, hace poco, la falta de una más extensa divulgación de los hechos que en la vida de Garibaldi determinaron sus deseos de venir a Montevideo con el propósito de permanecer aquí algún tiempo, en actuación pacífica, con su adorada compañera y su pequeño hijo.

El hecho a que me refiero fue éste:

Hallándome accidentalmente en la Cancillería de la Embajada de Italia, en uno de los días en que se trataba de adquirir la casa en que había vivido entre nosotros aquel héroe, una pregunta formulada por teléfono con voz femenina sorprendió al funcionario que atendió el llamado; una pregunta lacónica y concreta: ¿Por qué vino Garibaldi a Montevideo?

La pregunta no podía, naturalmente, darse en una breve y concisa explicación telefónica. Y, habiéndoseme interrogado al respecto me limité, entonces, a aconsejar que se le indicara a la gentil interlocutora una serie de publicaciones con cuya lectura podría satisfacer su curiosidad histórica sobre la vida de Garibaldi en tierras de América.

Pero luego, quedé con la preocupación de que ese consejo no era tan fácil seguirlo. Los libros que, en distintos idiomas, están al alcance de todos, no son los que mejor refieren las vicisitudes del singular guerrero en América y especialmente en nuestro país.

En verdad hay muchas obras escritas sobre la vida de Garibaldi. La bibliografía garibaldina es bien copiosa; pero cuanto se ha publicado en Europa, aun lo más significativo por su valor histórico y literario, tiene en general errores de importancia en la narración de los hechos que se refieren a esta parte de América. Y esas referencias erróneas son explicables en quienes, desconociendo los lugares en que ocurrieron los hechos y los hombres que en ellos actuaron, tampoco tuvieron a mano documentos que precisaran las circunstancias que a ellos se refieren.

Por otra parte, la investigación histórica, hasta ahora, ha sido de limitado alcance respecto a la actuación de Garibaldi en el Brasil y en nuestro país. Es un período de

doce años de la vida de aquel héroe que todavía reclama que sea revelado con más sencilla claridad a la luz de la verdad histórica extraída con el riguroso examen de las crónicas y documentos oficiales y privados, y con una natural interpretación, libre de prejuicios como de literarias exaltaciones.

Valiosas y serias contribuciones al estudio de ese período de la vida extraordinaria de Garibaldi, han aportado algunos historiadores de nuestro país y del Brasil; pero unos son estudios extensos y minuciosos de antecedentes, otros breves y particularizados, publicados en revistas o diarios, sobre ciertos episodios que la crónica o la leyenda han trasmítido con más o menos rigor histórico.

En los dos casos se trata de publicaciones que, en general, no es fácil conseguirlas, y que, por otra parte, no tienen el carácter apropiado para dar una visión general, capaz de abarcar la trayectoria de la vida del héroe desde su llegada a tierras de América hasta su vuelta a Europa, sin la extensa relación de detalles que dificultan la percepción de lo esencial.

He ahí los obstáculos que se oponen a un consejo orientador que facilite la búsqueda de una conclusión que concrete, en forma breve, una respuesta como la que requería la pregunta a que hice referencia.

Falta todavía una obra que sumariamente narre la vida de aquel héroe, que hizo objeto de toda su vida la defensa de los oprimidos, y su actuación en estas tierras de América, donde se formó la aureola que explica el poder virtual de su cautivante personalidad, como encarnación de aquel espíritu revolucionario italiano que ofreció al mundo el milagro del "*Risorgimento*".

Pero de lo ya conocido puede, no obstante, ser percibida la trayectoria que desde su adolescencia describe en el campo de la historia de la vida de Garibaldi al surcar mares y recorrer tierras, para aportar su esfuerzo generoso en la lucha contra las tiranías. En la fortuna o en la adversidad, surge nítida la línea continua que describe esa vida, dirigida por el impulso de su alma, a la meta que su pasión le fija: la redención de Italia, dividida y oprimida por extranjeros y tiranos.

Todas las etapas que jalonan esa línea, son para él experiencias y visionaria preparación de su trascendente acción futura que, presintiéndola, en su corazón halla el estímulo para seguir el camino, la ruta certera que lo lleve a la realización de su sueño.

Y es aquí en estas tierras de Sudamérica que surge su figura de romántico guerrero, generoso y heroico en el sacrificio por sus ideales de libertad.

Es aquí, en Río Grande del Sur primero, y en nuestro país después, donde se rodea de una aureola de leyenda, creada por la extraordinaria sucesión de gestas prodigiosas, en las que maduró su espíritu y templó su espada, para poder ofrecerlos a la revolución que ha de redimir a su patria.

Como bien dice Gustavo Sacerdote en su *Vita di Giuseppe Garibaldi*, una de las más completas en el aspecto que ahora nos interesa: “*La personalidad humana y militar de Garibaldi no se puede comprender plenamente si no se conoce bien la historia de sus gestas en América*”.

No se podría, en efecto, explicar el entusiasmo que provocaba su presencia en su vuelta a Italia, en 1848, sin el recuerdo de las hazañas cumplidas por él, en estas tierras. Las noticias de aquí trasmitidas por los exiliados italianos, en el clima revolucionario de Europa, hacían entonces cobrar un valor y una trascendencia excepcional a esas hazañas. Aunque su positiva significación era grande, la repercusión que tenía en el alma popular, la superaba en mucho. Algo de legendario, de milagroso, adquirían los episodios dramáticos que, con Garibaldi como protagonista, se desarrollaban en estas tierras. Y ellos alimentaban los sentimientos de rebeldía del pueblo, las esperanzas y la fe que encendían el fuego de la pasión en la juventud italiana, ávida de libertad y de justicia.

Las actitudes heroicas, las inspiraciones proféticas, la sencillez que las acompañaba, la bondad que demostraba en las más encontradas situaciones, el generoso ofrecimiento de su vida por el bien de todos, todo ello penetraba, envuelto en una atmósfera de misteriosa sugestión, en el corazón del pueblo.

Los que atraídos por su estampa, por el timbre de su voz y por el fulgor de sus ojos azules; los que más cerca de él, por la unión de faenas comunes y los que lograban su franca amistad, en la vida abnegada y sencilla que aquí, en Montevideo, quiso y supo llevar; todos sintieron el influjo arrebatador de su pujante y singular personalidad. Todos sembraron esa simpatía con que el pueblo hizo surgir, a su alrededor, la aureola luminosa que desde entonces acompañó la figura del romántico guerrero, en la gente de todas las clases del mundo entero.

Es aquí, en el Brasil y en el Uruguay, donde Garibaldi encuentra el medio propicio para encender la llama de su fuego latente, haciendo desprender las primeras chispas de su genio. Y aquí, en Montevideo, aprendió como él dijera en su carta a Joaquín Suárez: “*Cómo se pelea al enemigo, cómo se sufre los padecimientos y, sobre todo, cómo se resiste con constancia, en la defensa de la causa sagrada de los pueblos, a la prepotencia liberticida de los despóticos*”. Y es por eso que él se ufana del título de ciudadano de nuestra República y le era tan “*cara la memoria de los tiempos heroicos de su segunda patria: Montevideo la inmortal*”, según sus palabras.

De estas tierras lleva el poncho y el mate y las costumbres sencillas de la vida ruda que le hacen edificar su casa en Caprera con la disposición y formas típicas de estas regiones.

El poncho será para siempre el indumento característico de su estampa. El mate le servirá para aplacar la sed o para engañar al tiempo cuando más tarde, en Nápoles, habrá de esperar, para donarle un reino, al *sopraggiunto Re...* en la caballeriza del palacio.

Garibaldi, nacido en Niza en 1807, surge a la vida cual el sol napoleónico tiende ya al ocaso. Hijo de marinos, de ciudad marítima, el instinto le hace descubrir el camino para hallar las experiencias que podrán servirle luego para realizar su gran sueño: la redención de su querida Italia.

Aún adolescente ya cruzaba el Mediterráneo varias veces, “*para abrir en él caminos y echar a la estela de sus barcos, semillas de nuevos viajes y de ruta infinita*”, como dijo el doctor Bonavita, con expresión poética, hace poco.

Su primer viaje con el Capitán Pesante, que él llama en sus Memorias “el marino más osado que he conocido”, lo hace surcando el Mediterráneo para llegar al Mar Negro. El segundo lo realiza en la tartana de su padre quien, remontando el Tíber, lo lleva a Roma, a esa Roma que, luego, ha de ser la meta de su sueño.

Garibaldi que había leído con cierto amor la historia de Roma, al pisar la ciudad eterna, hubo de sentir el poderoso influjo de aquel solemne y augusto escenario, para despertarle el sueño de las grandes empresas, para las que su alma de romántico lo alentaba.

“¡Roma! ¡quién hubiera dicho —escribe Guerzoni— que entre los millones de peregrinos que, desde hace siglos, visitan la Ciudad Eterna, unos atraídos por las ruinas de Roma pagana, otros por las fiestas cristianas; algunos inspirados por la ciencia y la poesía; otros guiados por la piedad o la superstición, la contemplan, la escudriñan, la glorifican; quién hubiera dicho —repito— que uno de los más fervorosos enamorados, de los más entusiastas habría de ser el inculto marino que se llamaba José Garibaldi!”.

Otros viajes de cabotaje hizo con su padre, para luego emprender una serie hacia Levante con barcos de la Casa Gioan. En uno de ellos, por enfermedad, tuvo que permanecer en Constantinopla, donde al prolongarse más de lo esperado su estada, tuvo que sufrir estrecheces. Pero él supo sobrellevarlas con entereza y con optimismo, porque, como él mismo dice en sus “Memorias”, jamás se había acobardado en circunstancias de estrecheces o de peligro y siempre había tenido la fortuna de hallar quienes se interesaran por su suerte para ayudarle. En este caso, en Constantinopla, halló una de esas personas en la señora Sauvaigó que era, como él, de Niza.

La guerra de Rusia con Turquía hizo prolongar su permanencia en esa ciudad y fue entonces cuando para poder vivir se vio obligado a recurrir a sus conocimientos de historia y de matemáticas, de geografía, para ocuparse, por primera vez, como maestro de tres jóvenes en casa de una señora viuda. La mediación de un médico amigo le había proporcionado esa tarea, que, muchos años más tarde, aquí en Montevideo habría de volver a desempeñar alternando con sus actividades de agente de comercio.

Cuando se reabren los puertos de Turquía, el maestro abandona su provisoria tarea y el marino puede respirar el aire libre del mar para dirigirse hacia las costas nativas. Llega a Niza y luego de abrazar a sus padres, busca en seguida un nuevo embarco, en el bergantín *“Nostra Signora delle Grazie”*, como segundo del viejo Capitán Casabona,

y navega cierto tiempo con ese cargo. El viejo y excelente lobo de mar, ya vencido por los años y el reuma, necesitando descanso, le cede el gobierno del bergantín.

Garibaldi es ya Capitán efectivo. El joven se había hecho hombre, el grumete había ascendido, navegando, a todos los grados de la jerarquía naval. La cara tostada, las manos encalcedidas, la vista ejercitada en doce años consecutivos de maniobras, de vigilias en zozobras, le daban títulos para que subiera, por fin, al puente de comando, para señalar la ruta de su nave, hacia lejanos horizontes.

A los veinticinco años iniciaba su carrera de mayor responsabilidad en el mar. Y mientras él navegaba, el suelo de Italia se teñía de sangre. El cielo de Europa se cubría de oscuras nubes precursoras de grandes tempestades político-sociales. Todo era inquietud en el mundo, conmovido por las nuevas ideas y sentimientos de impulsos románticos, alimentados por un espíritu de rebelión latente.

Garibaldi, surcando los mares en repetidos viajes al Bósforo, en la capital de los turcos, la antigua Bizancio, se despierta en él un vivo interés por la situación política local. Se informa de cuanto allí ocurre para relacionar los hechos con la situación de su patria subyugada, pero inquieta por los movimientos subterráneos de su pueblo. La visión de Roma que, en la grandeza de sus ruinas parecía prometerle su resurrección, su pasión por lo heroico, el sentimiento de independencia, que es como una segunda naturaleza en los marinos, todo ello contribuía a encender aquella pasión con llamas vivas. Y, en verdad, pocos hijos de Italia podían, como él, ofrecer un alma capaz de recoger el calor de la hoguera de aquella Europa y recibir la chispa que inflamara su espíritu para provocar una acción de insospechadas proyecciones.

Mas, para que ese incendio se produjera había que esperar que los acontecimientos propicios hicieran llegar esa chispa al rebelde espíritu.

La oportunidad se presentó como un preanuncio, cuando algunos sansimonianos de la segunda generación, perseguidos y expulsados de Francia, como Enfantin y Barrault, emigraron al Oriente que, entonces, parecía alentar, en sus conmociones internas, las conquistas del intelecto, y les prometía campo propicio al desarrollo de sus doctrinas.

El azar quiso que a fines de 1832, Garibaldi hallara, en uno de sus habituales viajes al Oriente, una comitiva de esos proscriptos que llevaba como guía a Barrault. Como impulsado por una oculta simpatía, los acogió en su barco y continuó con ellos su viaje. Fácil es imaginar el tema que dominaría en ese barco en las conversaciones del marino todavía ingenuo y lleno de fantasía, con esos hombres exaltados por la pasión. Las teorías sansimonianas atraían al navegante soñador de veinticinco años. La asociación universal, la hermandad de los pueblos, era una hermosa aspiración; pero para él, en su agitado corazón y en el caos de su mente, había una idea fija dominante que apartaba toda duda y acallaba las más bellas utopías: Italia.

El héroe, en este estado de espíritu, con el sentimiento de rebeldía hasta entonces indeciso, sólo espera el momento en que rompiendo toda valla, ha de dirigirse por el camino de la redención de su patria, guía y norte de toda su vida. Y el momento se le presentó bien pronto, en 1833, poco después de su encuentro con los sansimonianos.

Un día, navegando en el Mar Negro, hizo escala en Taganrok, puerto de Rusia; bajó a tierra, entró en una posada, donde alrededor de una mesa halló un grupo de marineros italianos que mantenían una animada conversación. De pronto Garibaldi, que estaba algo alejado, oye algunas palabras de uno de sus compatriotas que le hacen fijar su atención, porque hablaba de Italia, recordando su grandeza y su presente vergonzoso. Describía episodios de martirios, de desengaños y de esperanzas; revelaba con apasionado acento la existencia de una asociación consagrada con el nombre de *Joven Italia*, creación de la fe de un apóstol ligur. Decía que esa asociación movida por nuevos principios sólo creía en la ayuda de Dios y en el brazo del pueblo, que reunía a los buenos, preparando los corazones y templando las armas para una no lejana batalla. Y el inflamado propagandista decía que había que seguir a ese apóstol, rodear su bandera y dar la vida por ella. Garibaldi, en un arranque, interrumpe al orador y, abrazándolo, le jura que desde ese momento él es de los suyos, para siempre.

¿Quién sería ese inflamado orador que, según las propias palabras de Garibaldi, *lo inició en los sublimes misterios de la patria*? Era un joven marino genovés, Juan Bautista Cúneo, natural de Oneglia que años más tarde aparecería vinculado al brillante núcleo de escritores rioplatenses que aquí, en Montevideo, en 1838, actuaban como periodistas en “*El Iniciador*”. Y como dice el historiador compatriota Prof. Pivel Devoto, “una de las tendencias ideológicas que se percibe a través de la lectura de ‘*El Iniciador*’, además de las ideas sansimonianas, es la que responde al ideario de Mazzini”. Es que Cúneo figuró entre los redactores de ese periódico, y su influjo aparece.

Después de su encuentro con Garibaldi, allá lejos, en Rusia, Cúneo vino al Brasil y al Río de la Plata y, por las circunstancias que creaban las condiciones políticas de los países de ambas orillas, pudo establecerse aquí en Montevideo, formando el centro de su propaganda de los ideales de Mazzini en América del Sur.

Desde aquí mantenía él con Mazzini constante correspondencia, lo mismo que hacía con Garibaldi, cuando éste ya actuaba en Río Grande contra el Imperio del Brasil en defensa de la República que allí se había proclamado.

La estada de Cúneo en Montevideo, vino luego a constituir uno de los factores que determinaron la venida de Garibaldi a nuestro país. Vinculado a la colectividad de los italianos de las distintas regiones de la península, conocedor del espíritu reinante en esta ciudad, Cúneo podía ser un precioso apoyo con que el héroe podía contar.

Pero dejemos un momento a este marino y escritor para seguir a Garibaldi en su retorno del Mar Negro, cuando llega a Marsella y se presenta a Mazzini. Ante él

renueva el juramento de Taganrok y toma –como todos los inscriptos en la Joven Italia– un nombre de guerra. Garibaldi se llamará “*Borel*” y como afiliado recibe las instrucciones para la realización de las empresas que ya se cree inminentes. Pero en ese momento una despiadada persecución a la “Joven Italia”, por parte de todas las policías de la Península, abatía cruelmente sus fuerzas. Traiciones, cárceles, ejecuciones, procesos en Lombardía y en los Ducados, dispersión de sus mejores adeptos, todo parecía aconsejar más prudencia, a la espera de oportunidad más propicia, en los trabajos revolucionarios. Pero a Mazzini, por el contrario, le pareció que era necesario precipitar los acontecimientos para reanimar los espíritus abatidos, con una acción que atestiguara la fe y la fuerza. El plan que él ideó era complejo; el movimiento del pueblo en los distintos puntos por él fijados no debía ser aislado, sino en coordinación. Uno de los puntos con que él mayormente contaba era Génova, su patria.

Y aquí entra en juego Garibaldi. Desaparece de Marsella, vuelve a Italia, se pone en contacto con los patriotas de Liguria, interviene en los planes que se traman y, de pronto, se enrola como marinero de tercera clase en la marina real, con el nombre de *Cleombroto*. ¿Qué plan podía llevar al Capitán a descender a un puesto de marinero, y en la marina del Rey a quien había jurado atacar?

Pronto habría de saberse, cuando la adversidad hiciera conocer la razón de esa aventura.

Garibaldi había entrado al servicio del Gobierno, con el cometido de provocar la rebelión, induciendo a sus compañeros a secundar la acción revolucionaria. Pero el día fijado para la insurrección (era el 4 de febrero de 1834), en lugar de desempeñar el papel que se le había asignado, Garibaldi baja a escondidas de la nave de guerra y ya en tierra va en busca de los revolucionarios comprometidos, dispuesto a combatir con ellos y a morir en la lucha si fuera del caso. ¿No habrá que pensar en esto que a la generosa y franca índole del joven marino, a último momento, le habrá parecido indigno el hacer algo que es contrario a las reglas del honor militar?

Lo cierto es que Garibaldi no se quedó en la nave y se fue a esperar a los que, se había dicho, atacarían al Cuartel... Esperó inútilmente en la plaza y desorientado, solo, buscando a los cabecillas que no encuentra. Pasan las horas y ya aparecen, no los insurrectos, sino los soldados del ejército que vienen a combatir al enemigo que no ve. Es que la conspiración había abortado.

Garibaldi, ahora desertor de la marina real, no tiene otro camino que el de la fuga. Su resolución es pronta y los inconvenientes para cumplirla no lo desaniman. Se dirige a Niza y para no ser alcanzado, si lo persiguieran como desertor, camina sin descansar toda la noche y luego, atravesando los campos y saltando muros, a los diez días llega a Niza. Pero la ciudad que lo vio nacer, en su actual situación, no le es propicia. Saluda a su madre y sigue su viaje hacia Marsella, donde leyendo el primer diario que encuentra: “*El pueblo soberano*” de Marsella, se encuentra publicada la sentencia

que lo condena a la pena de muerte. La sorpresa no era agradable por cierto, pero su ánimo resuelto le hace pensar en seguida en cambiar su nombre, comprometedor, por el de *José Panel*.

Empieza ahora para Garibaldi, a los veintisiete años, esa vida nómada, aventurera, novelesca que lo hará el personaje más extraordinario del siglo XIX.

Consigue en Marsella un puesto de segundo en un bergantín y parte para Odesa. Vuelve de ese viaje a fines de 1834, aburrido de esa vida monótona de marino mercante. Entra en calidad de oficial en la escuadrilla del Bey de Túnez, pero ya en 1836 llega otra vez a Marsella dispuesto a emprender otros caminos. Se encuentra con los preparativos del Capitán Beauregard para un viaje a Río de Janeiro y se embarca como segundo de ese navegante, rumbo al Nuevo Mundo para atravesar el Océano que no ha surcado nunca.

La libre América lo llama y él responde a ese llamado. Río de Janeiro es la primera tierra americana que lo acoge para indicarle su propio destino, y ofrecerle un amigo italiano: Luis Rossetti, de Génova.

Inestimable fortuna es el encuentro de este amigo. Compatriota que habla su misma lengua, que tiene sus mismos sentimientos y el mismo amor por la patria lejana, se vincula fraternalmente toda la vida "*toda la vida inseparables*", como dice Garibaldi en sus "*Memorias*".

Rossetti, también marino de profesión, expatriado por los reveses de 1831, de gran corazón y de inteligencia no común, ya gozaba de gran prestigio entre la pequeña colectividad de italianos que había elegido por asilo al Brasil. En seguida presentó a Garibaldi a los otros emigrados, entre los cuales estaba también Juan B. Cúneo, que había conocido fugazmente en el episodio de Taganrok y para el cual traía cartas de Mazzini. De entre ellos cabe destacar los nombres de Luis Carniglia y Domingo Castellini, con quienes Garibaldi trataría más adelante una estrecha amistad.

Rossetti, Cúneo, Carniglia, Castellini son nombres que se vinculan para siempre en la vida del héroe y constituyen el apoyo en que se afirma para su estada en estas tierras americanas y el origen del clima de simpatía y de admiración que han de rodearle en el futuro.

Cúneo ya adaptado al ambiente del Brasil como luego al de Montevideo y de Buenos Aires, hacía entonces frecuentes viajes al Sur del Brasil y al Río de la Plata, en constante fermentación revolucionaria.

Representante de la "*Joven Italia*" recibía continuamente las noticias e instrucciones que Mazzini le enviaba desde su exilio. Marino y periodista era un noble y esforzado republicano que, aquí en Montevideo, habría de publicar, en 1841 y 1842, "*L'Italiano*", el diario que tanto deseaba Mazzini recibir en Londres para enterarse de lo que aquí podía lograrse para la causa republicana.

Rossetti combina una sociedad, para navegación de cabotaje, con los compañeros emigrados italianos. Adquieren un barco que bautizan con el nombre de "Mazzini", y con él inician el tráfico entre los puertos de Río y de Cabo Frío. Garibaldi tuvo el comando del barco y así en esos menesteres del cabotaje, con sus amigos, pasa todo ese año una vida sin mayor fortuna, aunque sin privaciones. Pero, esa vida no lo hace feliz y, en carta dirigida a su amigo Cúneo, que ya estaba aquí, en Montevideo, le expresa: que antes que esa calma prefiere la tempestad. "*Estoy cansado ¡por Dios!* – le dice – *de llevar una existencia tan inútil para nuestra patria. Estamos fuera de nuestro elemento. Pero puedes estar seguro de que estamos destinados a grandes cosas.*"

Un nobilísimo sentimiento de justicia lo hace impaciente, un profundo repudio por los actos que sofoquen la libertad lo agita. No sueña sino en actuar en su defensa para bien de la humanidad.

Pronto habría de presentársele la ocasión para responder a sus aspiraciones.

Algunas provincias del vasto imperio brasileño se habían rebelado –en aquella época– proclamando la república. Las revoluciones de Pará la de los *Farrapos* en Río Grande del Sur, crean un clima de agitación que contagia a los republicanos italianos emigrados.

Proclamada la república en Porto Alegre, capital de Río Grande del Sur, asume la presidencia el caudillo Bentos Gonçálvés, quien tiene por secretario a un italiano, Livio Zambeccari, prófugo de Italia en 1823, refugiado en España y emigrado en 1825 al Río de la Plata, donde tomó las armas para defender la independencia de nuestra república contra el Brasil y más tarde con Lavalle, contra Rosas, para pasar en 1831 a Río Grande, donde llegó a ser uno de los más ardorosos propagandistas de los ideales republicanos y actor en la revolución de 1836. En las alternativas de la revolución el patriota boloñés y el presidente de la nueva república quedan prisioneros del imperio y son llevados a Río de Janeiro. Aquí, por intermedio del común amigo Rossetti, Garibaldi conoce a Zambeccari. En seguida se comprenden. Zambeccari propone a los dos amigos una guerra de corso contra el Imperio, y éstos aceptan. Presentados al Presidente Bentos Gonçálvés, obtienen la patente y la ayuda de armas y dinero. Arman el *Mazzini* y se largan al mar. Llegan a nuestras costas y anclan en Maldonado, donde Garibaldi vende una partida de café y luego de una corta estada en ese puerto, a raíz de ciertas noticias poco tranquilizadoras siguen rumbo al estuario. Detienen su marcha en la costa de San José, cerca de la Punta de Jesús María; desembarca Garibaldi en busca de víveres, que halla en una estancia, y vuelve a su ruta, en la que le alcanzan naves del gobierno oriental que iban en su persecución. Se traba un encarnizado combate del que resultan Garibaldi mal herido y muerto el intrépido timonel Fiorentino; pero los atacantes retroceden y la goleta corsaria se salva.

El Capitán casi moribundo indica hacia dónde debían dirigirse al fiel Carniglia, para llegar a Santa Fe. En el camino lo recoge una nave brasileña y lo desembarca en Gualeguay, donde el gobernador de la provincia, don Pedro Echagüe, bondadosamente lo recibe. Allí un joven cirujano argentino le extrae la bala y otro médico le ofrece en su casa cariñosa hospitalidad; el gobierno lo mantiene pero a condición de no alejarse del lugar hasta que el dictador Rosas haya decidido sobre su suerte.

Restablecida su salud Garibaldi ya no podía soportar esa vida. Intenta una fuga, frustrada por la traición de un guía, y lo arrestan engrillado, llevándolo ante el nuevo gobernador Millán, quien ordena que lo sujeten al cepo, después de castigarlo con su rebenque... Pero un buen día, nadie sabe el porqué, Garibaldi queda en libertad. Baja el Paraná en un barco genovés que lo trae a Montevideo. Aquí se encuentra con Rossetti, Cúneo y Castellini, los fraternales amigos que lo llevan a refugiarse en casa de un compatriota, mientras combinan su traslado a Río Grande.

Parten Garibaldi y Rossetti, a través de nuestro país, rumbo a la nueva República, y llegan tras penoso viaje, a la Villa de Piratiní, que era entonces la capital.

Empieza aquí Garibaldi su tremenda empresa de enfrentar, con su improvisada escuadrilla, al poderoso imperio en una guerra naval.

Las hazañas se suceden, los fantásticos recursos que inventa su imaginación para esa lucha desigual, van cuando el prestigio que rodeará su nombre y la simpatía con que el pueblo siente por ese extraordinario paladín de la libertad.

Allí, en la nueva república –como dice De Amicis en admirable síntesis– “allí combate, vence, naufraga, vuelve a la mar y a la lucha; rechaza al enemigo en el puerto de Imbituba, protege la retirada de los riograndenses, resistiendo con tres barcos a veinticinco, luego con setenta hombres a quinientos. Se bate en Santa Victoria, pelea en Tacuarí y en el asedio de San José y, halla luego a su Anita y al pequeño Menotti, que ya lloraba como perdidos en los bosques interminables. Bajo lluvias torrenciales sufre frío y hambre, enlaza y doma potros y, conduciendo una tropa de novillos, de los que se le mueren casi todos en el camino, llega por fin a Montevideo, donde para ganarse el pan se dedica a enseñar matemáticas”.

En medio de esa agitada vida, en las alternativas de cruentas luchas, Garibaldi halla en el Brasil un tesoro, el más preciado para él: Anita, la que será su inseparable compañera, en la paz y en la guerra. La bella y temeraria amazona, en el mar, se transforma en un marinero más que Garibaldi incorpora a su legión.

Cuando Garibaldi, salvado del naufragio del Río Pardo, que él comandaba, puede alcanzar al general Canabarro en “Laguna”, provincia de Santa Catalina, allí se le hace una entusiasta acogida, por el prestigio que le daban sus hazañas, conocidas por todo el pueblo.

Entre ese pueblo, Anita, la joven brasileña, que sentía viva simpatía por la causa republicana, oía por todas partes los comentarios sobre los episodios más recientes de

la lucha *farroupilha*. El transporte de los grandes lanchones a través de más de cien kilómetros que Garibaldi dirigiera, era exaltado con admiración, hasta en el canto popular. Anita también ya admiraba al joven y rubio marino, cuyas proezas conquistaban esa admiración.

Un día Garibaldi, desde la borda de su barco, descubre y siente la mirada de Anita que, desde lejos lo contempla. Varios días sucesivos la escena se repite, hasta que la joven asomada a su ventana le sonríe. Por fin una tarde Anita es presentada a Garibaldi, por comunes amigos, y ya al despedirse, comprendiendo el oculto pensamiento de la joven, con un fuerte apretón de manos le murmura al oído: *¡Tu sarai mia!*

Ella no contestó sino con una ligera seña, pero que significaba, sin palabras, el pacto de amor inextinguible, la aceptación del lazo indisoluble que sólo la muerte podría romper, en la fatal retirada después de la defensa de Roma. La llevó a bordo de su nave y, poniéndola –como dice Guerzoni– *bajo la tutela de sus cañones y de sus marineros, frente al cielo y al mar, juró que era su esposa.*

Tan singulares bodas habían de tener también una luna de miel extraordinaria. A poco de navegar, la escuadrilla de Garibaldi, atacada por la flota imperial, más poderosa, quedó reducida al *Río Pardo* y Garibaldi obligado a refugiarse en el pequeño puerto de Imbituba. Allí, sobre un promontorio colocó un cañón y, atravesando en la desembocadura el *Río Pardo*, su única nave, esperó el ataque y lo sostuvo durante horas, en lucha sin tregua. Anita dio aquí las primeras pruebas de su valor viril, tirando con su carabina, atendiendo heridos bajo la lluvia de balas, en el heroico combate que se terminó con la retirada de los atacantes.

Y así, aunque maltrecho y con su tripulación reducida por las bajas, pudo salir el *Río Pardo* del puerto de Imbituba, para volver dos días después al de Laguna.

Mientras tanto empieza a tambalear la república, en Santa Catalina. Garibaldi prevé el fin de esa república que tenía para él un interés singular porque en ella había conquistado su Anita; pero tiene que decidirse a defender la retirada del ejército republicano de Laguna. Y así, en sucesivas y desesperantes acciones pasa Garibaldi dos años con marchas penosas, en caminos intransitables, bajo lluvias, y durante las cuales Anita, cabalgando a su lado, sufre todas las incomodidades y todos los peligros sin una queja. En esas condiciones, el 16 de setiembre de 1940, cerca de San Simón, nace el primer hijo que Garibaldi quiso se llamara Menotti, en recuerdo del heroico mártir italiano de 1831.

Esa larga y penosa retirada la describe Garibaldi en sus Memorias en páginas admirables que terminan con estas palabras: “Seis años de una vida de sufrimientos y privaciones; separado de mis antiguas amistades y de mis parientes, cuya suerte ignoraba, no sólo por el aislamiento, sino por la imposibilidad de recibir noticias, *por estar lejos de todo puerto de mar, natural era que naciera en mí el deseo de avecindarme en un punto desde donde me fuera posible saber algo de mis padres*, cuyo cariño

había podido olvidar en el ardor de las aventuras, pero se mantenía en lo más íntimo de mi alma. Necesitaba proveerme de muchas cosas, cuya necesidad no hubiera sentido por mí mismo, pero que consideraba indispensables para mi mujer y mi hijo. Me decidí, pues, a pasar una temporada en Montevideo; pedí permiso al Presidente, que me lo concedió, y obtenido el permiso de viaje, formé una pequeña tropa de vacunos para poder hacer frente a los gastos".

Garibaldi, convertido en tropero, como él dice, autorizado por el Ministro de Hacienda, consigue reunir, en unos veinte días de trabajo, cerca de novecientos animales. De ellos no logrará traer a Montevideo sino *trescientos cueros*, porque los obstáculos que le presentó el Río Negro, desbordado, para atravesarlo, la falta de práctica en el oficio y otros inconvenientes de ese traslado, rindieron incapaces de llegar esos animales a Montevideo, lo que decidió que *cuerearan*, como medio de que no se perdiera todo.

Llega por fin a Montevideo Garibaldi con su pequeña familia y pronto consigue vender los cueros, saldo de los novecientos animales con que Río Grande había podido recompensar sus servicios a la causa de la república durante seis años de luchas.

El producto de esa venta le proporciona cuanto basta para vestir a su familia y a dos de sus compañeros que lo siguen y para afrontar los primeros gastos.

Ya está con los amigos Cúneo y Castellini y en casa de éste se hospeda la familia, mientras se agregan al círculo los hermanos Antonini y Juan Risso. Ellos le procuran dos ocupaciones que apenas le daban un producto para llenar las necesidades de su pequeña familia. Una era el corretaje de comercio, y la otra, la de dar lecciones de Matemática en el colegio que tenía aquí don Pablo Semidei, un ex sacerdote corso que había emigrado de Europa. Garibaldi volvía, así, a reanudar faenas docentes que había iniciado durante su forzosa estada en Constantinopla, antes de ir al Brasil.

Poco tiempo había de seguir esta vida. El nombre de Garibaldi, rodeado de una aureola luminosa que le había creado su actuación entre los *farrapos* riograndenses, atraía la atención de todos y los comentarios sobre las gestas cumplidas en favor de aquella incipiente república, le daban un lugar preeminente entre la numerosa colectividad de los italianos aquí residentes. Es natural que en ese clima, dentro de la pequeña población, también las clases dirigentes de nuestro país, consideraran al agente de comercio y profesor como una personalidad excepcional. Esto explica que a raíz de acontecimientos que aquí se produjeron en 1842, el Gobierno le ofreciera al marino, experto y osado, un empleo en la escuadrilla nacional, dándole el comando de una corbeta.

Garibaldi, que en las reuniones con sus amigos y compatriotas, como él emigrados políticos, tenía ocasión de comentar constantemente los sucesos que agitaban al pueblo de su patria, y de encender sus deseos de contribuir lo más pronto a la redención de

Italia, tuvo que posponer aquellos deseos, para actuar en la defensa de la libertad en esta tierra. La amenaza de un ataque a nuestra república por parte del tirano de Buenos Aires, impuso la preparación de los elementos de defensa. Garibaldi, consecuente con sus ideas republicanas y a impulso de su corazón, aceptó el puesto de lucha que se le ofrecía, como más tarde, cuando la ciudad sitiada reclamaba su defensa, aceptó el comando de la "Legión Italiana".

A poco de asumir el mando del barco "*Constitución*" se le designa jefe de la segunda división de la escuadrilla y se ponen bajo sus órdenes otras dos pequeñas naves de guerra. Con ellas debía en breve acometer una de las más peligrosas travesías para enfilar el Paraná y llegar a Corrientes, cumpliendo las órdenes recibidas. A fines de junio estaba listo para el viaje, que lo alejaba de este puerto al que había llegado con esperanzas e ilusiones sobre su próxima intervención en las luchas revolucionarias de Italia.

Entre sus preparativos, Garibaldi había querido desde el primer momento de su aceptación del nuevo cargo, cumplir, antes de asumirlo, con un deber y un voto de su corazón: consagrarse su unión con la mujer que era hasta ese día su esposa sólo ante el Dios de su amor. Y el 26 de marzo de 1842, en la vieja Iglesia de San Francisco, José Garibaldi y Anita Ribeiro da Silva, se unieron solemnemente con el vínculo del matrimonio religioso, único existente antes del Registro Civil, entre nosotros.

En los primeros días de julio de ese año, con el viaje al Paraná, comienzan para Garibaldi las hazañas que, en las aguas rioplatenses, refirmarían con contornos de leyenda la fama legítimamente conquistada en las gestas de Río Grande.

Y cuando la ciudad de Montevideo, sitiada por el ejército de Oribe, reclama su defensa, los italianos se reúnen en legión para colaborar en la lucha por la libertad. Garibaldi es solicitado para que asuma el comando que, con Francisco Anzani como segundo, había de llevar a la Legión Italiana a luchas heroicas. Desde el combate del Cerro hasta los de los campos de San Antonio, en larga serie de hechos y batallas, la legión, bajo el influjo de su extraordinario conductor, escribió páginas brillantes de la Guerra Grande, mereciendo el reconocimiento y gratitud de la patria.

En las gestas marítimas o en los episodios de nuestro suelo, en uno y otro campo de su actividad guerrera, Garibaldi demostró siempre la grandeza de su alma y los infinitos recursos de su imaginación.

En la amplia trayectoria de la vida legendaria de este héroe, las gestas cumplidas en tierra oriental, son como la aurora de un nuevo sol que ha de iluminar más tarde el camino para la rendición de su patria querida que él ha de tomar para lograrla.

Es aquí entre nosotros donde Garibaldi desplegó sus alas magníficas para volar en ascensión luminosa hacia la inmortalidad. Aquí, en todo momento, en todas partes, por mar o por tierra, marino o soldado, subraya siempre sus hazañas con trazos de gloria!

He intentado resumir los hechos que demuestran la continuidad de una idea. En ella se inspiró Garibaldi para actuar en América, guiado por el mismo móvil y la misma generosa obsecuencia a los principios republicanos y al sentimiento de libertad que su mente y su corazón hicieron trocar en extraordinaria epopeya toda la trayectoria de su heroica vida.

Creí necesario para ello, extenderme en los principios de su vida, porque ellos contienen el germen de su espíritu de aventura y de su ardiente pasión que le hizo vibrar de santo odio a las tiranías y palpitá su corazón de infinita ternura ante el dolor de los débiles.

Cuando llega a nuestra ciudad en busca de paz y reposo que le permita orientar su acción de futuro, lo hace con el propósito de convivir con sus amigos que, como Cúneo, están más al tanto de la marcha de las cosas de Italia. Aquí tiene la garantía de libertad requerida, que ya no podría conseguir ni en Río de Janeiro, ni en Buenos Aires; aquí, ciudad puerto de mar, podía tener comunicación constante con Italia; aquí se concentraba la propaganda –de las ideas mazzinianas en América; aquí hallaba la más cordial hospitalidad.

La vida que comienza aquí y termina con su partida para Italia en 1848, vida llena de episodios dignos de cantos épicos, ha de ser estudiada aún con más riguroso método de investigación, para colocar en la historia contemporánea a Garibaldi, en el mismo lugar prominente y singular, que él ocupa en el corazón de los hombres libres.

“Casa de Garibaldi”, institución surgida por la noble idea de conservar los muros y el techo que cobijaron al héroe de tan gigantesca figura mundial, habrá de impulsar el estudio de esa vida que ya suscita el deseo de conocerla mejor a famosos centros de cultura americanos. Surgirá de allí más grande todavía el significado de su generoso esfuerzo en defensa de nuestras libertades y la justificación de su noble intento.

Y, para terminar, señores, esta ya larga disertación os invito a que dirijáis vuestro pensamiento en actitud reverente al gran italiano, ciudadano del mundo, que hace sesenta y ocho años, mañana, desaparecía de entre los vivos para entrar en el mundo de la inmortalidad. Vaya, desde esta tierra que él llamó su segunda patria, y patria de tres de sus hijos, el reconocimiento y la gratitud, a su memoria, por todo cuanto su ardiente amor a la libertad le hizo sufrir, en cruenta lucha, por la independencia de nuestra República, sin más estímulo, ni recompensa, que el mandato interior de su espíritu democrático y la satisfacción del cumplimiento de los impulsos de su noble corazón.

*Montevideo, 1º de junio de 1950.
En la sede de “Casa de Garibaldi”.*



Notas

* Justamente mientras estábamos terminando de preparar los materiales para la edición del N° 17 de "GARIBALDI", nos llegó, de parte del Dr. Eugenio Baroffio, hijo del Arq. Eugenio P. Baroffio que tanto hiciera a lo largo de su brillante trayectoria por mantener vivos los ideales garibaldinos y que contribuyó, generosamente, en la restauración de la casa de Garibaldi en Montevideo, después de haber trabajado junto a insignes personalidades de nuestro país y de Argentina para lograr su adquisición y posterior transformación en museo, tal cual hoy es, un valioso material constituido por libros, folletos, diarios y recortes de diarios de la época, como donación para nuestra Asociación.

Acompañaba ese material una conceptuosa carta del Dr. Baroffio redactada en términos más que generosos.

La oportunidad del arribo de ese material, hizo que decidieramos incluir en el material de la revista correspondiente a 2002, este trabajo del Arq. Baroffio que corresponde a una conferencia que brindara en la sede de la Asociación "Casa de Garibaldi", en 1950.

Lo publicamos por el valor que tiene en sí mismo, pero, también, como símbolo del necesario nexo que debe existir entre aquella generación de garibaldinos y ésta que integramos, en la esperanza de que su brillante accionar, nos sirva de inspiración y de modelo para seguir adelante. (C.N.)

ÍNDICE

- Editorial	5
- El teatro Solís <i>Carlos Novello</i>	8
- Valori e attualità del Risorgimento italiano <i>Dr. Sergio Goretti</i> - Director Responsable de "Camicia Rossa", órgano oficial de la Associazione Nazionale Veterani e Reduci Garibaldini de Italia	22
- En los 100 años del Museo Histórico Nacional <i>Prof. Enrique Mena Segarra</i> - Director del Museo Histórico Nacional <i>Carlos Novello</i> - Presidente de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo	31
- Due biografie su Garibaldi comparso in Italia nello scorso anno <i>Dr. Egone Ratzenberger</i> - Ministro Plenipotenciario - Ministerio de Relaciones Exteriores de Italia	41
- Víctor Hugo - En el segundo centenario de su nacimiento <i>Prof. Albert Fischler</i> (Francia) - Carlos Novello - Prof. Mario Dotta	46
- All'Italia <i>Ugo Foscolo</i>	67
- Oribe y el gobierno constitucional <i>Dr. Héctor Gros Espiell</i>	68
- Los italianos en el proceso de formación de la sociedad colonial del Uruguay <i>Prof. Mario Dotta</i> - Vice-Presidente de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo	82
- Due profili garibaldini <i>Dra. Annita Garibaldi Jallet</i> - Presidente de la Sección "Sante Garibaldi" y de la Federazione Lazio de la ANVRG - Delegada al Consiglio Generale degli Italiani all'Estero	100
- Garibaldi - Cómo y por qué vino a Montevideo <i>Arq. Eugenio P. Baroffio</i>	108





